SILVIO VILLEGAS

LA CANCION DEL CAMINANTE

2º FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO

Silvio Villegas

LA CANCION DEL CAMINANTE



SEGUNDO FESTIVAL DEL LIBRO COLOMBIANO

COMPAÑIA GRANCOLOMBIANA DE EDICIONES S. A.
Representante autorizado de la Organización Continental
de los Festivales del Libro

PALABRAS PRIMITIVAS

Hay diversas maneras de escribir sobre psicología, la que emplean los profesores y la que usan los poetas. Los primeros lo hacen ordinariamente en una forma impersonal, como el astrónomo que mira la trayectoria de un planeta. Los últimos lo realizan con cierta sensibilidad autobiográfica, prestando al frío análisis el color de la vida. Inmenso es el continente de las pasiones y sobre ellas debemos escribir como si nadie antes se hubiera ocupado del tema. Todo el que reflexiona sobre sí mismo es un filósofo y toda alma que ama, sufre y sueña, se ha propuesto, sin quererlo, los problemas fundamentales del universo. Hasta donde llegó Shakespeare en el estudio del corazón humano no ha llegado ninguno de los grandes filósofos de todos los siglos. Cualquiera de las novelas de Stendhal es más profunda que el Tratado de las Pasiones de Descares. Pensamientos sublimes no hay que buscarlos en libros extraños sino en la sutil madeja que teje la trama de nuestro diario vivir. En el vasto océano del silencio podemos encontrar los secretos del destino, del amor y de la muerte. A nuestro lado han pasado mueres más apasionantes que las grandes heroínas del drama, de la novela, de la leyenda o de la historia. Sólo que no sabemos comprenderlas. Pero Julieta, Laura, Isolda, Carlota o Cósima desfilan indiferentes en el tumulto urbano, orgullosas de su tragedia o estremecidas de dolor y de pasión. Es preciso escribir un tratado de psicología que tenga todas las apariencias de una novela sentimental. Hay que prestarle a la realidad el prestigio misterioso del mito, y hacer de los mitos sucesos de la vida diaria.

La trayectoria del corazón no es caprichosa; obedece a leyes como todos los fenómenos naturales. Como lo ha escrito Max Scheller, comentando a Pascal, el corazón humano no es un caos de ciegos estados sentimentales. Existen un orden del corazón, una lógica del corazón, una matemática del corazón, tan rigurosa, tan objetiva, tan absoluta e inquebrantable como las proposiciones y consecuencias de la lógica deductiva. Por otra parte los estados pasionales son idénticos en todos los seres superiores. El odio y el amor tienen un orden determinado por la naturaleza. Lo que amamos en los autores predilectos es que relatan experiencias suyas muy semejantes a las nuestras.

Ningún estudio puede tener más importancia que el de la formación de nuestra propia personalidad. ¿Cómo reaccionamos ante el universo? ¿Qué sitio ocupan en nosotros, el odio, el amor, el egoísmo, la esperanza, el temor, los celos, la seguridad y la desesperación? Hay que escribir sobre estos temas con emoción artística porque a la humanidad no le hacen falta sino poetas. Colonizar algunas parcelas algunas parcelas en el vasto latifundio de las pasiones ha sido el objeto de estos ensayos, donde hemos procurado darle a un paisaje tanto valor como a un estado de alma. Pero el tema esencial es la oposición entre dos sentimientos igualmente sinceros y la necesidad de buscar un equilibrio que nos permita alcanzar una vida armoniosa y productiva. Aquí entran en conflicto el individuo y la sociedad, el deseo y el deber, el instinto y la razón, la santidad del amor y la santidad de la ley.

Todas las religiones, todas las filosofías, la fábula, la historia y el mito han procurado desentrañar la razón profunda de los actos humanos. Sobre el tema existen antiquísimos aforismos mágicos, que encontraron su expresión cabalística en los ritos de Orfeo y en las ideas enigmáticas de Pitágoras. Pero sólo la poesía puede lograr la expresión de estos misterios "que parecen absurdos en prosa porque no se pueden exponer más que mediante contradicciones a las que la razón humana es hostil". En la raíz de todos nuestros actos está en primer término el DESTINO, lo que Goethe llamaba el genio individual de cada hombre y los pitagóricos FATALIDAD. En su poema órfico,

escribía el autor de Fausto: "Así como el día en que saliste al mundo el sol estaba allí creciendo para saludar a los planetas, así tú has crecido también continuamente, con arreglo a la ley, conforme a la cual has comenzado. Tal es el destino, no puedes librarte de ti mismo. Así hablaban ya las Sibilas, así los profetas; ningún tiempo, ninguna potencia destruye la forma impresa que se desarrolla en el transcurso de la vida". El genio es la individualidad, el carácter que se define al nacer y que nos acompaña invariablemente a través del universo. Los antiguos creían que el hombre nacía bajo el signo de un astro determinado. Así existían espíritus solares, como Alejandro; espíritus saturninos, como Edipo; espíritus venusinos, como Julio César. Verlaine se proclamaba hijo de Saturno, y Baudelaire escribió sobre los beneficios de la luna, en páginas atenuadas como los perfumes y las liras. Lo cierto es que hay personas a quienes acompaña la desgracia, como una mensajera nocturna, y que llegan a todas partes cuando ya están cerradas las puertas del destino. Otros siguen la radiante trayectoria del éxito, triunfan en todas sus empresas, parece que Dios se fatiga de darles bendiciones. Los que nacieron bajo el indujo de la luna, marchan sobre la tierra con pies de plata, no se detienen en ninguna parte, buscan las flores extrañas, los perfumes exóticos, la mujer desconocida, el deseo sin nombre. ¡Cuántas cosas que parecían obscuras en la juventud se nos aclaran en la madurez! Una ley eterna rige todos nuestros actos y nadie puede romper este hilo invisible que va desde la cuna hasta el sepulcro. Especialmente en los caminos del amor marchamos como sonámbulos y nadie puede detenernos en los instantes supremos. No hay que entrar a discutir si existen o no las ideas innatas, pero en todo caso existe la herencia y sus rotaciones son fatales. La preferencia por ciertos tipos de mujer se transmite en inagotable serie de generaciones y de familias. Por grandes que puedan ser las semejanzas cada hombre es un mundo. Pero este ser inmutable y tenaz entra en una serie de relaciones que le ponen trabas a su temperamento primitivo, y desvían, estorban o modifican sus inclinaciones.

Aquí actúan una serie de factores accidentales que van modelando nuestro espíritu sin que se pierda la sustancia. Ordinariamente los amigos influyen más que los maestros y los maestros más que los padres. Todo temperamento vigoroso se forma en reacción contra el medio. A esto se debe casi siempre el fenómeno de que los hijos de padres ilustres sean por lo general una calamidad pública. El hombre es hijo de la caída y su sino es la desobediencia. De padres a hijos existe el problema de las generaciones sucesivas que casi nunca se comprenden. Tal vez fue Peguy quien dijo: "Vamos contra nuestros padres a nombre de nuestros abuelos". El mayor peligre toda personalidad es someterse a una formación estricta, inflexible, estandarizada como los productos de una fábrica moderna. En la educación hay que fomentar las inclinaciones individuales en vez de destruirlas. Nadie debe imitara nadie. Las vidas ejemplares no existen. Así se comprende la última admonición de Zararathustra a sus discípulos: “Solo cuando hayáis renegado de mí, solo entonces regresaré hasta vosotros. El educador no debe ser sino un despertador de almas. Con inquieta pupila hay que adivinar la vocación de los alumnos y lanzarse audazmente a lograr el, fruto de la semilla descubierta. La finalidad no es ni el conocimiento, ni la información sino la auto-realización del discípulo. Toda pedagogía debe partir del niño; cada uno necesita un sistema adecuado. Lo que caracteriza a un educador es el conocimiento de ciertos principios del desarrollo mano, que sirven de base para todo método de enseñanza. Sólo puede educarse al niño basándose una interpretación del mundo y de la misión que él tiene que llenar el hombre.

Influjo poderoso ejercen también las primeras lecturas. No es lo mismo descubrir en la biblioteca familiar a Genoveva de Brabante que libros de contabilidad. Casi toda nuestra formación intelectual se la debednos al hecho de haber encontrado en los primeros años, como únicos textos de lectura, a Homero, a Horacio, a Platón, a Heródoto, a Marco Tulio, a Dante, a Shakespeare, a los grandes clásicos de todos los tiempos. Por eso fuimos y continuamos siendo, greco-latinos. Para leer a Julio Verne necesitábamos alquilarlo en bibliotecas públicas. Muchas veces un pensamiento sublime ha cambiado el curso de nuestra vida. Los libros que encontramos en los primeros años nos siguen persiguiendo por todos los caminos del mundo. Si no hubiera sido por Federico Nietzsche seguramente habríamos caído en la anarquía o en la desesperación.

Cada uno de nuestros amigos ha sido una estación en el viaje celeste del alma. El uno no amaba sino las ideas puras, los valores eternos. A él debemos en gran parte nuestra formación intelectual. Él nos

enseñó a sentir con el cerebro. Vino, luego, la amistad sentimental, la íntima compenetración de dos almas fraternas. Era grato entonces recorrer los caminos interminables, beber el agua de los ríos natales, contemplar las colinas familiares, bajo el hechizo mágico de la luna. Así nos sorprendió el nacimiento del amor cerca al balcón de Julieta. En las horas de la tarde escuchábamos el canto de la lluvia, en los envejecidos aleros, colmados de ardientes ilusiones, de íntimas nostalgias, de una sed devoradora de belleza. Más tarde encontramos un compañero, un guía que nos mostró el complicado laberinto de la conciencia y los secretos de la vida profunda. A las superficiales alegrías sucedieron las meditaciones graves. Entonces tuvimos la revelación de las almas heroicas, aprendimos el dolor de vivir y la inutilidad de la lucha. El genio no transita la radiante trayectoria de los semidioses sino que está encadenado a la roca del doloroso martirio. En la vida era preciso buscar siempre los más ásperos caminos. A su lado aprendimos el amor a la soledad.

Todos hemos vivido también los tiempos de la juventud dorada y de la bohemia sentimental. Largas noches de amor y poesía en que nos sorprendió la mañana con las alegres compañeras, rota la copa de los placeres, destrenzadas las cabelleras, desceñidas las túnicas. El alba espiritual se elevaba como una hostia de belleza sobre la carne degradada y el Ángel dominaba a la bestia. Sobre nuestra alma derramamos entonces todos los vinos, todos los placeres, todos los bálsamos, y todos los bienes y todos los males. Nos hundíamos en la sabiduría antigua y en la ciencia moderna. Y aquel mago de las letras, que había retornado como Dante de los infiernos y que amaba el rojo paraíso de las amapolas, nos enseñó el culto de la belleza pura y la cadencia del universo. Era un excitador de almas, un discípulo de Sócrates y de Alcibíades. Y cuando el rayo de Hécate, como en el mito de Orfeo, iluminó su pálido rostro sobre el lino, el valle, las montañas, y los bosques profundos debieron gemir como una lira.

Años después conocimos dandys, políticos, mercaderes y anfitriones. De todas las profesiones ninguna tan inaccesible como el dandismo, porque su ejercicio no está sometido a reglas, cánones ni ordenanzas. La originalidad es su característica. Todo dandy es un hombre intrépido, pero un hombre intrépido con tacto. El dandismo se diferencia de la Caballería Andante en la circunstancia de que un dandy no puede ser apasionado. Su frialdad tiene que ser completa como la de un político de raza, precisamente porque se trata de un dominador. "El mundo pertenece a los espíritus fríos", era uno de los aforismos predilectos de Brumeli. La frivolidad majestuosa del perfecto dandy permite conservar en la sociedad ciertos matices de delicadeza, sin los cuales la vida no valdría la pena de ser vivida. Al lado de los estadistas que aumentan la riqueza de un pueblo se necesitan los grandes vanidosos que sufren porque se equivocaron al escoger los vinos de su mesa o las flores predilectas de sus amigas. Una cabeza vacía no podrá llegar nunca a la sequedad y a la impertinencia encantadora de D'Orsay, cuyo diálogo dejaba faseinados en el salón de Lady Blesygton o en el de Lady Holland a Tomás Moor, a Disraeli, a Dickens, a Thacqueray, a la condesa de Guiccioli, la fastuosa amiga de Lord Byron. Para el dandy la vida debe ser una fiesta continua desde la cuna hasta el sepulcro. El caballero no rechaza ningún placer, ningún goce, por extravagante que sea y acostumbra saborearlos con gula. En los tiempos de Byron estuvo de moda la dispepsia; luego vinieron las frenéticas cenas del período victoriano; en nuestro tiempo lo Único fundamental son los invitados y los vinos.

La política también educa y es una excelente disciplina del instinto, de la voluntad y del carácter. Sólo mezclándose con el pueblo es posible llegar a conocer el genio de la raza. Es útil acostumbrarse a las tormentas y conservar una cabeza tranquila en medio de la desesperanza. Para manejar a los demás hay que dominarse a sí mismo. La gloria y el honor de servir acrecientan el sentido de las responsabilidades y contribuyen a la formación de la conciencia.

Las fiestas, los placeres, los hábitos sociales nos envuelven en su loco torbellino, amenazan destruir nuestro genio individual y nos llevan de un lado a otro, sin encontrar fijeza en parte alguna. Entonces sólo la razón moderadora puede servirnos de guía. En todas las épocas hay que frenar el placer, sin renunciar a sus halagos. La alegría mantiene la salud física y prolonga los días del hombre. La voluntad de vivir es una excelente terapéutica. Lo que caracteriza a la juventud es el exceso, la prodigalidad, el despilfarro.

Pero nada contribuye tanto a la formación del hombre como lo "eternamente femenino'. El amor es el canino del conocimiento. Todo nuestro porvenir depende de la educación sentimental. Cada una de las mujeres que hemos amado nos ha descubierto un mundo,

despertando nuestras virtudes latentes, las ocultas potencias que duermen en el fondo de nosotros mismos. Si no fuera por Eva y por su manzana permaneceríamos siempre niños. El amor es algo dinámico, un devenir, un correr interminable hacia el océano infinito de Dios. Al llegar a nuestra vida, el genio individual sufre sensibles cambios, empieza a modelarse la estatua. Cuando logramos sustraernos al deseo y al capricho, y el amor toma las formas trágicas del destino, al propio tiempo que se descubre horizontes inagotables el dolor nos flagela con sus vientos huracanados. Vamos sin cesar de un punto a otro y cuando creemos encontrar nuestra libertad es porque ya la hemos perdido. Todo se concierta para estimular las más ligeras inclinaciones: el demonio individual y los accidentes seductores. Los paisajes, las fiestas, los amigos, la sociedad, intervienen para ligarnos a una criatura determinada. En un día de primavera nos vemos encadenados entre el mágico círculo, mientras la naturaleza plica sus afinidades desde las plantas a los astros, en espirales infinitas.

El amor es el único objeto del universo y de una larga vida sólo deben contarse las horas que hemos pasado con los seres que amamos. El amor es el que embellece todas las cosas de la tierra, por él corre el agua, maduran las cosechas y se mueve la ronda de las estrellas en la pradera de la noche. Eros, como lo ha escrito Platón, es quien engendra la dulzura y destierra la rudeza, quien se muestra pródigo de benevolencia y avaro de odio. Padre del lujo, del bienestar, de las delicias, de la voluptuosidad, de los ama---es atractivos, de los tiernos deseos, vela por los cuervos y desdeña a los malos. En nuestras dudas, en nuestros temores, en nuestras esperanzas y en nuestros quebrantos, es nuestro mejor guía, nuestro mejor apoyo, nuestro mejor consejero, nuestra mejor salvaguardia. Es la gloria de los dioses y de los hombres. Y lo más amable del amor es el beso, que está en el límite preciso entre la carne y el espíritu, entre las tormentas del deseo y la pura luz del alma. Por él ascendemos de esta ribera fangosa a las claridades del cielo.

Y sin embargo, hasta cierto punto, el amor es hijo de la imaginación y del silencio. La mujer cuyo retrato tenemos al frente y que nos acompaña por todos los caminos del mundo con más fidelidad que nuestra propia alma, ejerce sobre nosotros un hechizo irreemplazable, porque el color de su piel, el puro arco de sus cejas, el sinuoso contorno de sus labios, la suavidad casta de su mirada, estaban entre nosotros desde antes de su nacimiento. Fue por una fatalidad del destino que la encontramos en la calle o en el baile, pero la elección ya estaba hecha. Con deseo insistente, con inagotable afecto, con pasión devoradora contemplamos el retrato y en torno suyo reconstruimos todo el universo en la magia de sus colores, de sus perfumes, de sus ritmos, en el zafiro de los mares y en el plateado hechizo de las noches tranquilas.

El problema de la constancia en el amor es uno de los más insolubles. A través de nuestra vida no buscamos sino un ideal tipo femenino. De allí la persistencia de ciertos rasgos en las mujeres que hemos amado. Max Scheller sostiene que hay ideas innatas en el amor, como lo prueba la herencia de los instintos en los hombres y en los animales, la indiscutible herencia de afinidad y agresión de las especies entre sí. Los que eligen o encuentren agrado en mujeres parecidas a su madre es porque tienen la misma dirección erótica que impulsaba a sus antepasados. Así se explican ciertos fenómenos que estudian los psicoanalistas. El instrumento de nuestras pasiones es idéntico; lo que cambia es la tonada.

Como lo único que el hombre no debe perder nunca es su libertad, es preciso buscar una estrategia adecuada para conservar la soberanía interior entre los fatales círculos de la pasión amorosa. Goethe, cuya sensibilidad era casi enfermiza, tomaba el camino del renunciamiento o de la fuga para evitarse situaciones penosas. Es cierto que se ligó a Cristina Vulpis, pero continuó buscando los fantasmas de su juventud por el inacabable sendero. El renunciamiento es siempre doloroso, pero además es una deserción. Hay más grandeza en soportar todas las luchas, todas las tormentas, todos los sufrimientos hasta la victoria final. Cuando entran en conflicto dos sentimientos, hay que bracear valientemente, dominar la borrasca y continuar la maravillosa odisea. Encontrar una terapéutica de las pasiones ha sido uno de los objetos de estos ensayos.

El genio de cada hombre encuentra sus límites en la necesidad y en la sociedad. Viene entonces la formación de una familia que forja nuevas cadenas y crea nuevas responsabilidades. Lo que el amor concedía voluntariamente se torna en un deber. Ningún suceso cambia de manera tan fundamental el rumbo de nuestra vida. Para

los espíritus superiores el matrimonio es una experiencia fecunda, que templa y enriquece todas las energías vitales. Los otros se convierten en simples animales domésticos, en esclavos de sus necesidades. Pierden el contacto con los amigos, con el mundo y de la bohemia sentimental de la juventud no queda ni el doloroso recuerdo.

En, el fondo esta vida no es sino un intercambio de influencias. Existe el cuerpo, que es la necesidad; existe el alma, que es la libertad; existe el Ángel, que es la vocación. De su armonioso desarrollo dependen los perfiles de nuestra madurez. Cada una de nuestras grandes experiencias va completando nuestra personalidad, hasta que llega el día en que los sucesos exteriores no alcanzan a herirnos. Sólo el que concentra su atención e interioriza sus actos, logra librarse de la bestia. El examen de conciencia, la lucha interior, la victoria sobre sí mismo, en la cual el hombre supera el remordimiento, por medio de un doloroso proceso, conduce a la verdad última que es también la última soledad.

Este mundo es el valle de la creación del alma. Sobre el destino puede influirse por medio de la voluntad, de la razón, de la inteligencia, elevándonos gradualmente por las vías espirituales. El verdadero fin del hombre es ascender cada vez más alto, por su propio esfuerzo y por la providencia divina. "El círculo de la 'libertad, ha escrito Eduardo Schuré, se ensancha hasta lo infinitamente grande a medida que se asciende; disminuye hasta lo infinitamente grande a medida que se desciende. Mientras más se sube se es más libre, porque más se penetra en la luz y se adquieren fuer as para el bien. El destino reina sobre el pasado; la libertad sobre el futuro, y la providencia sobre ambos, es decir, sobre el presente siempre existente al que puede 'Llamarse eternidad. De la acción combinada del destino, de la libertad y de la providencia surgen los destinos innumerables, infiernos y paraísos de las almas. El mal, por estar en desacuerdo con la ley divina, no es obra de Dios, sino del hombre, y no tiene sino una existencia relativa, aparente y transitoria. El bien es lo único que existe real y eternamente". La conciencia, que es la reflexión sobre sí mismo, el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar, no se consigue por medio del estudio sino en la acción del mundo. Hasta los actos más insignificantes contribuyen a su formación; el murmullo de .a brisa, el paso del viento, el ritmo de un vals, el eco de una sonata, un traje de baile, el rostro de una amiga. Nuestra personalidad se va organizando como los aluviones por el tributo perenne que arrojan las más encontradas corrientes hasta formar continentes enteros. Esta es la plenitud que sólo alcanza el genio.

Elegir una línea de conducta, en medio de las borrascas de la vida, sobreponerse al dolor, al egoísmo, a la soledad, al temor, a la muerte, es la brega Titánica en que debe empeñarse cada hombre. Por este camino se llega a alturas inimaginables. La alegría es el equilibrio de todas las potencias del alma. Entonces se disipan la tristeza y la duda, el pasado convive con el porvenir, y la eternidad tiene claridades de amanecer.

De este momento en adelante puede decirse que nuestra educación está acabada. La noción de lo belio que hemos adquirido transforma y purifica los sentimientos. Comprendemos en lo sucesivo que el arte no aspira a creaciones ilimitadas, que el, gusto consiste, al contrario, en saber limitarse, en encerrar el infinito y el ideal en formas precisas determinadas, individuales.

El genio no consiste en despreciar las reglas, sino en someterse y limitarse. Fausto exclama al final de su vida: "Sólo he atravesado corriendo el mundo. He asido por los cabellos cada deseo; lo que no me satisfacía lo dejaba, y lo que huía de mí dejábalo correr. No hice más que anhelar y satisfacer mis afanes, y anhelar `de nuevo, y así con pujanza he pasado impetuosamente mi vida, grande y poderosa al principio, mas ahora anda ella con tino y prudencia. El globo terrestre me es bastante conocido. Hacia el más allá la vista nos está cerrada. Insensato es quien dirige hacia allí los ojos, pestañeando, quien imagina encontrar su igual más arriba de las nubes. Manténgase firme y mire aquí en torno suyo. Este mundo para el hombre inteligente no es mudo. ¿Para qué necesita el hombre andar errante entre la eternidad?" El hombre que se ha formado a sí mismo, que logra por un esfuerzo perseverante poner en armonía y en equilibrio sus propias facultades, que se desenvuelve entonces como un todo completo, bien organizado, se desprende poco a poco de sus ocupaciones egoístas, cesa de pensar exclusivamente en él para pensar en los demás, toma parte a su turno en el movimiento social y

desea emplear para el bien todas las fuerzas que le asegura la severa disciplina del espíritu.

Estos ensayos aspiran a ser útiles porque contienen la experiencia de muchas vidas y porque enseñan, hasta donde es posible, el arte de luchar contra los sentimientos negativos, contra la enfermedad de los solitarios, contra la tribulación. Hay que afirmar el pie robusto sobre la tierra y marchar con la frente altiva hacia el futuro. El alma y la conciencia pueden crecer pueden crecer indefinidamente en nosotros. Acumular experiencias es trabajar para la eternidad... Llegar a la madurez, como diría Eugenio D'Ors, es dejar diseñada y casi fija la propia sobre conciencia, terminar el modelado de la propia estatua, libertando al Ángel de la propia personalidad pura, desprendiéndolo de la confusión turbia de elementos que significan el período de ensayo y retoque, es decir, la juventud. En medio de las peripecias de una vida rica y variada hay que conservar nuestra individualidad. ¡Cuán difícil es tejer la red del destino y cuánta grandeza se necesita para regresar intacto al fin de la jornada! El peregrino marcha en medio de azares y sobresaltos inenarrables, el universo está envuelto en sombras y hay que esclarecerlo con canciones. Que en los umbrales de la Eternidad podamos repetir la plegaria que Alfredo Vigny pone en labios del supremo legislador de pueblos en las soledades del desierto:

¡Oh, Señor, he vivido potente y solitario; Dejadme ahora dormir el sueño de la tierra!

LOS SENTIMIENTOS NEGATIVOS

La lucha contra los sentimientos negativos constituye la estrategia más adecuada para defender nuestra personalidad. Toda existencia debe ser, en primer término, productiva en cualquier sentido, y nuestro deber es crear condiciones que favorezcan su plena realización. Existe, además, la urgencia de procurarnos un poco de felicidad. "Cuanto mayor es la alegría que nos embarga, ha dicho Spinoza, tanto mayor es la perfección que alcanzamos” Tenemos que defendernos de la enfermedad, de la muerte, del dolor, del desorden, del odio, del arrepentimiento, de los recuerdos penosos. Las tormentas interiores, cuando no son pasa] ¡eras, arrasan nuestra personalidad.

El amor doloroso es uno de los sentimientos negativos que más hondamente perturban la vida del, alma. Amor doloroso es el que no ofrece compensaciones adecuadas a los sacrificios que hacemos por él. Hay mujeres que quieren mantener siempre suspensos a los hombres entre la amistad y el amor. Hay otras que-, según Stendhal, no devuelven nunca la pelota, quieren ser adoradas sin entregar nada de sí mismas: pero un día el amante se cansa de hacer solo el gasto el entusiasmo se desploma y el descalabro que experimenta el amor propio nos vuelve injustos hacia el objeto excesivamente estimado. Hay mujeres caprichosas que van del odio a la indiferencia o la pasión. Como espectáculo deben ser encantadoras, pero en la vida común son tan importantes como -Lord Byron o Alfredo de Musset bajo la influencia de la anemia o de la "asmara" que fluye de los canales venecianos. Y existen amores traen extrañas complicaciones, por circunstancias diversa naturaleza. Tal fue el caso que estudió Goethe en Las Afinidades Electivas, novela que encierra una de las más hondas lecciones morales de todos los tiempos. En esta obra Goethe se propuso, según su propia expresión, aplicar a un problema moral una comparación química. Cuando se unen dos naturalezas que se avienen mal y luego se presenta- el verdadero complemento de alguna de ellas observa una tendencia a abandonar la precaria unión anterior, obedeciendo a una necesidad regida por las leyes inexorables del destino. Nace entonces una alianza más duradera, imposible, en cierto modo, de evitar. Sería ridículo que alguien pretendiese: aplaudir o criticar a la naturaleza cuando intenta igualar una diferencia de potenciales. Entre el amor y el matrimonio, entre la ley social y la ley natural producen así conflictos tremendos. La forma como Eduardo y Otilia afrontan este problema, es la clave de un doloroso misterio.

Vamos a dar una interpretación romántica de Otilia, es decir, la nuestra antes que la de Goethe. Ella había sido formada en un hogar de provincia, entre rezos v letanías, más cuidada que los paños eucarísticos. Prejuicios inmemoriales desembocaban en su sangre.

Era un cordero pascual, un cirio litúrgico. A los diez y siete años estaba en un resplandeciente jardín, en medio de sus hermanas y una fina corona diademaba su frente. Condenada a una existencia sin amor, aquella alma purísima, hecha para los goces superiores, se marchitaba como un perfume. No hubo un solo día que no vertiera ardientes lágrimas. Tenía la flexibilidad de un tallo y era más pálida que la nieve y que los jazmines. En su cuerpo levísimo, más ligero que la sombra, reposaban las eternas proporciones de las estatuas inmortales. Su busto era el de un adolescente. Su místico perfil, con el mentón alargado, estaba hecho para el vuelo. Tenía los labios sensuales y convincentes de una bacante y los ojos puros de una gacela. En sus mejillas ostentaba la pelusa de las frutas maduras y su frente resplandecía sobre las constelaciones. Era la hermana de los serafines, una flor, una corola, un perfume. Verla era un regalo de los dioses.

Otilia era, llevada a la más alta perfección, el tipo de la criatura instintiva tal como la concibe Goethe y como la había diseñado anteriormente, y, en figuras como Margarita y Mignon. Dotada de una sensibilidad más fina que la de una aguja imantada, debía llegar a ser la víctima propiciatoria de las secretas potencias que rigen el corazón humano. Pero el instinto tiene en ella una delicadeza, una seguridad tales, que suple a la razón teórica y práctica. Lo que constituye todo su encanto es su pureza, su candor, su inocencia. Los conflictos interiores convierten su alma en un laberinto más complicado que el de las antiguas mitologías. Ella comprende la santidad del amor, pero se inclina a cumplir, por encima de sí misma, lo que quiere la ley moral. Más que de Eduardo, ella se defiende de sus secretos deseos. La ley para ella se confunde con la inclinación, la libertad con la necesidad, la vida santa con el deber de ser feliz. Es así como se abandona al amor sin cálculo, en un estado de semi-inconsciencia, a un amor que no parece culpable, pero que ella siente contrario al orden humano. La ley y la vida se la disputan con encarnizada crueldad. Y es el pétalo de una rosa el que debe resistir el doble golpe del huracán.
¿Es culpable este amor? No, según Goethe, por- que entra en el juego normal y fatal de las afinidades que ligan dos almas tan fuertemente la una a la otra que lo hacen necesario y como tal inocente. El deber ordena no extinguir esta llama del corazón. Ella permanece cerca de Eduardo, pero con un desprendimiento absoluto, con la resignación de las criaturas vegetales. Por esta abnegación tan profunda y tan humana, Goethe proclama sin rigorismo, pero sin debilidad, la santidad del amor y la santidad de la ley. Ella muere santificada por el renunciamiento. Para adornar el ataúd, la iglesia, la capilla, fuéle arrebatado su adorno a todos los jardines. "Quedaron asolados, como si ya el invierno hubiera extinguido toda la alegría de los bancales". Y su tumba fue visitada por los habitantes de los contornos como la de una santa.

En el fondo ésta es la novela del renunciamiento. Si se buscan las razones que llevaron a un gran pagano como Goethe a esta conclusión lo más banal -.asa a ser lo más sublime. Interviene aquí como lo pensaba Tomás Mann, la indolencia, de la cual dijo Novalis que "nos ata a situaciones penosas". Pero a esa indolencia se mezcla algo más profundo, más moral, algo de aquella piedad a que se refería Hegel: la costumbre trivial puede constituir el puente; no es más que una comunión de destinos que ha llegado a encarnar una alianza durante la vida, que también alcanza a los hijos; esto es piedad, y aún en los tiempos más descreídos, es una sensación más o menos consciente, disciplinada, del carácter sacramental del matrimonio cono "amor fundador". El que se somete a la ley por falta de imaginación, pertenece al rebaño. El que lo realiza, de una manera reflexiva, sin abdicar de su -libertad interior, puede ser un héroe o un santo. Así han obrado las grandes almas, la verdadera y auténtica burguesía, que ha mantenido durante seis siglos la sociedad y la cultura de occidente.

Hay épocas de la vida en que nos parece que el mundo se hunde bajo nuestras plantas. Esta sensación la experimentamos principalmente en la adolescencia v en el demonio de la madurez. El mundo está vacío. Todos los objetos carecen de contenido. Fijamos en caces la mirada sobre el mudo horizonte y no vemos más que sombras. ¿Por qué sufrimos? Porque hemos buscado lo absoluto en las cosas efímeras, la eternidad en el instante, a Dios en esa mujer. Volver a encontrar el equilibrio es la obra de la sabiduría.
Al lado de los principios inconmovibles que nos procuran la religión y la moral, nuestro deber es formarnos una filosofía, para nuestro uso exclusivo, que nos sirva de broquel contra el mundo. Si el hombre es la unidad de medida de todas las cosas, como lo pensaba el clásico,

ordinariamente somos víctimas de ficciones y fantasmas que empañan la clara conciencia de la vida.

El más desdichado de los hombres es Werther y seguirá siéndolo por más que se acumulen sobre el universo guerras, revoluciones, hecatombes. En el fondo lo único que sufre es el atormentado corazón Las alegrías y las desgracias públicas no dejan de ser ceremonias oficiales. Seguramente en la noche fatal del pistoletazo pasaron por el cerebro de Westher todos los recuerdos de sus amores con Carlota como las líneas de una espiral infinita. A veces para consolarse, evocaba los minutos felices que había pasado al lado suyo o las últimas palabras del adiós que resonaban como el tañido de una campana distante. Eran los fantasmas de su dicha perdida. Las horas interminables se deslizaban con pies de plomo y los minutos de la noche caían como las estalactitas del dolor. Los pitos de las diligencias sonaban sobre las piedras de la calle, uno después de otro, y hasta el más leve ruido era como un golpe de martillo sobre el yunque del insomnio. Los más potentes narcóticos apenas si le proporcionaban una hora de calma. El alcohol, los amigos, los placeres, servían tan sólo para agudizar su tormento. Ninguna luz brillaba en la noche. Carlota no retornaría ya más; sobre la tierra no florecerían otra vez las cosechas y el cielo era una inmensa bóveda vacía. Pero vamos a intentar su curación.
Werther debió buscar en primer término a Goethe, quien le había acompañado desde la infancia, a través de sucesivas crisis amorosas. El renunciamiento había sido una de las leyes de su vida y estas grandes catástrofes fueron renovando su personalidad. La secreta potencia del dolor había formado su alma. Hubo un tiempo en que llegó a tener una completa estrategia para dominar sus nervios, como un general maneja su compañía. No abdicar, no abandonar nunca la soberanía interior, es combatir de frente los sentimientos negativos. En este mundo, donde todo está limitado, se nos quita lo que trabajosamente adquirimos aún lo permitido, y por más ambiciosos que sean nuestros anhelos, nos vemos obligados a renunciar a nuestra personalidad, primero a trozos, luego por entero. "Y es uso, escribe el propio Goethe, no atender a quien por tal razón grita desaforado; antes, al contrario, cuanto más amargo sea el cáliz, debe apurarse con rostro más sonriente, a fin de que los pacíficos espectadores no vayan a verse ofendidos por alguna contorsión. Ahora la naturaleza ha provisto al hombre de fuerza, actividad y resistencia suficientes para resolver este difícil problema. El mayor auxilio le viene de la ligereza indestructible que le ha sido concedida. Por ella es capaz de renunciar en cada momento a lo que se le presenta, con tal de que en el momento inmediato pueda asir algo nuevo y así inconscientemente vamos rehaciendo de un modo incesante toda nuestra vida. Substituimos una pasión por otra; vamos probando unos tras otros, ocupaciones, afectos, aficiones, manías, para exclamar al final que todo es vano". Es, en cierta forma, la filosofía de Spinoza, y de su utilidad práctica da idea el influjo aquietador que produjo en la naturaleza tormentosa de Goethe. Werther estaba muy joven para leerlo, pero su maestro bien pudo orientarlo hacia él.

Los viajes procuran también un apaciguamiento de las pasiones. Los recuerdos están ligados a determinado paisaje, y cuando se cambia de escenario, se mudan también nuestros deseos. Las montañas, los ríos, la soberana grandeza del mar, favorecen inclinaciones más serenas. Proust, atormentado en París por las infidelidades de Gilberta, se cura contemplando el paseo de las niñas en flor sobre la playa de Balbec. "Y es que el hábito debilita, pero estabiliza; trae consigo la degradación, pero la hace durar mucho. Y en Balbec, en una cama nueva a la que me traían por las mañanas un desayuno distinto del de París, ya no podía sustentar los pensamientos de que se nutría mi amor a Gilberta; se dan casos (raros en verdad en que como el estado sedentario inmoviliza el curso de los días, el mejor medio de ganar tiempo es mudar de sitio. Mi viaje a Balbec fue como la primera salida de un convaleciente que sólo esperaba eso para darse cuenta de que ya estaba bueno". Un paseo por las orillas del Rhin, con sus amigos predilectos, hubiera serenado a Werther.

El refugio más precioso hay que buscarlo en la actividad creadora. Esto es esencialmente goethiano. La sociabilidad, la política, el arte, los negocios, la ocupación continua nos libra de los recuerdos penosos. Al principio es difícil, pero una vez empeñada la atención en un objeto diverso el espectáculo de la lucha sirve de bromuro a las tormentas íntimas. El arte libera y consuela. Si Goethe no corrió el destino de Werther, fue porque escribió su nove-a, entregándole a la humanidad sus amarguras particulares. El mismo confiesa que con esta composición se liberó de aquel estado tempestuoso y apasionado al que había sido arrastrado violentamente por culpas

propias y ajenas, por circunstancias de vida -aseadas y casuales, de propósito y por precipitación, por obstinación y por condescendencia. Escrita la obra se sintió aliviado y gozoso como tras una confesión general y dispuesto a emprender otra vida. Así procedió siempre. De sus amores, con Margarita nació el primer Fausto. El Torcuato Tasso lo escribió para colmar los límites que la Baronesa de Stein ponía entre la realidad y el deseo. La Elegía de Mariembad crece a orillas de un arroyo de lágrimas, sazonado fruto de un doloroso amor. Entonces, desarrollando su actividad incesante, escribe los años de viaje de Wilhelm Meister y el segundo Fausto. El titán, después de una larga serie de experiencias y errores, renuncia a sus ambiciones desmesuradas para compartir la suerte común de los mortales: el superhombre se resigna a no ser más que un hombre que pone sus fuerzas y su ardor al servicio de la humanidad. Devolver las ternuras con cantos es una forma de liberarse de la angustia. Es fácil conservar la eterna juventud de la mujer amada inmortalizándola en la verdad perenne del arte. Y así convive a nuestro lado.

Y como Werther es eterno, Marcel Proust también puede servirle de médico de cabecera. Su concepto profundamente relativo de las pasiones humanas puede ser triste pero es un estímulo para la liberación. En definitiva, ¿qué es el amor? Una aspiración del alma para llegar a esferas superiores. Lo importante no es en sí mismo el objeto amado, sino el amor En el fondo siempre estamos solos. La calma es una virtud interior y nadie puede procurárnosla. Nuestra propia naturaleza crea las mujeres que amamos, sus alegrías y la dicha que nos proporcionan. "Nuestro amor, ha dicho Proust, en cuanto amor por determinada criatura, no debe ser quizá cosa muy real puesto que aunque lo enlacemos por ilusiones dolorosas o agradables durante algún tiempo a una mujer y vayamos hasta la creencia de que ella fue quien inspiro ese amor de un modo fatal, en cambio, cuando por voluntad o sin ella nos deshacemos de dichas asociaciones mentales, ese amor, cual si fuese espontaneo y saldo únicamente de nosotros mismos, renace para entregarnos a otra mujer". Aquí todo es polarización. Durante días, durante semanas, durante años el recuerdo y la imaginación van tejiendo las más adorables fantasías en torno de una persona que encontramos, al azar, un día cualquiera de nuestra vida. Entonces nos ponemos anteojeras y el resto del mundo no existe. En el fondo lo que amamos son nuestros sueños. Variaciones alrededor del esqueleto. En el sitio menos indicado, en un diario, encontramos esta cita de Proust, que resume todo su concepto estendhaliano del amor: "¿Que es la mujer? Una muñeca interior, fabricada con los dones de nuestros deseos. La ocasión, la ocasión solamente de nuestros sueños. El sueño necesita muy poco para prender en nosotros. Se ama sobre una sonrisa, sobre una morada, sobre un hombro. Esto basta; y después, en las largas horas de esperanza o de tristeza, se fabrica una persona, se compone un carácter. Si nuestro amor tiene tan pocas raíces en la persona amada, las tiene poderosas y dolorosas dentro de nosotros. Nuestro amor está constituido por nuestras inquietudes, nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestras alegrías, nuestros celos, nuestros hábitos. Nuestra felicidad no depende de la presencia de nuestra amante, sino solamente de la terminación de nuestra ansiedad". El problema de la liberación se reduce entonces a luchar contra nosotros mismos. Hay que someterse a una exigente disciplina y buscar nuevos motivos a nuestros sueños. En primer término hay que poner a trabajar la imaginación en sentido contrario para romper los repetidos asaltos de la memoria. Esto cuando no se ha llegado a la serena contemplación de los recuerdos dichosos. Y esto es lo mejor. Prolongar las emociones es convertirlas en hábito, en costumbre, en obligación. La intensidad es lo que importa. Bien vale la pena de soportar muchos sufrimientos y de gastar anos enteros de la vida, por procurarse un día dichoso. Entre la realidad y el deseo pueden hacerse armisticios, y así se convierte la guerra en la paz y la paz en la guerra. La agonía es la ley misma de la vida. Y lo que sacrificamos al deber y a la felicidad de los demás, ayuda a la liberación y al equilibrio.

El amor no tiene un fin en si mismo. Aquí entra, como en ninguna otra de las actividades humanas, la gran ley de la trasmutación. De nuestras privaciones nacen nuevos hechos que constituyen vínculos ideales y misteriosos. El renunciamiento de los grandes artistas ha producido las obras maestras de la literatura, de la pintura y de la música; el renunciamiento de los místicos nos ha conquistado la presencia de Dios. Los hombres satisfechos son intelectualmente estériles. Lo que no se realiza en la vida material encuentra su plena madurez en esferas superiores. El secreto de la alquimia es trasladar al espíritu la vitalidad amorosa. Así se explican el héroe, el constructor de pueblos, el artista y el santo. La secreta potencia del

dolor hace fecundar las semillas invisibles del cosmos. Quien aspira a una verdad más elevada tiene que pagar su doloroso rescate.
Por esto Goethe al final de su existencia escribe, casi como una rectificación al Werther, el segundo Fausto. Ante los revoltosos que insurgen contra los límites de la existencia finita, de los desesperados que blasfeman de la vida, de los que viven acariciando sus propios sueños, coloca una tabla de valores nuevos donde escribe la actividad, el valor, la armonía, la fidelidad a la naturaleza, el dominio de sí mismo, la aceptación de lo real.

UNA ESTACION DE PSICOTERAPIA

Aquí se trata, desde luego, de una clínica de las pasiones humanas. Todo lo raro y exquisito que existe en la historia del pensamiento y del arte ha sido creado por la tenebrosa familia de los nerviosos en medio de sufrimientos inenarrables. Ya lo dijo Novalis: "Nuestras enfermedades son todas fenómenos de una sensibilidad más elevada, que quisieran transformarse en fuerzas superiores". Pero cómo el pleno desenvolvimiento de la personalidad exige un ánimo tranquilo, aquí nos ocupamos del modo de lograrlo, poniendo a nuestro servicio las grandes crisis espirituales. Aprovechar las enfermedades del alma es uno de los objetos más interesantes de nuestra reflexión y de nuestra actividad. Dominadas las tormentas interiores, nuestra principal ambición debe ser vivir libres del odio, del dolor, de tristeza, del temor, conservando la tranquilidad del espíritu, lo cual produce juntamente constancia y dignidad. Pero nuestra paz debe ser una victoria yno una capitulación.

Hay épocas en que la vida se vuelve terriblemente dolorosa y en que difícilmente podemos defendernos de la asfixiante acometida del llanto. A veces nos parece que nuestra gran aventura - ha concluido y que solo nos esperan la desolación y la muerte. La intervención de un extraño, de los que tienen por costumbre tumbar los nidos, nos ha separado de la mujer amada y quizás para siempre. Ya no nos esperan en el futuro sino el lento paso de las horas, la atroz rutina de cada día, las superficiales alegrías del rebaño. Pero ha callado aquella misteriosa voz que nos llegaba del Paraíso y no volveremos a ver en la tibia penumbra el radiante nacimiento de Venus entre la espuma de los encajes. Perdimos aquella mirada de terciopelo y aquella avasalladora inocencia y aquella boca tan indeciblemente adorable.

¿Qué hacer entonces? Varios días de cama no están mal. Para su curación el alma necesita reposo como el cuerpo. Para la convalecencia están bien los viajes Es necesario reconstruir nuestra vida interior invocando los sueños de la juventud y las potentes ilusiones que en otro tiempo nos prestaron su influencia bienhechora. Hay autores especialmente indicados para consolarnos. En primer término Federico Nietzsche y ya diremos como. Pero él nos ha acompañado desde la primera juventud en todas las crisis sucesivas. Este gran bárbaro es nuestro hermano y nuestro amigo. Toda la obra de Spinoza está calculada para apaciguar las pasiones. Su aforismo predilecto es ya una coraza: *non flere, non indignari ,sed inteligere*. No llorar, no indignarse, pero comprender. Pues sucedió, ha escrito Goethe, que después de haber recorrido en vano con mi inquietud todas las fuentes posibles de la sabiduría, tropecé finalmente con la *Etica* de este hombre. No podía explicar claramente lo que había sacado de la lectura de esta obra y las cosas que me había sugerido, pero el hecho es que halle en ella un aquietamiento de mis turbulencias y que se abrió para mí un amplio horizonte en el mundo sensible y moral. Lo que más me atraía era su ilimitado desinterés. Aquella memorable frase: “Quien de veras ama a Dios, no tiene que pedir que Dios le ame a su vez", con todos los antecedentes en que descansa, con todas las consecuencias que de ella emanan, llenaba mi reflexión. Algunos afirman que Goethe no entendió a Spinoza sino como poeta; en todo caso le dio una tranquilidad profunda. Y a él vuelven en horas de angustia todas las almas superiores.

Hay que regresar luego, y sin demora, a los amigos de la juventud. No es propiamente que necesitemos consejos — porque nadie puede aconsejar a nadie—, pero el espectáculo de un hombre sereno consuela como la presencia del mar o de las montañas, Al primer contacto recordamos la naturaleza relativa de las pasiones humanas. El objeto que causa nuestro dolor deja indiferentes aun a las personas que viven más cerca de nosotros. Es el momento de proyectarnos hacia el mundo y hacia la sociedad. Es necesario confiar nuestro secreto a un amigo si no queremos que continúe devorándonos las entrañas. La confesión es el más perfecto de los sacramentos de la Iglesia católica. Ella es la que absuelve, aún más que el sacerdote. Quien se confiesa se liberta. De allí la serena alegría de los pueblos latinos, donde fracasó la Reforma, donde triunfo el Renacimiento, esa delicada primavera del mundo. Los discípulos de Lutero se quedaron abandonados a las tormentas del alma, solos ante el infinito. De allí sus brumas hiperbóreas y esa atmosfera de niebla que envuelve todas sus creaciones. Confesarse es nacer de nuevo, volver a la mañana primordial del mundo. En las novelas alucinadas de Dostoievski lo primero que hace el dueño de un gran secreto-un crimen o un amor-, es decir, la memoria de una gran crueldad, es conseguir un confidente. La amistad es la tendencia a compartir las ideas, los bienes de fortuna, el dolor y la alegría. Marco Tulio nos recuerda que Ar-quitas de Tarento solía decir que si alguno subiese a los cielos y claramente viese la naturaleza del mundo y la hermosura de las estrellas, no tendría mucho gusto en tan admirables cosas, las cuales le darían un gozo infinito si tuviera otro a quién contárselas. Las penas compartidas tienen un íntimo deleite. La naturaleza no ama la soledad y encontrar un verdadero amigo es la más dulce felicidad de la vida. Hay una maravillosa alegría en la amistad, porque! la alegría es contagiosa. El sentimiento interior necesita movimientos exteriores. Si a las ramas secas no se les acerca el fuego, permanecen tan inertes como la tierra. Compartir la felicidad es multiplicarla, volverla productiva.

Mejor aún si la confesión podemos hacerla por escrito a un amigo lejano. Este es el encanto de las grandes novelas que cuando logran conmover a la humanidad es porque constituyen una apasionada confidencia vestida con un traje de primavera. Todas las grandes figuras del arte han existido realmente Ifigenia y Antígona, Julieta y Miranda, don Quijote y Fausto, Isolda y el Hada Melusina. Lo que es ir poco mitológico es la vida de sus autores. Es claro que el artista tiene la ventaja de poder sacar una Venus de varias bellezas, y Goethe nos recuerda en sus Memorias las licencias que utilizó para pintar a Carlota con las figuras y cualidades de varias mujeres hermosas, si bien los rasgos principales estaban tornados de la amada.

La carta de liberación debe contener un plan general de nuestros dolores, de las causas que los han producido, de su agobiadora influencia en nuestra vida. Hay que reconstruir también el mapa de nuestra ternura. Deben venir en seguida los autores han acudido en nuestro auxilio y los aforismos nos han confortado. Largos diálogos con Goethe una mirada sobre el sereno mundo de Spinoza. Esta bien

examinar si la sociedad, si el arte, si la religión pueden darnos algún consuelo. En un caso semejante escribió el príncipe de los poetas:

> *El universo ha muerto. Yo mismo me siento perdido, en tanto que ayer era el predilecto de los dioses*
> *Ellos me tentaron y me dieron la caja de Pandora copiosa en bienes y en amarguras rica.*
> *Ellos me llevaron hasta la fuente pródiga de deliciosos dones, para luego arrebatármela y reducirme a la nada.*

Pero, tal vez hubiera bastado con describir aquellas noches de angustia, oprimidas por el insomnio, luchando contra los agobiadores recuerdos. Sobre el asfalto húmedo resonaban los pitos de los automóviles, uno después de otro. Se acabó la maravillosa fiesta. De ahora en adelante seguiremos avanzando, las desgonzadas rodillas, aferrados al cuerpo inerte de la dicha perdida, sintiendo entre la boca sus rubios cabellos, fúnebres cabellos que saben a ceniza. Mejor sería este epitafio: "Ese gusto de tierra y de muerte, esa carga sobre el corazón es todo lo queda de la gran aventura, y de ti, Carlota, mujer tan buscada y tan amada...".

Lentamente las cartas van tomando un tono más reposado. Empieza el análisis de nuestros diversos estados de alma, y el análisis va matando la pasión. Ya se ha dicho que la anatomía presupone el cadáver. La polémica no está mal porque entonces colaboran en nuestra defensa, el egoísmo —que es el padre de todas las malas acciones—, la voluntad y la inteligencia que nos mantienen en pie en medio de la tormenta. Hasta que un día nos convencemos de que nuestro más hondo dolor era vanidad y quimera, una mala interpretación, la semana que les corresponde en el año a las potencias de la muerte. El ruiseñor canta una nueva primavera sobre la desnuda rama del invierno.

Volverá la dicha que parecía para siempre perdida, volverán las alegres ascensiones a las colinas, los trinos, las caricias, los cantos. Y el dolor y la dicha de anhelar, y las prolongadas y dulces esperas y aquella infinidad de ternura, y aquella ansia de identidad, y aquella imagen angelical que nos da, como la naturaleza, la impresión de una paz inquebrantable y de una eterna persistencia. Pasó ya la oscura noche del alma.

¿Cómo escoger a los amigos? En primer término está el destino, que es la potencia secreta del drama. Nuestra vida está hecha de libertad y de necesidad, pero a veces la una influye más que la otra. Los amigos los elige más el instinto que la inteligencia y la razón. Ordinariamente el carácter es lo que nos aproxima a los demás. A los amigos hay que tomarlos tal como son, sin tratar de variar su naturaleza. La atracción de los contrarios es también una especie de afinidad electiva. El contrapunto es el secreto mágico de la música. Sin rechazar en absoluto los consejos, no hay que abdicar nunca de nuestro genio propio. Cicerón pensaba que no puede haber amistad sino entre hombres de bien. Pero dos criminales pueden entenderse, por una ley invencible de atracción natural. Entonces es también falsa su definición de la amistad cuando dice que "no es otra cosa que un sumo consentimiento de las cosas divinas y humanas, con amor y benevolencia, don tan grande, que rio sé si han concedido los dioses —excepto la sabiduría —otro mayor a los mortales". Este es el peligro de escribir para la posteridad. Entonces es necesario adoptar una manera solemne, un tono doctoral y académico, elevándose a las regiones serenas de la filosofía moral. No debieran escribir sino cartas íntimas, donde está el corazón puesto al desnudo. El verdadero amigo es el que está listo a acompañarnos hasta el fondo de la prisión, hasta la ignominia y la deshonra, en medio del desprecio de los demás. O el que es capaz de compartir sinceramente nuestros triunfos, lo que es más difícil, según el humorista inglés.

Es un error dividir a los hombres en tontos e inteligentes, en sabios y en ignorantes. Lo que existe, desde el punto de vista del sentimiento son personas agradables y desagradables. Hay tontos fascinadores por sus maneras, por su temperamento, por su generosidad, por su contagiosa alegría. Hay millonarios, políticos de gran rango, estadistas, y aún hombres de letras, que viven perpetuamente ocupados en cosas que no tienen ningún valor. Históricamente pueden ser auténticas estatuas. Pero su trato es desagradable, porque estimulan aquellas fuerzas mecánicas, pesadas y coercitivas de la sociedad, y no admiten cierto despilfarro, cierto desorden, cierta magia que entra también en el complicado juego del mundo. El

hombre superior es el que se preocupa de los negocios del alma, es decir, de todo lo que les parece superfluo a los filisteos, empeñados únicamente en que los demás no hagan lo que ellos quisieran hacer, en que prosperen las acciones en la bolsa, en que las calles estén bien barridas, en que no haya cantos ni nidos. Tal vez por eso murió nuestro amigo, por temor a lo que dirían después estas deplorables gentes, incapaces de entender lo que dijo Cristo cuando declaró: "Sus pecados le serán perdonados por lo mucho que amó". Pero así mueren los poetas, víctimas de la ley, de leyes y costumbres estúpidas que tal vez ellos mismos contribuyeron a crear.

Hay amistades intelectuales, hay amistades políticas, hay amistades sentimentales. Cuando estos tres factores se conjugan, la amistad es perfecta. Especialmente en el despertar de la juventud, cuando se están formando nuestras ideas, encontramos espíritus generosos, que tratan de realizar la misma aventura nuestra: llegar a ser ellos mismos. Se produce entonces un fenómeno de compenetración absoluta. Las ideas son parciales como el afecto. A estos amigos nos une también el común amor a la gloria, la independencia de carácter, la inquebrantable firmeza para soportar la derrota, el desdén por los honores y los empleos. Sobre la tumba de Jacques Bainville escribió León Daudet:"La amistosa fidelidad de Bainville estaba ligada a la fidelidad de sus convicciones políticas. Él decía que se lo debía todo a Maurrás, salvo el día de su nacimiento. Esta fórmula podría ser la de la mayor parte de nosotros". Es así como se forman las ligas de combatientes o las capillas oligárquicas. El verdadero animal político es el que no tiene en cuenta los afectos para sus actividades públicas. Uno de ellos no tuvo escrúpulo para declarar: "La política es el arte de defenderse de los amigos". Los hombres son, entonces, simples fichas de ajedrez! que se utilizan, según las oportunidades, para dar golpes maestros. Estos animales de sangre fría suelen salvar a los pueblos, pero su vida es desolada, los traicionan su mujer y hasta sus hijas, y su gélido corazón es una simple víscera biológica. El verdadero encanto de las personalidades fascinador a.= es hacerse amar de los demás.

Hay amigos a los cuales nos liga una fraternidad singular. No pertenecen a nuestra capilla literaria o política; son ajenos a nuestras ambiciones o viven al margen de los tumultos cívicos. En :a casa de Ático, un romano de la decadencia, sin odios y sin convicciones, iba a refugiarse Cicerón, después de las tempestades del foro. Allí dialogaba sobre la literatura griega, sobre la vida íntima o sobre la inmortalidad del alma. Estos son los amigos mejores y les que pueden recoger, sin rivalidad y sin egoísmo, nuestros más ocultos pensamientos. A ellos podernos confiarles el gran secreto, el que compromete íntegramente nuestra existencia y la otra. Las mutuas confesiones van creando lazos indestructibles, vínculos más durables que todos los afectos terrestres, inclusive los de la sangre. Así se forman las familias espirituales. Con ellos podemos pasar días, semanas y años, compartir la desolación, la felicidad y aquellos goces íntimos que constituyen la verdadera y única riqueza, el sumo bien a que podemos aspirar en este bajo mundo. Es la cadena que no rompe sino la muerte. Cuando se va uno de ellos empezamos a sentir que el círculo de sombra avanza sobre nuestra existencia. El verdadero lujo son las amistades humanas. "Nadie puede sembrar un árbol y aspirar a sentarse a su sombra al día siguiente". Es grato recogerse con estos amigos predilectos, en compañía de un buen vino, a dialogar sobre los negocios del amor, a leer los más bellos poemas de todos los tiempos o a reconstruir las horas felices. En torno nuestro ningún ruido; solo aquel silencio perfecto, asimilado por Shakespeare, a la más deliciosa de las músicas. Sin un amigo a quien comunicarle nuestras alegrías, hasta el amor sería muy poca cosa, y solo en su compañía la tribulación puede ser vencida. "Quisiera — concluía el fabuloso Octavio Romeu, en una conferencia sobre La amistad y el diálogo— , quisiera morir en los dulces brazos de un amigo, con quien, a pesar de conocernos toda la vida y de querernos con toda el alma, nunca nos hubiésemos tratado de tú".

¿Es posible la amistad entre un hombre y una mujer? El tema ha sido tratado varias veces, pero siempre con aproximaciones e hipótesis. Cada experiencia es individual y no es fácil repetirla. El ideal es encontrar en el mundo una mujer que sea al propio tiempo la hermana, la esposa, la amiga. El amor deja de ser aquí una fantasía, una ilusión autorizada por una muñeca imaginaria, para convertirse en una comunidad y una comprensión perfectas. Ya no es la adoración de un rostro hermoso sino la beatitud prometida. Fue el sentimiento que encontró Goethe en la Baronesa de Stein y que vertido en estrofas soberanas repitió tantas veces al oído de Carlota, contemplando el valle del crepúsculo o el camino del Weimar, mágicamente iluminado por la luna:

¿Por qué nos diste ese mirar profundo
que nos descubre el tiempo que vendrá?
¿Qué quiere de nosotros el destino
que con lazo tan tierno sabe atar?
¡En tiempo lejanísimo e ignoto
tu hermana o mi esposa fuiste ya!
Sabias los enigmas de mi genio
y mi sensible corazón pulsar,
y leíste en mi ser de una mirada,
lo que nunca ha podido ojo mortal!

Por primera vez encuentra Goethe a una mujer que puede amarle sin dificultades y sin compromisos. Su marido es casi un extraño para ella. Sus hijos no le estorban, no Ie importan la sociedad y la corte de Weimar. Ella no había amado antes a ningún hombre. Su educación no era la de una mojigata, pero si la de alma digna, incapaz de ningún sentimiento bajo. Cuando antes de conocerla Ie muestran a Goethe un retrato suyo escribe al pie de su imagen: "Sería un espectáculo admirable ver como se refleja el mundo en esa alma. La ve tal como es, pero por medio del amor; de suerte que la impresión general es de dulzura. En febrero Goethe baila por primera vez con ella, en el palacio de su protector, el príncipe Carios Augusto. La encontró al pie de una columna, que no volvieron a olvidar nunca. Estaba nerviosa, enferma y frágil. A través de su traje naranja, casi se transparentaban sus venas. No es la mujer floreciente que aparece en los retratos de su madurez, sino una criatura resignada y triste. Se habla, entonces, de sus sufrimientos, de sus luchas, de su extraño y doloroso destino. Goethe se acercó para interrogarla sobre el hijo recién nacido, sobre los problemas de la casa sobre las inquietudes de un pasado reciente. No avanzó ni una galantería. Desde entonces el universo se redujo para el a tan soberana luz. Carlota es grave y tierna. Con su severa majestad domina todo el salón. El rublo marco de sus cabellos es como una resplandeciente corona Durante tres años Goethe no baila sino con ella. Es un capricho que puede comprometerla. Pero en Weimar debían tolerarle al primer poeta de la corte este “parasitismo divino”. Desde edad muy temprana la familia de Carlota la casa para establecería, con el caballerizo mayor hombre simple, sin imaginación, extraño a todos los Problemas del espíritu. El mundo era para él una tabla de logaritmos La obsesión de las cosas maternales había secado su alma. Preocupado por los tesoros de la tierra no supo nunca cuál era su única riqueza. Carlota era en cambio, un espíritu ardiente y puro, más sutil y más fino que un perfume. La obra maravillosa de Goethe fue despertar esta alma hermosa reconstruir con ella el universo y devolverle la dicha perdida Carlota lo reconoce en una de las pocas cartas que han quedado de su voluminosa correspondencia: "Gracias a vos, vuelvo por fan a sentir el gusto del mundo, del que de tal modo me había separado. Mi corazón me reprocha, pues presiento que os preparo tormentas y que también vos me las reserváis Hace seis meses me hallaba dispuesta a morir y ahora ya no lo estoy". Así empieza esa terrible lucha sentimental que iba a durar diez años, y que dejó una huella indeleble en la obra del semidiós. Carlota lo somete a pruebas increíbles. El temperamento apasionado de Goethe, todavía en las tempestades de la juventud, se revela contra todo límite. El no concibe el amor platónico, entre otras cosas porque hasta el nombre es equivocado. La teoría fue de Sócrates, y lo que él llamaba amor platónico, no iba hacia las mujeres sino hacia los hombres. Era el amor por Alcibíades o por Agatón. No lo hubiera practicado nunca ni siquiera con Diotima. En el amor entra todo, lo dijo tal vez la señora de La Fayette: carne, corazón, espíritu. El amor aspira a la totalidad. No es posible vivir como si el cuerpo "no existiera. ¿Los ojos de Carlota son tan solo una combinación de agua y tierra, o están iluminados por el espíritu? ¿Y qué sería de tan bella alma en un cuerpo contrahecho? Se ama el color de la piel, el dorado milagro de la nuca, el contorno de la muñeca, en fin, ese adorado nido de larvas, compuesto de materia perecedera y Corruptible. En todo caso la culpa era de ella que estando hecha de debilidad era una pujante tentación. Nunca la convertiría Goethe en un simple instrumento de su pasión. Pero tampoco estaba resuelto a renunciar por su propia voluntad. En vano Ie suplican sus amigos que quieren evitar un rompimiento. La una dice: "No se puede". Los otros: "Confórmate". Y el sigue luchando contra el destine. De estas vertiginosas maneras nacen muchos de sus poemas inmortales y aquella maravillosa correspondencia — mil seiscientas cartas o billetes—, verdadera confesión de su vida, monumento imperecedero de belleza.

Al principio estallan las pasiones frenéticas de Goethe; Werther se desespera. "Cuanto más inteligente es un hombre — Ie confiesa Carlota a Zimmermann—, más penoso, a mi parecer, se hace todo; más se aleja de los caminos serenos. Seguramente los ángeles

caídos eran más inteligentes que los otros". Goethe sufre por él y por Carlota. Quisiera dejaría en paz, pero esto sería la muerte para ella y también renunciar a su propio destine, al vaso donde iba a derramar raudales la belleza y el amor. El fuego de la pasión eternamente encendido abrasa su alma. Pero ella, como la Ifigenia del drama inmortal, vierte sobre las llamas un dulce incienso. Este amor demostró la capacidad de Goethe para el sufrimiento y formó su verdadera cultura. Ella hizo de él un clásico. Entonces escribe la Ifigenia y el Torcuato Tasso, que no son sino pretextos para expresar sus ocultas pasiones. Goethe utiliza a sus personajes para que Ie lleven billetes de amor a la Baronesa de Stein, sin que los demás se den cuenta. Para un lector atento, esta es la más deliciosa correspondencia. En sus cartas la llama la Apaciguadora. Y ella termina por someter al hombre impetuoso, que profesa la religión de los cinco sentidos, a los límites justos.

Las apasionadas cartas de amor se suceden una después de otra. No hay idea, no hay dolor, ni hay proyecto que Goethe no Ie confíe a Carlota. Algunas de estas cartas, escritas en verso, figuran entre los mejores poemas de la lengua alemana. Al fin llega fatalmente el día de arrojar al mar el anillo de Policrates. Con fecha dos de noviembre puede leerse esta anotación en el diario de Goethe: "¡Ella vendrá, ella vendrá! Las horas de este día deben traerme la suprema felicidad". Después de la titánica brega el amor Ie brinda todos sus dones y la vida no volverá a ofrecerle nada más bello ni mejor.

La perfecta dignidad de este amor lo convierte en una verdadera amistad. Juntos pasan horas interminables dialogando sobre los más elevados problemas, sobre el arte, sobre la belleza, sobre el destino de la humanidad. Goethe Ie debe a Carlota más que a Lavater, más que a Herder, más que a Schiller. Apaciguadas las pasiones se pasean en los últimos años por las serenas vertientes del ideal. Esta amistad amorosa es de las más nobles lecciones que nos ha dejado la vida ejemplar de Goethe.

Sainte-Beuve nos ha hablado con infinita delicadeza de las amistades de Madame Recamier con los hombres más ilustres de su época, que solían reunirse en su saloncito de la Abadía de los Bosques. Nadie ha tenido como ella el encanto de convertir el amor en amistad, con una coquetería angélica. "Hay naturalezas que nacen puras y que han recibido, suceda lo que quiere, el don de la inocencia. Atraviesan como Aretusa la onda amarga; resisten el fuego como esos niños de la Escritura a quienes salvo el Ángel del Señor, refrigerándolos, además, con suave rocío en el homo encendido". Nunca abandono el cumplimiento del deber, del cual hizo una religión. Chateaubriand se lo debe también todo: su carrera política, el ministerio, la embajada y la magia de aquel estilo que tiene el puro contorno del mármol donde Cánova inmortalizo a la hechicera. Estas amistades parecen ya casi legendarias porque la vida moderna ha convertido las relaciones entre ambos sexos en un hecho natural, "es decir, abominable". En todo caso, siempre son posibles las relaciones intelectuales y aun sentimentales, entre un hombre y una mujer, sin que intervenga para nada el deseo. Para lograrlo solo basta un poco de dignidad y a veces una sexualidad satisfecha. Don Juan no tiene amigas, pero tampoco amantes. Su triste soledad reposa sobre las Cenizas de la pasión saciada.

Lo que ha existido una vez existirá siempre. No debemos lamentarnos nunca del tiempo pasado y soñar con tos griegos, con los latinos; acaso si con el Paraíso de la mitología persa. La mejor época es aquella en que nos ha tocado vivir porque en todo Caso es la nuestra. Lo que sucede es que en el balance definitivo de cada existencia la posteridad contabiliza ordinariamente los minutos bellos y heroicos, o los años de sufrimiento, pero no se ocupa de las horas interminables que tejen la tragedia cotidiana, del tedio vital, de las dolorosas y prolongadas esperanzas que exige la conquista de un día feliz. La ventaja de ciertas modernas biografías es que desmontan del pedestal a los héroes para convertirlos en nuestros compañeros de infortunio, revelándonos la triste uniformidad del esqueleto. Plutarco deformo las vidas ejemplares de la antigüedad, fundiéndolas en bronce. La grandeza del hombre esta, acaso, en su miseria, en su capacidad de resistir, no el dolor, ni de la muerte, sino los asaltos, renovados de la rutina, la atroz letanía del almanaque. Hacerse matar en un momento de entusiasmo o de locura, para satisfacer a los espectadores, es muy fácil. El verdadero heroísmo consiste en no desesperar en medio de una vida consagrada al cumplimiento del deber, mientras pasan los días hostiles sin alegrías y sin esperanzas. Al lado nuestro hay sabios, próceres, mártires y santos Solo que no sabemos descubrirlos empeñados como estamos en mirar siempre el pasado, sin contemplar el limpio .horizonte que tenemos a la vista.

SOLEDAD

Tienen los portugueses una expresión tan difundida en el mundo como sus carabelas en los siglos heroicos. Sobre su exacta interpretación se han escrito volúmenes enteros. La "saudade" es la hermana trémula del llanto, la cuna de los dulces suspiros. "Soledad, abandono, ausencia, escribe Karl Vossler, toman en el lenguaje usual de los trovadores galaico-portugueses el valor sentimental y la acusada importancia de "tristeza", "quejas", "afán", "anhelo", "languidez" y "nostalgia". "Vossa Soidade" no quiere decir en el cancionero del Rey Denis "Vuestra Soledad", sino "nostalgia de vos", nacida de vuestra ausencia. Y así nace este anhelar, este suspirar I del tierno corazón herido, la melancolía de Don Quijote en las brumosas soledades de la Sierra Morena, desbordado manantial de su heroica locura. La saudade tiene el color extraño de los crepúsculos lluviosos, voluptuosidades cardenalicias, inocentes ternuras de serafín, el perfume de las carnes intactas. Es la ciega esperanza que brota de los mojados parpados en la hora de la promesa o de la despedida. Eugenio de Castro ha dicho en un verso perfecto:

La saudade es un suave perfume de violetas.

Muy aventajados polígrafos afirman que nuestras viejas "soledades", las de Góngora, Garcilaso y Gómez Manrique tienen un significado análogo a la saudade portuguesa. Pero lo cierto es que no ha persistido en el castellano como en su patria originaria. Es deplorable también que haya muerto la "soledumbre" de Fray Hernando de Talavera, y que no tengan en nuestro idioma estas voces galaicas su hondo sentido nostálgico:

Mimosa, soave,
sentida, queixosa.

Si meditamos hondamente, la soledad es el origen de la poesía castellana, su motivo central, su pergamino de nobleza. Ella está en los romances y trovas, en Garcilaso, en Herrera, en Fray Luis de León y en San Juan de la Cruz, en los idilios y caprichos, en los autos sacramentales, en los hermanos Argensolas, en Quevedo y en Góngora. Este es el ambiente de la gran poesía mística. Lo más extraño es que estos espíritus ardientes concebían la soledad, más que como un estado de alma, como un sitio inhospite, "en la desierta Siria destemplada", según cantó Adrián del Prado en honra de San Jerónimo. El paisaje de Pedro Malón de Chaide es el mismo de Spinoza y del Capitán Francisco de Aldama:

La soledad, el páramo y desierto,
y la pena más dura, y fuerte roca,
y el silencio más duro y más cubierto...

Alii no hay ni fuentes, ni flores, ni elevadas encinas, sino cactus que se nutren del aire o la fúnebre yedra. En torno suyo saltan los animales de sangre fría y fosforecen en la noche los ojos de los felinos. En el vientre de una roca, guarnecida de matorrales abruptos, habita el justo, bajo la mirada de Dios. En Santa Teresa, que conjuga la vida activa con la vida contemplativa, la soledad adquiere un concepto más humano, es una de las moradas del alma.

Un caso singular en la literatura castellana es el de don Miguel de Molinos, el insigne heresiarca que predico el "quietismo" en medio de las hogueras de la inquisición. Su *Guía Espiritual* está escrita "en un estilo devoto, casto y provechoso, sin exornación de pulidas frases, sin ostentación de elocuencia ni sutilezas teológicas". Como obra filosófica vale muy poco; pero su idioma es el de los autores príncipes. El "quietismo" tiene indudablemente reminiscencias indias. Nadie ha buscado en una forma tan ardiente la anulación de las pasiones, la verdadera soledad donde descansa el alma, con una amorosa e íntima serenidad, en los brazos del sumo bien. "Tres maneras hay de silencio. El primero es de palabra; i segundo, de deseos; y el tercero, de pensamientos. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el interior recogimiento, no hablando, no deseando, no pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en la cual habla Dios con el ánima, se comunica y la enseña en su más íntimo fondo la más perfecta sabiduría. La perfección del alma no consiste en hablar ni pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho. Alcánzate este amor por medio de la resignación perfecta y el silencio interior... No creas cuando estas seca y tenebrosa en la presencia de Dios por fe y silencio, que no haces nada, que pierdes el tiempo y que estas ociosa, porque este ocio del alma, según dice San Bernardo, "es el negocio de los negocios de Dios".

Esta soledad de Molinos, apartándola del sentimiento exclusivamente religioso, no deja de ser útil. Nadie como él sabe darnos eficaces consejos para detener la encrespada corriente de la conciencia mudándola en un sereno remanso. Hay que bracear contra las tempestades del mundo y fortificarse contra las conmociones internas, buscando la adamantina serenidad de las yermas alturas. La concentración contemplativa es el camino que conduce hacia nosotros mismos. Solo que este veneno hay que tomarlo en dosis homeopáticas, porque las ideas de Molinos conducen a la muerte del alma, a la total aniquilación. Las pasiones, por delirantes que parezcan, constituyen la alegría de vivir.

Con un espíritu tranquilo hay que afrontar todos los peligros, arriesgarse a las más difíciles hazañas, buscar sobre la tierra todos los dones deseables. Lo fundamental es no perder la soberanía interior. La actividad incesante de los pensamientos, su ejercicio siempre renovado en presencia de las variadas manifestaciones del mundo interior y exterior, la fuerza y la capacidad de las combinaciones siempre cambiantes, ponen a un cerebro eminente fuera del alcance del tedio, salvo en los mementos de fatiga.

Cada conocimiento nos da una nueva capacidad de goce. No es lo mismo contemplar el maravilloso espectáculo del universo, desde la llanura de la ignorancia que desde la cima de la sabiduría. Mientras más alto asciende el espíritu son más vastos los horizontes. La sensibilidad y la inteligencia, son fuentes perennes de alegría. "Es en la soledad, afirmo Shopenhauer, alii donde cada uno se ve reducido a sus propios recursos, en donde se revela lo que se posee por sí mismo: en ella el imbécil, cubierto de purpura, suspira aplastado por el fardo de su miserable individualidad, mientras que el hombre de altas dotes puebla y anima con sus pensamientos la región mas desierta". La ciencia, el talento y la voluntad les prestan un sentido eterno a las cosas perecederas. Nada debe sernos indiferente. El dolor ensena tanto como el placer. Hasta el leve movimiento de una hoja enriquece la personalidad que contempla la naturaleza viviente con miradas atentas; "El ojo, escribía Goethe, era el órgano con que yo principalmente percibía el mundo". Hay que ver su emoción ante un feldespato encontrado en el camino de Jena. Del inmenso repertorio de la realidad extraída la sustancia de sus cantos.

En esta vida todo es símbolo y sueño. El espectáculo de una noche estrellada le da al filósofo la sensación del infinito, provoca meditaciones profundas sobre el origen del universo y revela la presencia de Dios. El moralista vuelve sus ojos absortos haría el cumplimiento del deber. Para un alma sin ventura llegan desde la eternidad rachas de desolación y un puro amante alzara su canto como un surtidor de luceros:

Yo iré por ti a los cielos con la estrella más alta.

Darse cita en una constelación distante, en una noche convenida, es el más tierno de los mensajes de amor. Mientras los espíritus frívolos se entregan a placeres superficiales, las criaturas elegidas contemplan ese puro diamante que sella para la eternidad m matrimonio de almas.

Los paisajes de la soledad varían según las circunstancias espirituales. Todo lo existente vuelve al seno de la naturaleza. Contemplando los estanques de Aguas Muertas, el inacabable granito de sus contornos, Mauricio Barrés reconstruía el alma taciturna de Berenice, su entristecido corazón, sus ojos de bestezuela herida. Sus confusos sentimientos se conformaban con aquella desoladora llanura, con aquel país lunar colmado de sueños inmensos y de tristezas resignadas.

Aquí todo es cuestión de disciplina, de estrategia espiritual. Pero un artista escoge siempre el paraje favorito para sus sueños. Stefan Zweig nos recuerda que la sensibilidad meteorológica de Nietzsche lo empujaba sin interrupción a buscar una atmosfera particular, el ambiente adecuado para él, el clima de su alma. Este fugitivo recorría miles de kilómetros en ferrocarril para encontrar ese lugar fabuloso en el cual sus nervios dejarían de tiranizarlo. Hay horas de intensa alegría en que el corazón es una hélice lanzada contra el infinito. Hemos alcanzado la dicha suprema, hemos vivido la eternidad en un instante. Los sueños de la adolescencia, las pasiones de la juventud, los más ardientes deseos, lo inalcanzable nos han dado su beso de fuego. Hemos volado hasta las moradas celestiales en alas del serafín. Porque todo esto es posible y la realidad tiene misterios que la fantasía no conoce. Es grato en estos instantes recogerse en honda meditación, alejarse de la sociedad, de los amigos, del mundo para santificarnos con los adorables recuerdos y convertirlos en sustancia de nuestra sangre. Si es en el campo todavía mejor. Es dulce, entonces, pasearse bajo los árboles, contemplando los altos álamos, recorrer el sendero de los sauces, seguir el grácil contorno de las verdes-amarillas lomas que se pierden en la lejanía o buscar aquellas rocas que guardan el nacimiento de las aguas, antiguos testigos de nuestras ocultas desventuras. Espontáneamente brota de nuestros labios el himno al sol que "decora como un miniaturista todas las cosas"' y que tiene el tibio contorno de un flanco perfumado. El viento juguetea desnudo entre los cañaverales y nos trae el ritmo de caricias distantes. Las golondrinas, las nubes migratorias llevan mensajes de amor.

Heridos por el mundo o por la espina interior, por culpa de los que están más cerca de nosotros, buscamos, a veces, soledades abruptas para encontrar de nuevo la serenidad o la plenitud entre las criaturas elementales. Nuestro corazón está envuelto n crespones de niebla. Cae una lluvia menuda sobre el áspero paisaje. Con pasos inciertos marchamos por una hondonada, escuchando el canto melancólico de las mirlas y el correr del agua. Nos perdemos, luego, por un sendero de la montaña, siguiendo el tormentoso curso de los arroyos, aumentados por las lluvias del invierno. Audazmente ascendemos por rocas vestidas de musgo, hasta reposar en el sitio más olvidado sobre una piedra milenaria. Hay que apurar allí el dolor hasta el fondo del cáliz para llorar la pesadumbre de un destino trágico. La tempestad golpea n el fondo de nosotros mismos con aletazos que parecen llegar de la eternidad. Nos sentimos solos frene al universo, rotos todos los vínculos que nos ligaban con el mundo. Pero la naturaleza no nos abandona. ¿Qué es nuestro dolor ante el infinito? Esas raudas corrientes, que ahora se rompen contra las piedras, tienen la fluidez de las caricias, de los goces y de las penas. Todo cambia, todo se transforma. El misterio de la cuna es el mismo de la mortaja. Esos fúnebres árboles doblados bajo la tormenta, volverán a acompañarnos en días más serenos. Las rocas inmóviles nos dan una sensación de permanencia y te constancia, de seguridad y de fuerza, ante la brevedad de nuestras pasiones y la inestabilidad de los afectos. La danza de las horas transcurre y el cansancio nos rinde. Tendidos sobre la tierra bienhechora, los espíritus aéreos mecerán nuestros sueños, repararan nuestras fuerzas y volveremos a la vida con un vigor y una juventud desacostumbrados. Este es el arcano de Fausto.

En los anaqueles de la biblioteca están todas las sombras que nos son familiares: Platón, Lucrecio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe, Baudelaire, Stendhal, Dostoyewski, Proust, sombras inmortales que tienen más vida que nosotros mismos. Con ellos dialogamos como si fueran amigos de la infancia. Ninguno de los

autores príncipes nos ha defraudado nunca. En ellos encontramos vetas cada vez más ricas. Nada es más fácil que conquistar la admiración universal con el estilo o con el pensamiento. Y solo, estas conquistas son eternas. El alma es susceptible" de una perfección indefinida, cuando la trabajan la belleza, el amor, el dolor. Hay que acercarse con reverencia, con piedad a todos los seres superiores; a la mujer que ama, a los grandes artistas, al filósofo y al santo. Hasta ellos no llegamos sino en la soledad y en el silencio. Es allí donde encontramos el i misterio a plena luz. Paul Valery ha dicho: "Los seres más profundos, incomprendidos por sí mismos, extraen de cierta tiniebla los bienes supremos y los objetos purísimos de sus nobles amores. Un tesoro tenebroso produce el fulgor de nuestros días; un silencio es la fuente extraña de los poemas". Quien no ha pasado horas, días, semanas, en la más absoluta soledad, sin comunicación alguna con el mundo, no llegara nunca a ser un gran amante, un escritor autentico, un verdadero conductor de pueblos. El amor, es una creación del silencio. Es alii donde brota la soberana imagen vestida con todos nuestros sueños. El estilo no es solo una trasmutación de la sensualidad, un producto biológico, sino también una prolongada paciencia. Y Zarathustra asciende a la montaña sin más compañía que el águila y la serpiente, se refugia en sus siete soledades, antes de emprender el dominio del mundo.

Para tomar una resolución suprema convienen algunos días de aislamiento. Solo cuando nos libramos las presiones exteriores nos habla claramente la conciencia. El verdadero idioma del amor es el silencio. Los que saben callar horas interminables al lado de un ser que aman llegan a la comunión suprema -qué frívolas resultan entonces las palabras! El sentimiento profundo de la soledad es, quizás, lo que más nos une con los seres que amamos. Cuando el alma se recoge en su puro y hondo centro llega a tener la plena conciencia de Dios, de los hombres y de mundo. Es así como los místicos, en el silencio del desierto o en la intimidad de la cartuja, han llegado a la plenitud amorosa.

Siempre es fácil poblar la soledad de las más adorables imágenes, pero esto requiere y exige una disciplina. Al principio la empresa es difícil. Encerrados entre cuatro muros, no encontramos sino el tedio y todo nos invita a proyectarnos hacia el mundo exterior, a buscar las fiestas, los placeres, los amigos. Pero hay que insistir. Hay que rodearse en primer término de objetos amables: música, libros y cuadros de los grandes artistas. La primera amiga que viene a visitarnos es la angustia. Hay que convivir con ella, sobrexcitarla, poseerla. "El gran dolor es el último libertador del espíritu; y nos obliga a descender a las ultimas profundidades". Un poco de música religiosa: Haendel, Beethoven, Bach, pueden calmarnos un poco, elevarnos a esferas superiores. Lentamente empieza a descender hasta nosotros la; amada inmortal, colmándonos de los más dulces bálsamos. Es fácil, entonces, reconstruir cada una de sus maravillas.. Es por ella que corre el agua, que sopla el viento en los cañaverales, que maduran las cosechas y la amapola enrojece. Han pasado las horas y la noche nos regala con su maravilloso silencio. Los más dulces pensamientos van poblando la callada estancia, y la música interior brota las más extrañas melodías. La soledad nos trae sentimientos más tranquilos; entonces, podemos dialogar con la amada, mejor aún que si estuviera presente, y murmurarle al oído las más apasionadas ternuras. Es la hora del canto. El estilo brota puro como agua del manantial. Solo en el recogimiento de las siete soledades nos encontramos a nosotros mismos. Es alii donde debemos construir nuestro mundo. Con el tiempo la soledad se va haciendo tan productiva que terminamos por amarla más que a todas las diversiones.

Sin embargo, para encontrar la soledad no es necesario recluirse en el fondo de la alcoba o en el silencio de la montaña. En la calle, en medio de los ruidos del mundo, nos sentimos, a veces, más solos que en el mar o en el desierto. El único peligro es que algún transeúnte venga a rompernos el sueño. De alii el encanto de las pequeñas ciudades que parecen construidas para nosotros. Desde Holanda les escribía Descartes a sus amigos de Paris: "Solo de mi |depende vivir aquí ignorado de todos. Me paseo diariamente en medio de la muchedumbre casi tan tranquilamente como vos podéis hacerlo en nuestras alamedas. Los hombres que encuentro me hacen la misma impresión que si viera los arboles de nuestros bosques o los ganados de nuestras campiñas. El mismo ruido de los comerciantes no me distrae más que me distraería un riachuelo..." Aprovechando esta libertad escribió sus *Reglas para la dirección del espíritu, su Tratado del mundo o de la luz, meditaciones*. Este concepto cartesiano de la soledad es muy grato. La universidad de la vida enseña más que la

naturaleza. Las calles de ciertas ciudades son auténticos jardines flotantes, donde pasan mujeres más ligeras que la brisa, bellas como parásitas y a veces nos quedamos suspendidos de un rostro hermoso, superior a todas las creaciones del arte. Cada una de las gentes que pasan tiene para nosotros el encanto de representarnos un mundo desconocido. Allí hay tragedias comparables a la nuestra, dolores más auténticos, pasiones más refinadas y sutiles. Y sin embargo, pasamos indiferentes ante ellas, como en las oquedades de la montaña. A la melancolía no le falta nunca un escenario adecuado. Para abrirle horizontes a la angustia no se requieren parajes sombríos, abandonadas praderas grises e infinitas, estremecidas por el viento lúgubre que agita las hierbas, bajo un cielo cargado de tempestades y de relámpagos. El mundo tiene el color de nuestras pasiones, de nuestras dudas, de nuestros dolores, de nuestros sueños. Hay paraísos bajo la lluvia y profunda desolación entre praderas de zafiro.

Ascender en la vida del espíritu es marchar hacia la irrevocable soledad. Todo conocimiento nos aleja del rebaño. En medio de las fiestas, de los placeres en el tumulto de la acción o en el torbellino del mundo, el hombre superior empieza a sentir el vacío de las alturas. Los hechos exteriores se convierten en imágenes de una realidad más alta; son luces de bengala que iluminan la noche, pequeñas señales visibles en la trayectoria sensual del cosmos. Todas esas almas inquietas, empujadas por el "látigo del placer", no buscan sino bromuros para su propia soledad. El espíritu es intransmisible; nadie puede comprender a nadie. DOS seres unidos por la ley o por la costumbre, que viven bajo el mismo techo, pueden pertenecer espiritualmente a dos continentes distintos. Robinson no necesita de su isla, la lleva a todas partes, es el ámbito de su alma. Aldous Huxley ha escrito:

"De la soledad uterina surgimos a la soledad entre nuestros semejantes, para volver luego a la soledad de la tumba. Pasamos la vida esforzándonos por mitigar tal soledad. Pero propincuidad no significa nunca fusión. La ciudad más populosa no es sino una aglomeración de soledades. Intercambiamos palabras, pero las intercambiamos de prisión a prisión, y sin que tengamos la esperanza de que signifiquen para los demás lo que para nosotros significan. Nos casamos para tener en la casa dos soledades en vez de una; engendramos hijos y las soledades aumentan de número. Reiteramos el acto amoroso; pero aquí una vez más, promiscuidad no significa fusión. El más íntimo de los contactos solo es de superficies. El placer no se comparte; lo mismo que el dolor, solo se experimenta o se infringe, y tanto cuando brindamos placer a nuestras amantes, como cuando otorgamos caridad al necesitado, no lo hacemos para gratificar al objeto de nuestras benevolencias sino a nosotros mismos. Pues la verdad es que nuestras bondades tienen el mismo motivo que nuestras crueldades, el de acrecentar la sensación del propio poder; y esto es lo que hacemos constantemente, aunque el obrar así sea causa de que nos sintamos más y más solitarios cada vez. La verdad de la soledad es la misma en todos los hombres, sin posible mitigación que no sea por el olvido, la estupidez o la ilusión; pero la sensación de soledad de un hombre es proporcional a la sensación y realidad de su poder. En cualquier circunstancia, cuanto mayor es nuestro poder, más solitarios nos sentimos".

Pero hay épocas en que esta soledad aumenta Todo nos parece hipócrita, mezquino, utilitario. L vida nos golpea con sus leyes inexorables. Hemos entrado en conflicto con normas que nos parecen respetables. Tenernos que prepararnos para luchar contra el destino. La vida ya no podrá ser soportada sino despertando nuestra plena conciencia, tomando como base la tragedia reconocida como tal y edificando sobre ella toda nuestra vida. El que no pueda vivir así, debe renunciar. Pero cualquier solución exige una cura de reposo, entrar en sí mismo. Debemos acercarnos a las cosas elementales, al mar que es nuestro padre, a la tierra genitora. En las horas decisivas los grandes elegidos se internaron en el bosque de las gacelas, en la selva sagrada.

Solo en la soledad, en el interior recogimiento se encuentra el manantial de la energía, la misteriosa potencia que exige el dominio de sí mismo. Entonces se aclaran las más confusas situaciones. De nuevo podemos emprender la titánica brega contra los sentimientos negativos que pretenden esclavizarnos. Volvemos a estar de pie sobre el mundo. Perséfona en el simbolismo desgarrador de los misterios eleusinos, es la imagen del alma humana, encadenada en esta vida a pasiones inferiores o entregadas en la otra a quimeras y tormentos, si no ha encontrado, por medio de la disciplina, el camino de la liberación. El arcano de los arcanos nos ensena que siempre es

posible recobrar el equilibrio por el esfuerzo combinado de la intuición, de la razón y de la voluntad. Es así como Perséfona vuelve a ser luminosa, la pura, la virgen inefable, dispensadora del amor y de la alegría.

Eugenio D'Ors recomienda para luchar contra la tribulación, contra la enfermedad de los solitarios la lectura del Libro de Tobías. Hay que buscar siempre un Ángel Guardián, una celestial mediadora que nos guie hacia las verdades superiores. Un amor terrible y sobrehumano lleva a Dante a solicitar la beatificación de Beatriz en los tercetos misteriosos de la Divina Comedia. Ella representa, en cierta forma, a los ángeles custodios que vigilan todos nuestros actos y nos conducen hacia una Jerusalén ideal. Debido a su bienhechora influencia ascendemos por un camino de perfección. Ella acendra todas las virtudes de la tierra y las bendiciones del cielo. Por la escala del bien y de la belleza nos eleva hasta el Trono de la Sabiduría. Realmente ella ha existido para nuestra salvación. Eugenio D'Ors nos habla de una imagen del Ángel de Tobías trazada por el pincel del Pollaiuolo, que se encuentra en el museo de Turín. El celestial mensajero ostenta aquí una figura atlética, en contraste con el Ángel estilizado de Botticelli. ¡El Ángel por encima del hombre venciendo todas sus flaquezas! Cada uno de nosotros necesita un símbolo creador, un intercesor alado, hermético, lunar entre la vida y el espíritu. "¿Quién eres?", pregunta el alma peregrina en su deslumbramiento. "Yo soy tu vida misma", responde la criatura alada: "Soy tu puro pensamiento, tu puro lenguaje, tu actividad pura y santa. Y era bella; tú me has hecho todavía más bella".

En la paz profunda de la noche vemos todos los paisajes de la soledad, Por ellos hemos transitado, vestidos de silencio. Y los sueños salen ahora a poblar el aire de canciones. Son los dulces recuerdos, las horas felices, los altos pensamientos, que nos han fabricado un refugio en medio de la tormenta. La inferior disciplina ha vencido a la tribulación. La soledad, mensajera de la muerte, puede llegar a ser para los espíritus superiores un surtidor de aguas vivas. ¡Oh, soledad libertadora! ¡0h, refrescantes tinieblas!

UNA NOSTALGIA PRODUCTIVA

La fuente más fecunda de emociones intelectuales es el recuerdo. Toda verdadera obra de arte por impersonal que parezca, es necesariamente autobiográfica. Mis dramas, mis poesías, mis libros, declaraba Goethe, no son sino fragmentos de una gran confesión. Fue así como Marcel Proust -el argonauta del tiempo perdido-, al evocar sus experiencias de nombre mundano escribió la novela más apasionante de su siglo. Un templete, una columnata, un arco corintio reproducen la emoción de un momento en la vida de un escultor, delatan la presencia de un rostro hermoso o siguen las líneas de un cuerpo que el artista imagino divino.

Pero los recuerdos influyen de manera muy distinta sobre los diversos temperamentos: sobre algunos gravitan como pesada losa funeraria; exaltan y estimulan a otros para la creación fecunda; Lo que es para algunos espíritus sereno resplandor de la vida es tan solo, para otros un sitio lleno de lágrimas.

Nadie ha sentido tan hondamente como Chateau-briand la amargura de las horas felices Casi todos sus libros son melancólicas sinfonías de recuerdos dichosos. En las *Memorias de Ultratumba* se siente el desolado viento del otoño. Apenas si guarda las cenizas de sus amadas y parece que las hubiera tenido en los brazos únicamente para llorar la desventura y perderlas. No hay página más intensamente autobiográfica que esta de la *vida de Rancé*: “Los hombres que han envejecido en el desorden creen que cuando llegue la hora, podrán despedir con facilidad a las gracias, como se despide a las esclavas. Es un error: uno puede liberarse a la voluntad de sus sueños, y cuando faltan las fuerzas para realizarlos, nos debatimos dolorosamente en un caos en que el cielo y el infierno, el odio y el

amor se mezclan en espantosa confusión .Viejo peregrino, sentado al borde del camino. Rancé habrá contado entonces las estrellas, no fiándose en ninguna y esperando que la aurora le trajese el hastío del corazón y la deformidad de los días.   Si el cielo le pusiera en los brazos los fantasmas de la juventud, él se cansaría pronto de transportar larvas. Por poco que haya vivido se han visto caer muchos muertos que se llevan ilusiones”

Pero las cabeceras literarias de este gran tema están en el canto quinto del Infierno, en la Divina Comedia, donde Dante esculpió, en el reluciente mármol de su idioma, los amores de Paolo y Frarcesca. Cada verso tiene aquí la profundidad de una sentencia platónica y el ritmo de una limpia melodía. Es tan grato releer algunas estrofas de este canto como contemplar el Partenón, las riberas del Nilo, o el rostro de la amada. En prosa castellana dicen:

"Francisca: su suplicio excita mi llanto y mi compasión. Mas dime: ¿en tiempo de los dulces suspiros, cuánto y de qué manera llegasteis a conocer vuestros secretos deseos? Ella me contesto: No existe mayor pena que recordar en la adversidad los días felices. Bien lo sabe tu maestro. Y ya que quieres conocer la manifestación primera de nuestro amor, hablaran mis labios al par que lloran mis ojos. Por distraernos leímos un día la historia de los amores de Lanzarote. Estábamos solos, libres de toda sospecha. Nuestras miradas durante la lectura, se habían buscado muchas veces y nuestros semblantes habían empalidecido. Un solo instante decidió nuestra suerte: cuando leíamos que sobre la anhelada sonrisa de la amada puso el amante un beso, este, que eternamente estará junto a mí, besó trémulo mi boca. Para nosotros tanto el libro, como quien lo escribió, fueron igual que otro Galeoto. Aquel día ya no leímos más” Mientras el cuerpo del poeta cae sin un aliento, movido por la piedad, las dos almas suspirantes se alejan entrelazadas por un beso, conducidas por la misma ráfaga. Aquí está el conflicto: la piedad ante el amor y el amor piadoso.

Difícilmente puede concebirse como un castigo, encontrarse, aun en medio de los eternos dolores, con los amantes suspiros de la amada. Si esta no es la felicidad perfecta es muy difícil imaginarla. Así lo comprendió Alfredo de Musset, quien escribió sobre el tema una de sus poesías inmortales. A mediados de septiembre de 1840 el poeta fue a pasar algunos días en la casa de Berryer, en Angerville. Retornaba a los sitios perfumados, donde entre el suspiro de la brisa, había pasado con Jorge Sand, vestida de blanco como un serafín, una primavera de amor. ¡Cuántas veces al claro de la luna habían respirado; el aroma de las camias, mientras el surtidor de su boca desgranaba la eterna sonrisa del agua! !Un recuerdo para perfumar toda una existencia! Antes y después de ella habían existido muchas otras. Pero; solo este extraño amor lograba arrancar los epítetos del genio. De regreso a Paris se encontró con Jorge Sand en el teatro. No hablaron una sola palabra; pero la memoria de los días dichosos embriagaba su corazón. El amante agradecido permanecía de rodillas al pie de la reja de Julieta, después de las tormentas, bajo las heladas del invierno. Lo que se ha amado no muere nunca y es una parte vital de nuestra existencia. Musset encendió todas las bujías y escribió el Recuerdo:

— *Dante, ¿por qué has dicho que no hay peor miseria que un recuerdo feliz en los días del dolor?*
¿Qué pena te ha dictado esta palabra amarga, esta ofensa a la desgracia?
Esta vana blasfemia no viene de tu corazón.
Un recuerdo feliz es acaso en la tierra
más verdadero que la felicidad.
Y es a tu Francisca, a tu ángel de gloria
a quien le haces pronunciar estas palabras.
Ella, que interrumpe, para contarte su historia,
un beso eterno.

No hay que dolerse nunca de las horas dichosas. Después del amor se entra feliz en la muerte. Y Alfredo de Musset continúa:

No quiero saber nada, ni si florece el campo.
ni lo que habrá de ser del simulacro humano.
ni si estos vastos cielos alumbrarán mañana
lo que ahora sepultan.
Me digo únicamente: "En esta hora, en este sitio,
amé y fui amado un día; ella era entonces bella"
Oculto este tesoro en mi alma inmortal
y se lo llevo a Dios.

Así habla un amante agradecido. Los recuerdos deben ser una fuente inextinguible de consuelo. Tembloroso de reconocimiento evocaba también Goethe, a Carlota, a Federica, a Bettina. En el tomo tercero de sus Memorias, donde relata sus amores con Lili —la criatura fiel, amable y santa—, la prosa adquiere súbitamente un color y un ritmo desconocidos hasta entonces en el idioma alemán. La tierna imagen de Carlota iluminó todos los días de su vida, como la lámpara del santuario. ¡Cómo olvidar aquellos instantes dichosos pasados al lado suyo! Hay que imaginar lo que hubiera sido una entrevista entre Werther y Carlota, algunos años después del matrimonio de ella, en una de las residencias campestres de Alberto Kestner. Sentados en el amplio corredor de la casa, mirarían juntos los prados cuidadosamente pulidos, el palomar, los novios, los geranios, el agua de la alberca, y ese naranjo siempre verde, eterno compañero de sus sueños. Abandonando los cuidados de la casa ella hubiera estado al lado suyo, como María, en dialogo sin palabras, bajo el sol clemente de la tarde, al pie de las colinas nazarenas. Así fueron todas las amadas de Goethe, mensajeras de la vida contemplativa. Con la Baronesa de Stein se paseaba por las vertientes del Parnaso. Solo la Vulpis cuida de los intereses domésticos de este gran egoísta; Cuando se ha vivido así, los recuerdos son creadores y pueden esperarse serenamente los golpes encarnizados del destino. Alfredo de Musset tenía razón.

Pero un filósofo moderno, pagano y materialista, Jorge Santayana, ha querido rectificarlo, volviendo a la concepción medioeval del poeta florentino. Comentando este canto de la Divina Comedia, escribe con cierta pedantería de profesor: "¿Que es lo que hace tan desdichados en el Infierno a Paolo y Francesca? ¿Puede constituir un castigo para los amantes el ser eternamente arrastrados por los vientos uno en brazos del otro? Es justamente lo que, de poder hablar, habría escogido su pasión. Es lo que la pasión busca y quisiera prolongar para siempre. La sentencia divina se ha tornado solo de un modo literal. El destino mencionado es precisamente el que, en la bien conocida narración, desea Aucassin para sí mismo y para su amante Nicolette: no un cielo ganado mediante la renuncia, sino la posesión, aunque sea en el Infierno, de lo que amaba e imagina. Y un gran poeta romántico, Alfredo de Musset, ha echado en cara a Dante el no haber visto que el eterno destino que ha correspondido a Paolo y Francesca seria, no la ruina de su amor, sino su perfecto cumplimiento. Esto último parece ser muy cierto, ¿pero olvidó Dante esta verdad? Si así fuera, ¿qué instinto le guio en la elección para dichos amantes del mismo destino que ellos habrían escogido? Hay gran diferencia entre los aprendices de la vida y los maestros. Aucassin y Alfredo de Mussel pertenecen a los aprendices; Dante es de los maestros. Podía experimentar tan profundamente como cualquier mozalbete o cualquier romántico los nuevos estímulos de la vida, pero había vivido estas cosas, conocía sus posibles e imposibles consecuencias, había visto su relación con respecto al resto de la naturaleza humana a un ideal de paz y felicidad definitivas. Había descubierto la necesidad de decirse continuamente a sí mismo: debes renunciar. Y por esta razón no necesitaba para el Infierno más adornos que los ideales y las realizaciones literales de nuestras pequeñas pasiones absolutas. El alma poseída de algunas de estas pasiones tiene, sin embargo, otras esperanzas. El amor mismo sueña con algo más que con la mera posesión. Para concebir la felicidad, debe concebir una vida en un mundo variado, lleno de acontecimientos y actividades que constituyen entre los amantes vínculos nuevos e ideales. Pero el amor ilícito no puede alcanzar esta manifestación pública. Está condenado a la mera posesión —posesión en la oscuridad, sin un ambiente, sin un futuro—, es amor entre ruinas. Y es precisamente este el tormento de Paolo y Francesca, amor entre las ruinas de ellos mismos y de todo lo que hubieran podido poseer para entregarse. Entrégate, nos dirá Dante, entrégate completamente a un amor, que no sea más que amor, y estarás ya en el infierno. Solo un poeta inspirado podría ser tan perfecto moralista. Solo un profundo moralista podría ser un tan trágico poeta".

Los amores contra el destino son los más desolados y trágicos, pero son los más durables. Los estorbos que ponen el mundo y la sociedad y su ley solo sirven como estímulo para derribarlos. La dicha de quererse así se amarga, y de esta amargura nace la compasión, que es el amor eterno o sea la pasión eternamente compartida.

Maestros y aprendices, ¡es muy fácil escribirlo! Pero toda teoría tiene su anverso poderosamente trabajado. Los aprendices son los que sollozan a las puertas de los dulces recuerdos. Toda alma equilibrada y pura hace en cada uno de los oasis del amor refrescantes

provisiones para la caliginosa travesía. Debe existir un fondo de gratitud para todos los seres que nos proporcionaron una hora bella. El fin del universo es multiplicar las vertientes interiores y el amor es la más caudalosa de todas, la que corre fraterna con la piedad. El pasado actúa sobre nosotros: allí están las semillas que en el futuro se convierten en flor y en perfume. Ciertos minutos son de naturaleza divina, "mensajeros de la eternidad". Nuestro yo está en la elaboración perpetua, en una creación continua, nuestra vida interior tiene una química activa. Vivir es mantenerse en una perenne y acelerada transformación. Goethe no fue un aprendiz sino un mago, y a él le debemos esta síntesis de la sabiduría: "No hay un pasado —un pasado que nosotros tratamos de evocar y reconstruir en nosotros— sino una eterna novedad constituida por los elementos amplificados de nuestra vida anterior. La verdadera nostalgia debe ser siempre productiva, ella debe crear en nosotros alguna cosa de nuevo y de mejor" Muchas veces cuando llegan las brumas y con ellas la soledad y el dolor, podemos vivir del recuerdo de un claro día de junio. Esta es la mejor filosofía Los seres que hemos amado se mantienen perpetuamente activos dentro de nosotros. Por esto la Iglesia Católica, maestra de sabiduría, ha creado el dogma de la comunión de los santos.

Una nostalgia productiva. El deber de todo temperamento creador es luchar contra los sentimientos negativos, contra todo lo que pueda turbar la paz interior o la serena visión del mundo. Hay que ahorrarse el espectáculo del dolor humano, y defenderse contra los dolores propios. Todo es cuestión de disciplina. Uno de los grandes estrategitas de la memoria, Enrique Bergson, ha dicho: "Antes que filosofar hay que vivir; y la vida exige que nos pongamos anteojeras para no mirar ni a diestra ni a siniestra, ni hacia atrás sino hacia adelante, en la dirección de nuestro camino. Nuestro conocimiento, lejos de estar constituido por una asociación gradual de elementos simples, es el efecto de una disociación brusca: en el campo inmensamente vasto de nuestro conocimiento virtual, hemos venido recogiendo para formar nuestro conocimiento actual. Todo lo que importa a nuestra acción sobre las cosas, y desdeñamos lo demás. El cerebro parece haber sido construido en vista de esta labor de selección; fácil será demostrar que está hecho para las operaciones de la memoria. Nuestro pasado se conserva necesaria y automáticamente, y sobrevive intacto. Pero nuestro interés reside, prácticamente, en descartar este pasado, o al menos, en no aceptar de él más que lo que puede esclarecer y completar, con más o menos provecho, nuestra situación presente. El cerebro sirve para efectuar esta selección; actualiza los recuerdos provechosos, y mantiene en el subsuelo de la conciencia los que no serían de ningún provecho". Mejor no expondría Bonaparte la batalla de Marengo. Existe, pues, un método filosófico para luchar contra los recuerdos penosos, y para actualizar los minutos felices. En la desolación podemos desafiar a la tempestad abroquelada en una lágrima. ¡Tanto pueden aquellos ojos puros, santos! La nostalgia debe ser productiva, fortificando todo lo que exalta, embellece y magnifica la vida. A pesar del filósofo americano, Dante no tuvo razón. Acordarse del tiempo feliz, en la miseria, es un principio de reconstrucción espiritual. La terapéutica del alma.

EL SENTIMIENTO CREADOR

La creación artística es uno de los métodos más eficaces para luchar contra los sentimientos, uno de los caminos que conducen hacia la liberación. No hay angustia, por sobrehumana que parezca, que no pueda ser vencida si logramos traducirla en mármol, en sonidos o en palabras es la medicina del alma. Cuando Guillian Lovekin, en la misteriosa novela de Mary Webb, se ausenta del País de las Hadas, Roberto Rideout ve surgir entre la maraña de sus sentimientos confusos, como la expresión de su dolor, el objeto de su secreto anhelo: poesía. No sabía con certeza en qué consistía la magia de los versos, ni cómo hacerlos. Pero podía aprender. Iría a través de las montañas, hasta la casa de algún cantor para que le enseñase. "Así sabría cómo expresar todas esas cosas extrañas, esos ímpetus, esos pensamientos tiernos y confusos que invadían su alma y que no lo dejaban descansar. Cuando los hubiera albergado, cuando los hubiera vestido de canciones, entonces dejarían de atormentarlo". Y así fue como Guillian llegó a ser el centro de ese caótico horizonte, la flor en la caverna pedregosa, la cima del canto. Por esto el mejor regalo de los dioses es el don de la expresión artística: cincel, lira,

paleta, o una lámpara y el silencio de la noche. Aunque es dura esta batalla contra el alfabeto, la brega titánica por robarle su hechizo! Aquí estamos con la mano en la mejilla, ante la página desnuda, resistiendo el oleaje de los sueños, de las pasiones, de las ideas, tratan do de conquistar tierras desconocidas a orillas del infinito. A veces pasan horas enteras sin que se nos ocurra una sola frase. Otras veces el estilo salta en su pura transparencia, juguetón y abundante como el agua en la montaña. Pero hay que disciplinar el sagrado delirio, porque no es siempre el oráculo quien habla. Lo mejor de nosotros mismos nace en un ambiente húmedo de lluvia, en un tenebroso laberinto de árboles hostiles, donde germinan tardíamente las orquídeas, en su nido de musgo. Lo demás, es agricultura. Para producir algo durable se necesita cierta magia, aquella iluminación "feérica" que ostentan la música de Claudio Debussy, los lienzos de Turner y Monticelli, el lirismo de Gerardo de Nerval y de Edgardo Poe, los dramas de Maeterlink. Son las hijas del fuego, dolorosamente desprendidas de nuestras vísceras, palpitante sustancia de nuestra carne.

Porque la belleza humana, un cuerpo de mujer, y las emociones y dolores que produce, constituyen una fuente inagotable de conocimientos, y son los motores más poderosos de la trasmutación interior. La inteligencia por sí sola no produce sino flores de trapo, mariposas disecadas, gélidas visiones de museo. Nuestros sueños, nuestras experiencias, por insignificantes que parezcan, es lo único nuevo que podemos traer a un mundo tan viejo. Allí está el depósito intacto de la emoción humana. El arte, lo mismo cuando se maneja el bronce, la palabra, los colores o los sonidos, consiste en traducir, en trasponer los sentimientos íntimos. Esto se logra a veces mejor con un silencio, con un movimiento casi imperceptible, con una mirada inefable. Todo amante de rango es un verdadero artista.

El alma no está siempre despierta en el cuerpo. Hay días, hay semanas, hay años enteros en que el alma permanece dormida. Psiquis reposa en su lecho de carne como la flor en la semilla. Las horas transcurren tumultuosas en el espacio y en el tiempo, nos movemos como autómatas desde el alba hasta el crepúsculo, entre placeres superficiales y ficticias alegrías. Es posible realizar entonces muchas tareas mecánicas, hacer sagaces investigaciones científicas, administrar con eficacia una empresa, escribir volúmenes enteros sobre los temas más variados. Pero sin la misteriosa iluminación de un alma desvelada es imposible crear algo grande, escribir un poema inmortal, tatuar el destino con la garra de la vida. El mundo no cesa de cantar en torno nuestro, pero solo los elegidos escuchan su misteriosa melodía.

Solo el dolor y el amor manejan las llaves de la cámara secreta donde duermen las almas. Y así sucede que un día encontramos, al azar, un rostro hermoso o un corazón fraterno. Acaba de pasar uno de aquellos periodos de disipación y el espíritu siente necesidad de libertarse. "En la bestia dormida un ángel aletea". La sociedad, los amigos, el adversario, todo se encarga obstinadamente, sin saberlo, por acercarnos a una persona singular, que habíamos buscado siempre en vano por todos los caminos del mundo. Basta una mirada para despertar a la Bella Durmiente de nuestros bosques interiores. Las puertas del destino están en todas partes, pero no las abren sino las manos de la piedad o del infortunio.

Un amor desesperado, desgarrador, plenamente correspondido pero sin posibles compensaciones, despierta nuestra conciencia psíquica. Es el preludio dela beatitud prometida. Las claridades del alma empiezan a luchar contra el poder de las tinieblas. ¡Titánica brega, cósmica contienda entre la luz del amanecer y las pujantes sombras de la noche!

Pero el alma no despierta plenamente sino al contacto de un gran dolor, bajo su influjo magnético. Esto es lo que más nos acerca a Dios, a las personas que amamos, al universo y a nosotros mismos. En un acto de amor infinito, de heroísmo sublime, pero inútil, la mujer amada ha resuelto, sin poderlo, alejarse de nosotros. Entonces sentimos el físico desgarramiento del alma. El insomnio nos acosa en noches inextinguibles y el día no se cansa de ver nuestro constante sufrir. No logran calmarnos ni los más potentes narcóticos. Todo es vano. Ni un minuto de reposo o de olvido. Ningún esfuerzo de la mente logra cancelar el sueño de nuestro corazón. Y cuando se nos ofrece de nuevo la paz, comprendemos que es necesario volver a empezar la obra dura, subir de nuevo la cuesta ya subida, reconquistar el suelo ya conquistado, reanudar la batalla ya ganada.

Hay mujeres que aun en la más íntima de las comuniones, permanecen inaccesibles y distantes, como en el día en que las encontramos por primera vez, se elevan únicas e intactas sobre la cima del espíritu, casi en la divina idealidad de la muerte.

Estas luchas despiertan en nosotros las potencias celestiales. El alma trémula, que así hemos encontrado en los caminos del mundo, va creciendo interiormente con una fuerza sobrehumana y combate a nuestro lado como los ángeles de las antiguas escrituras. Es así como nace el hombre nuevo. El tiempo de las promesas ha terminado, ha llegado el gran mediodía, la hora de la cosecha y de la siega. Hay que recorrer todos los estadios. "Quien no gasta por completo sus energías telúricas de modo que realice completamente su destino sobre la tierra, no llegará a estar jamás, salvo dones espirituales extraordinarios, maduro para la unión con el espíritu". Solo el que ha realizado la ruda experiencia del mundo juega a ser un hombre productivo. Para escribir una sola página durable es necesario haber comerciado con los mercaderes de Tiro, haber recorrido las calles de Babilonia, sentarse en la Academia con Platón y sus discípulos, escuchar a la pitonisa de Delfos, dialogar con sabios y con magos, leer el gran libro de la naturaleza viviente, visitar con Orfeo, con Virgilio y con Dante el reino de las sombras, ascender con Beatriz a las moradas celestiales, convivir con las sirenas y con las hadas, conocer el secreto de las tumbas, escuchar los gritos desgarradores de las parturientas, "esperar y saquear toda una larga vida", tener recuerdos de muchas noches de amor. Eros es el dios de la sabiduría ambiciosa y pecadora, el que mezcla las claridades del cielo y los resplandores del abismo, el que elabora todas las formas vivientes. En sus manos lleva el narciso, la extraña flor del deseo. "En cuanto lleves esta flor a tu rostro, se lee en los himnos homéricos, verás en un cuadro inmenso y maravilloso, los monstruos del abismo, la tierra profunda y el corazón de los hombres". Pero la voluptuosidad es también la muerte. Es preciso destruir muchas cosas para crear algo nuevo. La generación es un aniquilamiento terrible que confunde la lumbre de la vida con las tinieblas de la tumba.

Sólo quien ha vivido así, temerariamente, y es capaz de leer en su propio corazón, puede infundirles a sus creaciones un alma inmortal. La filología, la gramática, la retórica, son poderosos auxiliares de un artista, pero abandonadas de la emoción humana no han creado obras durables. Un verso es una experiencia. Nada de extraño tiene que el gran Vinci haya pensado al pintar la sonrisa de la Gioconda en todo lo que soñó Pater. Leonardo era un sabio y era un mago. En la sonrisa enigmática de su lienzo se han impreso y se han modelado todos los pensamientos y todas las experiencias del mundo, "la animalidad de Grecia, la lujuria de Roma, el ensueño de la Edad Media, con su ambición espiritual y sus amores imaginarios, la vuelta al paganismo, los pecados de los Borgias... Todos los fines del mundo se realizan en esa cabeza, y por eso sus -parpados aparecen algo fatigados". En los frescos monumentales de Miguel Ángel hay más enigmas que en toda la Divina Comedia. Y ¿qué secreto del mundo no está descifrado en los huracanes del sonido que escuchaba Luis Beethoven en el Tabor de sus noches desoladas?

¿Cómo se produce, pues, el estilo? Miguel Ángel vio un día descender a la Aurora en la carroza de Apolo, pálida todavía como la noche, con el desgarrado velo sobre las carnes intactas. Seguramente cayó de rodillas y ya no pensó más. Sobre un océano de mármol, como Venus de la espuma del mar, surgía la Virgen resplandeciente que custodia la tumba de los Médicis. Nosotros conocemos la soberana luz de aquella carne purísima que inspire el Museo Secreto del Ticiano, La Maja Desnuda de Goya, la Olympia de Manet. Baudelaire, que nació también para la alegría ocular, se la confió al verso. Todo gran artista es un pirata de los sentidos. El que ha abrazado un cuerpo hermoso ha abrazado ya toda la belleza del mundo.

El placer y el orgullo del escritor es que sus obras pueden ser totalmente sus sentimientos, es que sus sentimientos pueden adquirir un valor universal. Es una delicia infundirle a la palabra el contorno de un cuerpo divino, y "alzar a lo espiritual su belleza como el águila alzó al éter a uno de los pastores troyanos". No es necesario hablar de ellas. A un tema cualquiera podemos darle la pura lumbre del día. Porque hay un extraño comercio entre el espíritu y la carne. ¡Que saben del cielo los que nada saben de la tierra! Nunca se alcanza plenamente lo que se desea. Pero a veces de unas simples bodas espirituales nacen obras eternas.

Toda retorica es falsa. Sin embargo, debe establecerse, lo mismo en prosa que en verso, que todo verdadero estado poético necesita cierta magia. Ella puebla la soledad y puede ser el refugio de la nostalgia y del dolor. En el bosque, encantado nos entregan las hadas el cetro de oro de la ilusión. En torno nuestro flota una atmosfera sonámbula y pasa un viento arrullador. Solo el que ha visto surgir del fondo de una corola, besada por el rocío del amanecer, al hada Melusina y ha dialogado con ella, puede pasar de ser un escritor para el gran público a ser un confidente de las almas. Sin esta iniciación no podrá comprenderse nunca lo que dijo Artemisa, la de la exaltada cabellera y los ojos de gacela, la casta mensajera de los bosques y las montañas, al joven pastor Endimión, en la encantada gruta donde salta el agua bienhechora que hace crecer las plantas y mantiene la vida.

Hay paisajes que hemos contemplado muchos años sin ilusión, sin encontrarles el alma. Los árboles, las flores, las colinas no nos dicen nada, son simples accidentes geográficos. Pero si una tarde recorremos estos senderos con la amada inmortal, si nos tendemos con ella sobre la yerba, súbitamente, en una mirada comprendemos el alma del paisaje. El vasto contorno queda encantado para siempre. Ya no volveremos a contemplarlo sin emoción, sin ojos humedecidos de lágrimas. Los árboles graves y misteriosos dirigen hacia el alto cielo sus troncos y sus ramajes. Todas las cosas tienen una voz humana, la luz es acariciante, en el aire se escucha un coro milagroso de alondras. Así nace en nuestro corazón el valle del crepúsculo, el país de nuestros sueños, de nuestras ilusiones, de nuestros cantos. Y cuando las grandes sombras descienden sobre la tierra con su corona de estrellas comprendemos que la ciudad y la noche ya no están vacías; contienen toda la alegría del mundo. Sobre los rastros de la vida ordinaria se ven las huellas fugitivas de otra existencia que no se explica. El amante sabe que el alma es tan grande como el universo, que las sombras que proyectan los árboles en el bosque, el rumor del agua y el manto De plata de la luna, son símbolos e imágenes, que se detienen en el umbral de las apariencias y que al besar unos labios puros nos embriagamos con un alma más bella todavía. El corazón se mantiene en el sagrado delirio que estremece a los héroes y a los santos. Hay que estar eficazmente atentos, esperando la llegada de la esposa, con las lámparas encendidas. Para el que sabe leer en lo interior, tres palabras de una persona que ama, escritas en un papel cualquiera, valen más que los mejores poemas de Shakespeare, de Racine o de Dante. Toda carta de amor es una obra bella desde que no esté copiada del secretario de los amantes.

Pero cuando el alma crece, con una potencia extraterrestre, es en la hora de la despedida. Locamente habíamos despilfarrado muchas horas, con aquella inconsciencia de la juventud que cree que la felicidad está en todas partes. Pero en aquella mañana de la separación definitiva, comprendemos en una mirada que vamos a perder todo el universo. Toda palabra es banal. Las almas ya no se entienden con besos y con gemidos. Empinada sobre la ventana con mano temblorosa, ella nos envía en un beso la despedida suprema. Fue entonces cuando Goethe escribió su Elegía. Nunca el cincel de la palabra dio toques tan perfectos:

"¡Qué sufrimientos produce la pasión! ¿Quién podrá tranquilizarte —oprimido corazón que tanto has perdido?— ¿Dónde están las horas que rápidamente huyeron? En vano te dieron la esencia de la hermosura. Turbio está el espíritu, confusos los designios. ¡Cuán fácilmente puede desvanecerse tu mundo sublime!".

Pero esta imagen soberana no la hemos visto sino nosotros:

Así como en su espera solía detenerse en el umbral
para colmarme lentamente de felicidad,
me alcanzo, después del último beso,
para darme con sus labios la despedida suprema.
Estaba tan luminosa y móvil, que conserve su imagen querida
esculpida con llamas sobre mi fiel corazón.

Hay escritores, hay sabios, hay hombres de ciencia que parecen ya agotados. El estilo va perdiendo la frescura de la juventud, y el universo les oculta sus enigmas, el bisturí ya no obedece a la mano infalible. Toda inspiración ha desaparecido. Pero si los dioses les hacen el regalo de un grande amor, empiezan a vivir una segunda juventud que, al principio, es muy poco productiva. Se pasan inclusive años en banalidades deliciosas, esperando la aparición de la mujer

amada en una calle, contemplándola solamente de soslayo para calentar el aterido corazón. ; Que quieto lago de misteriosas aguas! Como sonámbulos caminamos por el mundo con un sueño neoplatónico en la mente. Vivimos alelados, embebidos y absortos, en una especie de "borrachez divina", como declare Santa Teresa. A medida que avanzamos por el encantado sendero de la vida se va iluminando como al influjo de la lámpara de Psiquis. ;Que descanso tan grande posar los labios en aquella belleza sobrehumana que hasta entonces no era sino una creación de nuestra imaginación exaltada, y que ahora en la dicha imperecedera de una carne efímera, se nos ofrece para una serie de eficaces comuniones! El mundo se nos presenta milagrosamente henchido de suaves promesas bajo los árboles o en aquella alcoba donde se cambiaron los visillos para encontrar el ambiente propicio para las entrevistas furtivas. No sabe uno donde se halla lo que anda buscando. Estos anos de ocio sagrado van sazonando los frutos de la madurez. Mientras más tardía es la cosecha es más abundante la savia que acumulan las raíces. Y cuando han pasado todas las tormentas y todas las lágrimas y todos los suspires y todas las tragedias, y todos los conflictos, el alma plenamente liberada despliega la pompa de sus perfumes y de sus frutos...; Fue ella la que encendió el fuego de la belleza en el corazón iluminado! "La curiosidad científica, ha dicho Leon Daudet, no es muy a menudo sino curiosidad por el cuerpo femenino". La vida amorosa de los grandes sabios tiene sus escrúpulos, sus tormentos, sus ardores, sus desesperanzas, sus defecciones sentimentales y sensuales. Así adquieren una verdadera imaginación creadora, aciertos desconcertantes, sin inspiración ninguna de los textos. Es la alquimia de la trasmutación interior. Balzac ha escrito páginas famosas sobre la transformación del amor sensual en ardor literario. Y todos los *Preludios de Chopin* fueron inspirados en tétricas noches de borrasca y de lluvia en la Cartuja de Mallorca, por las veleidades de Jorge Sand, aquella gélida sacerdotisa del amor que mato, como la araña, uno después de otro a todos sus amantes. Para crear algo grande, hay que amar, hay que sufrir, hay que descender a los abismos. El hombre no aprende sino por el dolor y no comprende sino por la caída. Toda simpatía es divina porque nos hace sentir, como un efluvio magnético, la cadena invisible que une a todos los mundos. La virtud del dolor escribió quien lo sabía, es la razón del genio. ¿Cuántas vidas, cuantas victorias han sido necesarias para conquistar esa fuerza que nos asombra? ¿De qué cielos ya atravesados le viene al genio su luz innata? No lo sabemos. Pero ese paraíso existe. Por esto la iglesia llama a los hombres hijos de Dios, enviados de un cielo profundo. Legiones invisibles protegen la verdad, y "el Verbo habla por ellos".

La creación artística no necesita traducirse en imágenes, en palabras, en ritmos. Artista es todo hombre que ama, el que siente el bien, la bondad, la justicia, la belleza. Nosotros conocemos sabios, escritores, académicos, a quienes se les ha secado el alma. Escriben páginas pulidas, celebradas por el ilustre vulgo. Pero su vida es abominablemente mezquina. No han tenido una sola hora de despilfarro, de insensatez, de cierto mágico desorden. No han vivido en el gran mediodía, no han escuchado al dios Pan, entre el coro de las ninfas, cuando cae rendido por el festín con un grito de pavura en el desolado corazón. No tienen familia, no tienen amigos, no tienen confidentes. Estudian las leyes del idioma y conocen todos los preceptos que se requieren para escribir obras clásicas. Pero llevan la Vida de los términes entre oscuros agujeros. En cambio hay muchos espíritus, que no tienen el don de la expresión, y viven en bondad y en belleza. La sublime abnegación de una mujer que ama vale tanto como las mejores obras de todos los tiempos. Hay campesinos, hay hombres de trabajo, hay amantes que alcanzan la interior iluminación, el estado poético que se necesita para las creaciones geniales. Si Dios les diera como a Goethe el don de expresar todo lo que sufren, escribirían poemas tan bellos como Keats, o Baudelaire. El dialogo de Romeo y Julieta, en el balcón de Verona, lo escuchó literalmente Shakespeare a dos enamorados anónimos en las calles de Strafford. Hasta el más humilde de los hombres desciende “el murmullo de los dioses”. Comprender un libro, un poema, una obra de arte es, en cierta forma, crearlos de nuevo. De allí la utilidad del artista. Hay momentos de la existencia en que necesitamos apelar a nuestros autores de cabecera. Su lectura nos proporciona un inmenso descanso. Todo enamorado tiene una canción predilecta, la que escuchó una noche al lado de la mujer amada. Esto es lo que pudiéramos llamar el himno nacional del ama. No hay amante sin fortuna que al leer *La Cartuja de Parma* de Stendhal no sienta el beneficio de un potente anestésico. El poeta es el médico de las almas, el compañero de los seres que sufren, el ángel de claridades estelares. Él tiene a su cargo la expresión de nuestros más íntimos anhelos. Por esto la poesía tiene un fin en sí

misma y no debe ser ni técnica, ni filosófica, ni humanitaria. La Poesía es un silabario para los enamorados y no fue nunca, ni debió ser otra cosa. A veces de un grande amor no queda sino el ritmo de un verso perfecto. Nosotros conocemos un vasto escenario de montañas de zafiro, que se abre sobre finísimos prados, por donde paseó su señorial melancolía una criatura elegida. De ese pasado turbulento y misterioso no quedo sino un verso:

Es tu alma un paisaje escogido...

En el incesante fluir del mundo lo efímero se parece a lo eterno. Después de la caída de Francia escribía André Maurois, con la plena madurez de un sabio: "Francia ya no es, aparentemente, más que cuerpo prisionero de sus males, pero de esa noble forma encadenada, se elevan todavía cantos sublimes. La voz de nuestros poetas no ha muerto" Imposible decir más. Cuando la furia eval haya arrasado la tierra del dulce nombre, cuando no quede memoria de los puentes del Sena, del Arco del Triunfo, de los contrafuertes de cemento y acero que protegían sus fronteras, un alma estremecida de pasión , leerá en el silencio de la noche, en cualquiera de las ciudades que recojan su herencia civilizadora, los Versos de Racine, de Mallarmé, de Baudelaire, y allí estará ella resplandeciente en la bruñida estalactita que respetaron los siglos.

Es así como la creación artística sirve para sobreponerse a los más grandes dolores. Los más afortunados saben librarse de sus sufrimientos traduciéndolos en Obras inmortales. Así luchan contra la tribulación. Los que conocen los secretos del canto están creando el alma universal haciendo de la suya cada vez más hermosa. Son poetas sin saberlo, mensajeros de la bondad invisible. Hasta la mujer más insignificante cuando está arrobada por el amor puede inspirar pensamientos sublimes, poemas de una belleza inefable. Y el artista que quiera mantener una serenidad inalterable debe convertir sus amores, sus tormentos, sus alegrías y sus penas, en materiales poéticos para escribir páginas eternas. Es el alma atormentada del hombre la que ha poblado cinco continentes de estatuas, de palacios, de mármoles, de bronces, de lienzos de sonidos y de imágenes que son señales transitorias de Dios, preludios del Paraíso prometido.

SUFRIMIENTO

Sobre esta desolada llanura cae un frio y húmedo atardecer que se va transformando en noche impenetrable. El viento pasa por la alameda haciendo estremecer las copas de los árboles. La lluvia lava los cristales. Lentamente las sombras van borrando las colinas, los árboles, las carreteras, las calles cercanas. Es cierto que empiezan a encenderse las bujias eléctricas, pero por encima de ellas están la oscuridad absoluta, el aire silencioso e infinito. Los pájaros han dejado ya de trinar, los colores se desvanecen en matices violetas, y la inútil jornada termina para convertirse en un episodio más y nos sentimos invadidos por una extraña melancolía. Todos los recuerdos vienen a visitarnos como si fueran invitados para una ceremonia fúnebre. Allí estén las amadas de ayer, las que nos hicieron sentir la eternidad en un instante, y aquella otra que amamos con una ternura apasionada desde el comienzo de los tiempos, la que decide de nuestro destino. ¡Cuántos sufrimientos se acumularon en estas cabezas adorables que se llevó el pasado como las flores marchitas del baile! Y todo fue posible, porque el dolor pasa como la felicidad y porque el amor no es sino uno representado por la misericordia de Dios en caprichosos rostros de mujer, en las sucesivas metamorfosis de la carne que es la expresión de nuestros sufrimientos y de nuestra culpa. En el fondo no amamos sino a una mujer, en todas buscamos lo que nos pertenece, la efímera imagen que interpreta nuestros sueños. Si la ola cambia de forma es siempre el mar inagotable y eterno. Semilla, árbol, flor, perfume, no son sino expresiones de una realidad única. La llama está intacta en las mil sustancias que consume. Proteo es el espíritu vital que está hecho de muertes transitorias y resurrecciones infinitas. La vida es una enfermedad que se transmite desde el comienzo de los tiempos por medio de un pecado inevitable y terrible, que hace estremecer de júbilo a muchas almas y en otras no deja sino desolación y ceniza.

Es la hora de Getsemaní, cuando pesan sobre nosotros todos los pecados del mundo. Dios mismo lloró en este atardecer por nuestras debilidades y por nuestra caída. Si no pensamos en nosotros mismos sino en los demás, este universo tiene un común denominador y es el sufrimiento. ¡De cuantas tragedias está hecha la efímera alegría! Esa mujer que ha amado tanto y que ha sufrido más, trata ahora de hacer penitencia, sin comprender el misterio turbador de su vida, del cual es en cierto modo responsable a causa de su figura, que no ha sido elegida por ella, y que es acaso el premio otorgado a la virtud de sus abuelos y a la honestidad de sus padres. Acaba de regresar del campo, con su marido y con sus hijos. Hasta hace poco, tendida en el magón de su casa, en una colina apacible que domina el paisaje, contemplaba el guadual, el rio, la cañada. Había ido allí por obligación, tal vez, o para encontrar la paz del alma en medio de la soledad y del silencio. Pero todos sus sentimientos de paz han sido pura imaginación. ¡Esos pájaros se arrullan solo para hacer el amor; esas abejas, libélulas y coleópteros vibran de un lado para otro empujados por el hambre; en la hierba Suena secretamente la lucha por la Vida repetida mil veces; y esas llanas que coronan con tanta ternura los árboles, quieren estrangularlos para extraerles el aliento y la savia y de ese modo hacerse gruesas y resistentes. Tal es el verdadero conocimiento de la esencias". Y si algún día llega a encontrar la tranquilidad será para desgranar sobre hojas marchitas las letanías de los recuerdos y para guardarlas en los obreros de la sepultura la flor de la belleza y el deseo. Entonces vagará sonámbula recordando las semanas cuando el amor embellecía su paso y cuando ninguna noche habría sido bastante larga para vaciar la copa de su felicidad.

El viento gemidor pasa besando ávidamente las copas de los árboles. En el inacabable torbellino van Paolo y Francesca estremecidos por el dolor de un eso eterno. ¡Cuántas amarguras, cuántas alegrías, cuántos suspiros los llevaron al doloroso paso! Y allí están para siempre unidos en el sufrimiento. Estos fueron más desventurados porque realizaron todos sus deseos. Para ellos ya la vida no será una aventura inagotable y temeraria, sino que tendrán que esconderse en las miradas del mundo, reclinados en el lecho de la pasión saciada. No pueden huir, no pueden separarse, y el iracundo viento los arrastra hacia la muerte que no llega.

Y desde la ventana, a través de los vidrios lavados por la lluvia, se ven tantas casas donde se han encendido todas las lámparas, menos la lámpara del amor que se apagó para siempre. En el dantesco círculo están las desencantadas que se casaron por egoísmo, por complacer a la sociedad o a sus padres, porque amaban el lujo, las joyas, las fiestas, o para torturar el destrozado corazón del más fiel de los amantes. Es el dolor irremediable. El reglamento termina por imponerse a la vida y la más ardiente de las pasiones se extingue al incesante deshielo de la rutina. “Acostumbraos, que eso es más que el amor”, se ha dicho en una frase más amarga que todas las sentencias del Eclesiastés. En todas partes hay un secreto intolerable para los que sufren y más bello que todos los cielos imaginables. Descubrirlo sería la muerte, o el fin de todos los convencionalismos que mantienen la seguridad social. Por revelárselo a los hombres perecieron Sócrates, Galileo, Castelio, Halley, fue encarcelado Colon y asesinado Magallanes. ¡Solo la Atlántida, encarnación de todos los sueños, permanece desconocida e intacta, bajo la espuma virgen de mares ya descubiertos! Tal es su hechizo y su belleza subyugadora.

El silencio y el crepúsculo no son más que un mismo sentimiento fúnebre. Por la calle ha pasado una mujer de treinta años. Hace tiempo que busca un amor, pero no lo encuentra. Su vida se consume entre oscuros y tediosos trabajos de oficina, en la lectura de novelas que la sacan de la realidad, en acciones piadosas y en los sueños hostiles de la noche. Acaba de regresar de la casa de una amiga dulce, ardiente y desdichada y ya va rumiando torvas murmuraciones en contra suya. Ella es en cierta forma inocente como los reptiles. El resentimiento y la envidia hacen parte de las tendencias igualitarias de la humanidad, y les proporcionan felicidad a los que sufren. Hay que tener piedad de estas viudas intactas. Santa Teresa dijo que el infierno era un sitio donde no se amaba. A esta hora el mundo parece un inmenso manicomio donde cada uno disfruta de lo que no tiene. La satisfacción de los deseos que le es concedida a la gran masa de las criaturas humanas es limitada y moderada. La sociedad, la ley nos rodea por todas partes y solo podemos ser felices sino le pedimos demasiado a la Vida. No hay que renunciar nunca, no hay que desesperar, hay que conservar el alma desvelada. El dios término es otra cosa. Lo que nos es negado se transforma en nosotros en espíritu y luz. Si sumamos todos los minutos plenamente dichosos de una larga existencia difícilmente alcanzan el espacio de una semana.

Nunca podremos comprender a nadie. Es imposible seguir el ritmo de una sensación en todas las vicisitudes, sus alternativas, sus desvíos, sus choques. A medida que se avanza en el estudio de una personalidad ésta empieza a disociarse. Todos estamos hechos de contradicciones y caídas. El individuo no tiene una conciencia sino sucesivos estados de conciencia. No existen sentimientos, sino individuos que los experimentan, declaraba Marcel Proust. No es posible aislar un estado de alma. Bajo las palabras de amor y de ambición no hay nada real sino nociones abstractas, infinitamente variadas, que cambian no solo de persona a persona sino en nosotros mismos. El análisis escapa a toda lógica. El corazón humano es un aerolito que recorre órbitas desconocidas, cuyo, itinerario nadie ha podido reconstruir. De toda introspección regresamos siempre decepcionados. El más audaz de los buzos retorna con pequeños tesoros, deslumbrado por la inagotable riqueza del vasto lecho oceánico. Lo único fijo es la eterna inconstancia de nuestro yo.

De todas las realidades del mundo la más cierta es el dolor. Una potencia secreta nos lleva a atormentarnos. Hay mujeres que al'1n en el éxtasis amoroso sienten una extraña amargura que es la voz indescifrable de su inocencia. “Hay semillas, ha escrito Maeterlink, que no germinan en nuestra alma sino bajo la lluvia de las lágrimas que vierten a causa nuestra y, sin embargo, esas semillas producen buenas flores y saludables frutos. ¿Qué haremos? Es una ley que no hemos hecho nosotros. Con frecuencia los que más amaron fueron los que hicieron sufrir más, pues no se sabe qué crueldad tierna y tímida suele ser la hermana inquieta del amor. El amor busca en todas partes pruebas de amor, y esas primeras pruebas ¿quién no

tiende a encontrarlas desde luego en las lágrimas de la amada? El dolor es el primer alimento del amor; y todo amor que no se ha alimentado con un poco de dolor puro muere como un recién nacido a quien se quisiera alimentar como se alimenta un hombre. ¿Amaréis del mismo modo a la que siempre los hizo reír y a la que a veces os hizo llorar? ¡Ay! es necesario que el amor llore y que llore muy a menudo. En el momento en que se elevan los sollozos es cuando las cadenas del amor se forman y se templan para la vida".

En el fondo de todo amor hay una gran crueldad, un desgarramiento. Esa mujer sufrió lo indecible antes de que brotara de sus labios el primer sí que fue para nosotros una bendición, una caricia de violines sobre corolas desveladas. ¡De cuantas cosas tenía que desprenderse! Era todo el universo el que se hundía ante sus plantas, eran sus juegos infantiles, sus rezos, sus penitencias, la cena familiar, las amigas del colegio y de la sociedad, el azul horizonte de las mañanas intactas, su destino, su eterno destino. Y así fue luego en todos los momentos supremos. Amar fue para ella arder, pero también consumirse. Y hubo épocas enteras en que parecía evaporarse como un perfume. Pero en crueldad está el triunfo de la vida. Solo en los cilindros de su doloroso martirio la caña vierte raudales de dulzura. Por esto es preciso saludarla con oraciones, como el elemento más sutil de las cosas, como un sagrado rio de virtud, como la causa de la alegría del mundo. Bien se ha dicho que el amor es un sacramento que debe recibirse de rodillas. El que abandona a una mujer amada comete un sacrilegio, y aún el más pecador de los vínculos crea obligaciones eternas.

La alegría de los demás no debe engañarnos nunca. Nadie sabe de cuántos dolores está formando el efímero placer y cuántas lágrimas hay detrás de esas mascaras. Todo tiene su compensación. Los hogares felices están hechos de renunciamiento, pero los ilumina una conciencia clara. Los que Llevan una vida interminable, ambiciosa y pecadora marchan en el vacío y pasan noches terribles en el lecho de la desolación. La soledad se extiende en torno suyo. Fausto es el viajero de lo infinito, y ante una pequeña parcela robada al mar siente la dicha suprema. Su gran aventura ha terminado. Una melodía rodea la isla de los muertos.

Hay espíritus superiores que en el dolor inacabable encuentran el gran mediodía. Este fue el origen de la tragedia griega. El espectáculo es desgarrador y las Oceánidas, con ser innumerables, abandonaron al titán encadenado. Solo lo que sale de un corazón sacudido por la angustia, perdura en el recuerdo de los hombres. Es la patética confesión de Prometeo, el espantoso destino de Edipo, la maldición de la raza de los Atridas, la doliente melodía de los dramas de Sófocles, el grito de los misterios eleusinos. Un dolor sobrehumano vibra en el poema de Lucrecio, en la poesía cristiana de la Edad Media, en los mármoles palpitantes de Miguel Ángel, en los tercetos de la Divina Comedia, en los extraños lienzos de Alberto Durero, en las tragedias de Shakespeare, en la arquitectura gética, en las cataratas sinfónicas de Beethoven, en las siete soledades de Zarathustra, en el drama musical de Wagner, en todo el ciclo de las grandes novelas inglesas, en la ruta disparatada de Don Quijote, en los pensamientos torturados de Pascal, en las novelas alucinadas de Dostoyewsky, en el caramillo verleniano y en la cósmica angustia de Baudelaire. Un reguero luminoso de sangre sobre un páramo desolado. El sordo gemido que brota de las profundidades del ser, da la suave melodía de la música. La Cruz refulge en la cima de la espiritualidad perfecta.

No hay que hacerse ilusiones. El sufrimiento es la esencia misma de la vida. Está en los animales y en las plantas, en la tierra, en el mar, y en el aire. La más alta espiritualidad no nace sino en medio de dolores inenarrables. Este es el yunque de las almas superiores. Por esto las representaciones heroicas están hechas en bronce. El amor dichoso sirve únicamente para idilios superficiales. Solo la lucha contra el destino puede dar origen a la tragedia. En la mirada quejumbrosa de Tristán e Isolda, y en las tempestades de música que ella engendra, están las claridades del cielo y la aciaga maldición del paraíso. El más puro símbolo de la gloria es la corona de espinas. Los golpes frenéticos del aquilón esculpen estatuas y montañas. La esperanza sale del dolor como la aurora del vientre oscuro de la noche.

Pero no hay que temer al sufrimiento, ni considerarlo como una desgracia. Al contrario, debemos juzgarlo como un regalo de los dioses, porque es el camino de la liberación. El dolor está en todas partes y aumenta en la medida en que crece nuestra conciencia. Sufrir es volverse sensible al cosmos y encontrar la llave secreta que abre las puertas del destino. La gloria, el placer, el éxito, hasta el amor mismo nos engaña. Pero el dolor no engaña nunca. Solo cuando hemos sufrido y hecho sufrir a una persona amada, llegamos a la comunión perfecta de las almas. Este es el hilo invisible por donde ascendemos a esferas superiores. La arena debe sufrir el golpe del mar y las heridas que le causan los pies del corredor. Hay árboles que parecen doblarse al peso de sus frutos tardíos. La perla es el oculto sufrimiento del océano y las estrellas nacieron de los dolores de Dios. Es fácil conocer a las personas que no han tenido una gran tribulación, por la vulgaridad de sus facciones. Sus rostros no tienen expresión. El alma no se sacia sino con valores eternos y solo el dolor la calma. La estatua de la belleza no se funde sino en los crisoles del sufrimiento. Solo en el penoso conocimiento de la Vida y de la humanidad se puede formar un gran artista. Nosotros conocimos a una criatura elegida hecha para las fiestas, los placeres, los mimos, para los amores superficiales, que se transformó a los rudos golpes del destino en una verdadera obra de arte. Desde entonces ha encontrado en sí misma la más perfecta compañía porque sabe el valor de la vida profunda. Se siente más noble y mejor por haber vivido una gran pasión. La belleza es doliente y desmaterializada.

Hay que aceptar el sufrimiento como una advertencia de la bondad infinita, pero no debemos dejarnos dominar por él. Hay que ser el artista de las propias sensaciones, virtuoso de un órgano mágico. Por esto debemos procurar vivir en el momento presente, poniéndole la misma intensidad a todos nuestros actos, lo mismo en la Vida material que en el orden del espíritu. Todo enriquece nuestra personalidad: el placer, el dolor, el trabajo, el ocio, el amor y hasta el inexorable olvido. El pasado no existe sino como un motivo de creación interior y en este sentido hemos hablado de una nostalgia productiva. El futuro no está presente tampoco y no debemos preocuparnos por él. Siempre hemos encontrado puesta la mesa en el festín de la vida. No hay que hacer lúgubres cálculos sobre el porvenir. No es que los vaticinios de Casandra se cumplan sino que su ánimo sombrío contribuye a la desgracia individual y colectiva. Entonces hay que vivir en su plenitud el fugaz instante, como si fuera el ultimo de nuestra existencia. Nunca debemos tomar aires consternados. Ordinariamente las derrotas son anuncios de victorias futuras, y algunas veces constituyen un signo de distinción espiritual. No hay que desesperar. No hay que encolerizarse. El jugador de raza no rompe nunca los naipes. Hasta cuando llegan días tristes para la patria hay que conservar la serenidad interior para trabajar mejor por ella. Un alma insobornable será siempre más libre bajo la opresión extranjera y bajo la dictadura que el demagogo adulando las pasiones populares. La libertad es un concepto interior.

Nada es más útil en este mundo que un temperamento alegre. Este es el regalo del Hada Madrina. Hay gentes que hacen la vida amarga a todos los que los rodean. La alegría y la tristeza son contagiosas. Alguna vez recorríamos con un amigo predilecto uno de los sitios más encantadores del mundo. Al frente teníamos la llanura infinita, un reguero de naranja y de zafiro, auténtica concupiscencia de los ojos. Todos los puntos del horizonte estaban poblados de imágenes hermosas. El rio como un cinturón de plata ceñía sus flancos y se colgaba a la garganta un purpureo collar de pisamos. En los potreros cercanos pastaban los crasos ganados y hasta nosotros llegaba el perfume de la caña suavemente distribuido por un viento brujo. Teníamos a nuestra disposición, según las horas, abundante cacería, potros más ligeros que el aire, música de fiesta, olímpica ambrosia y el coro de las gracias y de las ninfas. Pero hay quienes lloran bajo las palmeras. Nuestro amigo lo encontraba todo insoportable. La naturaleza era hostil, el campo sombrío, el calor diabólico y la vida un infierno. En vez de gozar de la hora jubilosa se recogía en las cuatro paredes de un cuarto estrecho, a suplicar por los hoteles de lujo y las nieblas de la sabana. Es posible que en medio de la bruma sintiera más tarde nostalgia de la irrefutable luz del trópico. Lo cierto fue que se fugó una mañana dejando a la morena sul amita suspirando bajo las palmeras.

El buen humor es uno de los deberes del hombre. Inclusive cuando cae sobre nuestra vida una pena desgarradora, cuando empiezan a marcharse las personas que amamos, hay que mantenerse en pie, reunir todas nuestras potencias interiores para luchar contra la desgracia como un guerrero que le hace frente al enemigo. Hay que

hablar de los muertos sin desesperanza, con amistad y alegría. Los muertos no cesan de amar y de pensar en nosotros y por nosotros. El grato cambio de sentimientos y de ideas que mantenemos con ellos durante su vida, se hace más íntimo y más continuo cuando se han desprendido de la existencia corporal. El poder de un amor sobrehumano llevó a Dante y a Orfeo a sentirse dichosos por la pérdida de sus amores terrestres que transfigurados en númenes eternos iban a conducirlos hasta los templos flamígeros del cielo Siguiendo estas sombras tutelares encontraron los limbos, las almas, las esferas transparentes, el Éter de los dioses. Gracias a ellas hablaron, cantaron y vencieron. "Eurídice viva, dice Orfeo, me hubiese dado la embriaguez de la dicha; muerta, me hizo encontrar la verdad". Así hablan el poeta y el santo. El mejor homenaje que podemos hacerles a los amigos muertos es recordarlos en las horas felices, sin pesar y sin amargura levantando la copa del festín en memoria suya. Siempre hemos pensado en celebrar el aniversario de un compañero que se fue adelante de nosotros, en torno de la misma mesa donde solía deleitarnos con canciones, bebiendo su vino favorito y asociados a sus amigas preferidas. Así los muertos conviven a nuestro lado. En cambio hay personas que se entierran en Vida, se alejan de la sociedad y del mundo para llorar un amor perdido, envenenando la existencia de sus hijos, de sus compañeros y de sus semejantes. Esto es falta de caridad hacia los demás, un egoísmo refinado. Es la voluptuosidad de la tristeza. Hay mujeres que adornan las tumbas como altares Pasionarios Y que, hechizadas por su luto, entran a los cementerios como a un salón de baile. Nada ha muerto mientras vivamos nosotros. Las tumbas nos renuevan la vida. Los muertos hablan y obran; ellos Pueden aconsejar, aprobar censurar, desde que Sepamos evocar Su pensamiento y no su carne.

Al lado de la defensa de la libertad, que es el primero de los valores humanos en la Carta del Atlántico se ha escrito como un principio para la organización de la sociedad futura, la lucha contra el temor. El miedo original está latente en la naturaleza que busca siempre conservarse y que protege con una coraza a los animales indefensos como el molusco y la tortuga. Según la curiosa teoría de un filólogo moderno, lo que le dio origen al lenguaje fue la necesidad de mentir que tenía la mujer para defenderse de los hombres. Desde el principio de los tiempos se están construyendo trincheras y fortalezas. Siempre será útil tomar precauciones contra el mundo. El hombre empieza a ser valiente, cuando ha vencido la naturaleza exterior y la suya propia. Desgraciadamente, el miedo constituye la base de toda nuestra pedagogía. Al niño se le amenaza con cuartos oscuros, con fantasmas, con terrores fabulosos, y para llevarlo por el camino del bien no se le habla sino del salario y del castigo. La primera imagen que tenemos de Dios, es la de un ser vengativo que vive celoso de nuestras pobres alegrías. "Si no existieran tu cielo y tu infierno, yo te amaría también", dicen la infinita bondad y la suprema sabiduría. El cumplimiento del deber tiene en sí mismo su recompensa. Si el hombre no hubiese vivido sino una hora de entusiasmo y abnegación, esta única nota pura, arrancada a la gama disonante de sus viles horas terrestres, se multiplicará en armonías maravillosas hasta la eternidad. Las únicas cosas durables y reales son la belleza, el amor, la verdad espiritual.

Para defender nuestra sensibilidad debemos evitar, hasta donde sea posible, el dolor propio y ajeno, y no contemplar la imagen de la muerte entre ramos mortuorios. Hay personas que sienten un extraño placer eh rodearse de esqueletos, de cráneos humanos, de mascarillas de sus amigos. Esta es una morbosa aberración. El hombre debe vivir entre objetos amables, frente a un panorama luminoso, entre cuadros y esculturas que exalten el triunfo de la línea, de la armonía, de la luz. Alejemos de nuestros ojos a la impura fealdad. Por ningún motivo debemos dejarnos vencer por los acontecimientos exteriores, y hay que buscar a cada instante una filosofía que nos ayude a vivir. Hay que saber reaccionar contra todas las fuerzas que pretenden sojuzgarnos: libros, odios, placeres, sentimientos. La soberanía interior es un signo de nobleza. Nunca debemos sentirnos perseguidos, nunca debemos creernos víctimas de la maldad humana. Las dificultades deben servirnos de estímulo. El hombre auténticamente superior sabe desdeñar las injurias. Cuando se tiene una conciencia tranquila, nada puede hacernos daño y permanecemos inmunes a los ataques más sabiamente envenenados de nuestros adversarios. Es mejor seguir siempre adelante, y no perder el tiempo en inútiles explicaciones. El hombre no es eterno sino en la memoria de Dios.

La muerte tampoco debe preocuparnos, aunque es mejor no pensar en ella. Para el que no cree en la inmortalidad, regresar a la nada debe ser un descanso, y para el que vive iluminado por la fe y la

esperanza, la muerte es un renacimiento. El cuerpo no es sino una morada transitoria en el viaje celeste de Psiquis. El filósofo encontrará en el reino de las sombras una experiencia más, y el poeta, fatigado de todos los goces terrestres, exclamará con Baudelaire: “Entremos a lo ignoto para encontrar lo nuevo”. Ningún ser puede regresar a la nada; lo que ha existido, existirá siempre. Por el mundo debemos marchar con la frente alta y serena, gozando los espectáculos que nos ofrece la naturaleza y las alegrías que nos brinda. Pero no debe olvidarse que la muerte es un hecho irrevocable y el que se deja morir debe hacerlo por su propia cuenta.

Cuando se contempla el universo con los ojos del espíritu, nada puede inquietarnos. Todos los sucesos exteriores, por terribles que parezcan ayudan a la formación de la personalidad. El dolor fortifica más que el placer. Todo sirve para la transmutación interior. Dante aprovechó sus años de persecución, de destierro y de deshonra para escribir la Divina Comedia. Debemos ser los escultores de nuestra alma. Mientras más variadas son las experiencias humanas, llega a ser más puro el modelado de la estatua. En lucha incesante contra el poder de las tinieblas hay que perfeccionar lo angélico que llevamos en nosotros alcanzando la unidad cenital de nuestra vida.

LA CANCI0N DEL CAMINANTE

El amor puede llegar a ser por sí mismo un sentimiento negativo. Ninguna pasión necesita como esta un ritmo, una pausa, cierta sensatez, porque si no el paraíso se convierte en un infierno. Aquí se trata de la coexistencia de lo infinito con lo finito, del cosmos con nuestro propio ser. La juventud toma el amor de una manera absoluta, como un hecho irrevocable y eterno. De allí nacen los matrimonios prematuros, que son casi siempre una desgracia. Las almas vehementes y apasionadas, incapaces de resistir el sufrimiento, llegan hasta la orilla del suicidio. En esta época es conveniente bracear en sentido contrario, y en vez de leer novelas de amor empeñarse en áridos estudios científicos: las matemáticas, la economía política, la filosofía, el código civil. Para muchos espíritus ardientes, la política es un calmante, un sucedáneo. Tan solo prolongadas experiencias nos enseñan la relatividad de las pasiones humanas, y el amor a la belleza ideal nos libra de innumerables ilusiones, En una vida temeraria, difícil e interminable, debemos acostumbrarnos a mirar todas las cosas bajo el aspecto de la eternidad, es decir, en sus relaciones con el universo, considerando todos los momentos de manera continua. Esto es casi imposible en la juventud que en un tenebroso temporal. Las primeras contrariedades nos parecen obstáculos insalvables. Entonces creemos que esa

mujer, y solo esa mujer podrá salvarnos, cuando hay continentes enteros, cuando nuestro propio vecindario vive dichoso sin que ella figure para nada. Una corta ausencia puede curarnos radicalmente, porque conocemos rostros aún más hermosos, y porque en la juventud "hasta la carne del corazón retoña". Con los años, la experiencia puede hacerse imposible. La osificación llega con la vejez y con ella termina el poder de cicatrización. Y el espíritu radiante que veinticuatro horas después de abandonar a una de las gracias se le declaraba a la sirvienta, se apega a los queridos recuerdos y hace de ellos su mortaja. Se necesitan años enteros de tribulaciones y de luchas para recobrar la serenidad. Los peores estados de angustia son los que ocasionan un amor contrariado por los celos, por la' indiferencia, por la intervención de un extraño, por la imposibilidad material o moral. Para describir estos fenómenos, mas que la filosofía Sirve la intuición poética. Shakespeare enseña más que todos los textos de psicología. Por él hablaba la sabiduría divina. Sería insensato pensar que tuvo la avaricia de Shylock, la perplejidad de Hamlet, las pasiones de Ofelia y Desdémona, la maldad cósmica de Lady Macbeth o los celos del moro de Venecia. Otra cosa es el balcón de Julieta. Quien no se ha acercado a él pertenece a los elementos.

La teoría stendhaliana del amor se encuentra ya en *Las amistades peligrosas*, de Pedro Choderlos de Laclos. Nuestra fantasía le presta los más exigentes cosméticos a una muñeca imaginaria. Porque no hay que engañarse. El encanto que uno cree encontrar en los demás es en nosotros donde existe, y es el amor quien embellece tanto el objeto amado. Paul Valery resumió admirablemente esta idea en estrofas imperecederas:

Dulce creación de mi silencio,
tus lentos pasos musicales,
hacia la sombra de mi espera,
avanzan mudos y glaciales.

Visión pura, sombra divina
cuán dulcemente llegarás,
todos los dones que adivino.
en tus pies desnudos vendrán.

Si ya tus labios incitantes,
preparan por saciar su deseo
al habitante de mi mente
el suave manjar de los besos,

¡no apresures el tierno instante,
ser o no ser de lo soñado,
que yo he vivido de la espera
y mi corazón de tus pasos!

Si esto es así, podemos cambiar fácilmente de funciones y buscar nuevos calvarios para coronarlos de ternura. Lo único cierto que existe en la inconstancia de los afectos, las intermitencias del corazón. La fidelidad absoluta solo se consigue en el sueño y es el deseo insatisfecho quien la procura. Los que hagan de esta teoría la sustancia de su vida, difícilmente serán víctimas de un amor infortunado. Desgraciadamente las teorías sosiegan la inteligencia, pero no sacian el corazón. Ni siquiera la verdad matemática esta exenta de aventuras. Por esto aún las almas mejor disciplinadas en el sufrimiento pagan terribles noches de desolación en que no escuchan sino un lento ruido da lágrimas.

Al lado de los amores trágicos existen los amores equilibrados, plenamente compartidos. A ellos se llega ordinariamente después de sucesivas catástrofes, de la propia manera que un vallezuelo tranquilo es el producto de prolongadas destrucciones geológicas. No hay fuerza que pueda compararse al ímpetu de la corriente mágica que brota del temple de Afrodita, En vano se le oponen las rocas y las montañas. Todo lo sobrepuja. La muerte misma es un accidente para los que aman. Hay criaturas de una fragilidad de porcelana que tiemblan ante el despertar de una rosa y que se levantan titánicas ante el destino para defender un minuto perfecto.

Debía ser muy grato en la Edad Media, en tiempos caballerescos, dominados por amores absolutos y por odios implacables, darse cita al pie de las almenadas murallas, con una mujer imposible, cuando el carcelero custodiaba la puerta con su espada de fuego. Un beso conquistado así por un paladín valía un reino. ¡Que titánica parecía la princesa desafiando la deshonra y la muerte, cuando el mundo se volcaba sobre su desmelenada cabellera, cuando todos los horizontes estaban cerrados a su paso, y tomaba la resolución

definitiva de aceptar todas las consecuencias de una pasión sobrehumana! Era el ángel caído orgulloso de su derrota.

Escena como para un paso de novela, con un hipódromo al fondo. Ella estaba allí, había ido para cumplir la cita. De su palabra hizo siempre un hecho irrevocable como un sacramento. Pero en el instante de la alegría, pita el automóvil del adversario, y en el desolado horizonte fulguran el castigo y la muerte, la tierra se derrumbaba, su cielo familiar se destruía. Con una suprema serenidad arranca todas sus velocidades a la bestia de acero, y busca en un recodo de la carretera dos minutos de ternura. ¡La vida jugada por un beso! Se admira el arrojo alcanzado en un campo de batalla, pero no el heroico y sublime sacrificio de una vida que combate valientemente contra el destino y el dolor. Y la tarde se hacía de seda cambiante como una gema. El heroísmo está en todas partes, menos en las plazas públicas.

La elección en el amor es casi siempre un capricho, y de allí la persistencia de ciertos rasgos en las diversas mujeres que llenan nuestra vida. Unos se enamoran de la sensibilidad, otros de la ternura, otros de la gracia, otros de la belleza. Persisten también el color de la piel, el contorno de la muñeca, la ondulación del talle, el extraño terciopelo de una mirada. Pero ningún hecho inclina tanto la balanza como la experiencia desdichada de un amor anterior. Dos seres que sufren por una misma causa encuentran en este hecho la más vehemente de las afinidades electivas. No solamente el amor no es ciego sino que es clarividente. En una ciudad de un millón de almas; se encuentra siempre a la criatura elegida. El amor animador, plenamente satisfecho, es una fuente inagotable de energía. Ningún obstáculo lo detiene, ningún temor lo abruma. ¡Con que sereno dominio se contempla el universo! De allí el error de los que piensan hacer una fortuna para realizar un matrimonio, cuando este puede ser el sésamo de los tesoros escondidos. Hay que ver la energía extraterrestre de un recién casado, las potencias ocultas que despiertan en su vida. Todas las dificultades son pequeñas y el éxito lo acompaña.

No debe olvidarse nunca que el amor es una conquista penosa y que hay que tratar de conservarlo a cualquier precio. Todo sacrificio es insignificante. No hay que faltar nunca a una cita de amor, así sea en la hora suprema de nuestra vida. El día en que faltemos a ella la persona amada debe tener la certidumbre de que nos ha ocurrido una intensa desgracia. En el instante en que se decide el destine de un pueblo siempre es posible encontrar los dos minutos necesarios para escribir una carta clandestina, así sea preciso atravesar el anillo de fuego de las multitudes o abandonar la sala de las deliberaciones graves. Los negocios del alma están por encima de todos los intereses humanos. De allí la fuerza invencible de la mujer en la historia. Su poder no está en el sufragio universal sino en su abnegada ternura. El hombre puede ascender imperturbable hacia el pedestal, pero sus rodillas de bronce se doblan en las colinas del deseo o en el valle cargado de promesas. Por esto en la mujer están todas las claridades del cielo y los resplandores del abismo.

Casi se reconcilia uno con Benjamin Constant cuando le escribe a la señora Recamier, en el breve instante que le roba a sus faenas oficiales: “Detestables intereses de Europa que me privan de estar una hora contigo". Es deplorable para la biografía de Meternich que se haya desmentido la leyenda de que dejó escapar a Baviera de las garras de Austria por prolongar una velada con la bella Duquesa de Sagan, durante aquel congreso de Viena tan mal reputado entre los historiadores, porque tiene el perfume de los valses del Danubio. Nuestro interés, nuestro amor propio, |nuestra vida misma deben desaparecer delante de la mujer amada. El que coloca su orgullo, su dignidad, por encima del amor es porque ya no ama. Se pueden perder años enteros por alcanzar una sonrisa. Debemos acostumbrarnos a pedirles perdón a las mujeres aun por faltas que no hemos cometido. En el templo del amor esta mas alto el que ora de rodillas que quien gesticula desde el coro. En un minuto de alegría puede refugiarse toda una vida.

Ordinariamente el mejor camino para conquistar a una mujer es no amarla. Así están más despiertos loa sentidos, es más fácil conservar el control sobre sí mismo, medir el alcance de la tempestad y dominarla. Pero en esto hay algo de mezquino, es la ruta de Don Juan. Sin embargo, en el amor es inútil toda experiencia, porque nunca se dieron dos batallas en el mismo campo. Amar es olvidarse." En esta aniquilación del alma encuentra su renacimiento celeste, su corona de luz, el resplandor inmortal de su ser. Bien se ha dicho que nadie es digno de ser amado. La originalidad de Zorrilla está en que

convierte al burlador en un amante. Ante la ingenuidad de doña Inés cae vencido. Ya no seguirá por la alameda interminable buscando suaves talles de avispa. Súbitamente se Ie ha revelado el amor universal, torbellino cósmico que enlaza almas y mundos, espiral infinita que va desde la oruga hasta la estrella. La salvación de Don Juan es un símbolo eterno. Hay amores que nacen como un simple capricho, como el deseo efímero o pecaminoso de una noche de baile. Pero hay almas sublimes que transforman todo lo que tocan, Entonces germinan aquellas pasiones desgarradoras, que vencen y sobrepujan al destino, amores tardíos como la floración de los aloes, hechos para demostrar que Dios existe, Y es también El quien los comprende y los perdona.

Clásica es la definición platónica del amor como "el deseo de engendrar en la belleza". Pero, como lo ha escrito Santayana, PIatón, que fue un gran filósofo, sabía muy poco del amor. La prueba es que renuncio a él en una noche delirante, después de romper la copa del último festín entre el coro de las gracias y de las ninfas. Sin amargura despidió a sus amigos y se entregó al estudio de la filosofía socrática. Es cierto que a veces pueden sentirse amor y deseo por una misma persona; pero también es posible amar desinteresadamente. Se puede desear a una mujer particular sin quererla. La esencia del amor es la falta de egoísmo. Hay criaturas sublimes que se resignan a permanecer ignoradas del objeto de su amor y que se consuelan con saber que aquel es noble y feliz. En otra forma no se explicaría el éxito alcanzado en la antología francesa por el soneto de Arvers, una de las creaciones más puras de la lírica universal:

Hay un misterio en mi alma y un secreto en mi vida;
Una pasión eterna de súbito formada;
en mi alma llevo siempre la irremediable herida
y aquella que la hizo nunca ha sabido nada.

Inadvertido paso cerca a la bien amada,
siempre a su lado y siempre solitario, cumplida
verá sobre la tierra mi sombría jornada,
sin pedir ni alcanzar la dicha apetecida,

Ella, a quien Dios ha hecho dulce y buena, su senda
prosigue distraída, sin que oído atienda
el murmullo amoroso que en pos dejando va,

Fiel al deber nuestro y apegado a su huella,
dirá al leer estos versos inspirados por ella :
¿Qué mujer será esa? y no comprenderá.

Que estos amores existen lo atestiguan con su vida y con su obra Petrarca, Luis de Camoens y el florentino atormentado que duerme su sueño de inmortalidad en Rávena. Ellos desgranaron sus días como un rosario de lágrimas ante el altar del buen deseo. De alii viene todo el hechizo de sus cantos. Unidos con Laura, con Catalina de Atayde y con Beatriz, en un amor dichoso, no nos hubieran dejado el dulce fruto de sus amores espirituales. Del sagrado costado manan raudales inagotables de ternura. ¡Desgraciado el que no ha vivido durante años enteros el soneto de Arvers! Entonces ignora el encanto de las prolongadas esperas, las noches de silenciosa adoración, el místico vuelo hacia el paraíso desconocido. El hada cariñosa de la ilusión ilumina los floridos senderos. A pesar de la incapacidad casi absoluta de los hombres para amores espirituales, existen estas pasiones extrañas que constituyen una religión, rival de la verdadera. El hombre, según dijo San Agustín, nació para ser espiritual hasta en la carne. "Carne espiritualis": no se ha dicho nada más profundo ni más bello. Esto es lo que no comprenden los que no han Sentido las tormentas de la carne, ni conocen la pura luz del alma. El divino comercio entre el cuerpo y el espíritu constituye toda la clave de nuestra redención.

Hay noches, de una belleza misteriosa, en que el cielo está dispuesto como para una fiesta y en que la luna compasiva vierte su claridad augusta, nupcial y solemne. Entonces nos provoca pasearnos solitarios bajo los árboles, contemplando las colinas que se visten con cendales de luz. El aire está quieto, sereno, y escuchamos un silencio infinito que llega desde la eternidad. Quisiéramos rezar exaltadamente. ¡sí hay un límite en el amor, no es vuestro, Señor, sino de los hombres! "Es preciso pensar que el amor, y aun el deseo carnal, se encuentran en el camino de la perfección por cuanto son aprendizajes del sacrificio. Un ser que ama al otro con toda el alma, está dispuesto a realizar por este lo que más tarde hará por Dios". Silenciosamente buscamos la adorable imagen que interpreta nuestros sueños en el fondo de nuestra alma, pero se la

roba la sombra fugitiva de la luna. Apenas si recordamos los parajes donde hemos transitado con ella: las flores de su balcón, la fachada del Hotel Moldavia, el pequeño Jardín más perfumado que un incensario, la carretera donde devoramos el viento, y hasta la ligera brisa nocturna donde respiramos juntos el mismo dolor y la misma soledad. Pero seguimos trabajando sobre su imagen con devoción, como esos pintores que no tienen sino un breve apunte de un sitio amado y que de allí logran extraer hasta el perfume de un minuto inmortal. El éxtasis y la contemplación nos recompensan siempre, El ángel vendrá y nos besara en la frente y convertirá el paisaje en un palacio encantado.

¡Cómo era de grata nuestra vida cuando estábamos a su lado! Al amanecer nos instalábamos a orillas del rio del sonido, esperando la nota que se le olvido a Beethoven. Ningún autor ha descrito la impaciencia de aguardar una llamada telefónica. Pensar que al otro lado de esa cosa sombría está el hada que ha de traernos la felicidad y que podrá venir más veloz que un mago en las historias de hechicería. Suena un timbre, palpita nuestro corazón de alegría, pero no es ella, es algún importuno que nos pregunta por los negocios de este mundo. Al fin llega. Pero las brujas interrumpen la conversación o es preciso suspender un momento para hacer una llamada de urgencia. ¡Y vuelve otra vez la voz angélica y su ritmo nos reconstruye una tierra paradisiaca, todavía no manchada por los pecados de los hombres, un golfo lejano, músicas, trinos, el jardín de las caricias! Así transcurren las horas en una perpetua melodía. ¡Qué importa que el sueño no venga a nuestros parpados si toda la noche podremos seguir escuchando el eco de esta arpa celestial!

Hay que vivir intensamente el mediodía del amor sin contar el tiempo, sacrificándolo todo, inclusive nuestra propia tranquilidad. Es la hora del amor, aquel momento en que el fruto alcanza su tibia y jugosa madurez. Llegará un día en que tendremos que vivir de recuerdos; hagamos para entonces una rica colección de ellos y que no nos quede el arrepentimiento de haber dejado pasar la estación de los dulces suspiros. Hagamos de nuestras vidas el sueño de una noche de verano.

¿Cómo se manejan las cosas en torno suyo? ¿Qué hay de los geranios, del gato y de los palomos? La mujer amada es la diosa esencial de la naturaleza, para la cual florecen los jardines, maduran las cosechas y corre el agua. No podemos concebirla sino adorada por todos los elementos. Ella está en la luz del día y en las sombras nocturnas; en el juego de los surtidores y en la sollozante albura de los lirios; en las mañanas tranquilas y en las noches de borrasca; en la sencillez de la naturaleza y en las más refinadas creaciones de arte. Un dios amable la hizo para nuestro deleite y todos los objetos del mundo hacen relación a ella. Cuando se ama, el universo es un inmenso santuario. El verdadero amor debería llevarnos a los claustros.

Ordinariamente, en todo proceso amoroso hay un estado patológico negativo y un estado normal esencialmente creador. Ambos son igualmente útiles, pero debemos curarnos del primero si queremos restablecer el equilibrio humano, nuestra naturaleza productiva. Esto es lo que se llama "*catharsis*", o sea la limpieza del alma. Grandes amenazas pesan sobre nuestra personalidad y es necesario construir diques y fortalezas. Hay una vida psíquica qua se escapa a nuestra conciencia; allí están los túneles del subconsciente y las tinieblas del alma. La autocrítica, el psicoanálisis, es preciso utilizarlos con precaución, como ciertas drogas reservadas a los especialistas. Hay verdades para la artesa del pan y verdades para la artesa de los venenos. El psicoanálisis, como lo anotaba el mismo Freud, no es una inquisición científica imparcial, sino un acto terapéutico; no busca esencialmente probar, sino modificar algo. Cuando estamos ante un estado de tribulación producido por el amor, debemos analizar serenamente cada una de las situaciones, disociar los recuerdos, procurar que los pensamientos ocultos lleguen a la zona iluminada del espíritu, "Desde d memento en que los procesos inconscientes llegan a ser conscientes los síntomas neuróticos desaparecen" Por esto la cura analítica consiste en la disolución de los hábitos morbosos, mediante su reducción al recuerdo de los sucesos que los han originado. En estos casos es útil apelar a un amigo, a un confidente que avance con nosotros hacia regiones del infierno Interior. Esto porque es muy difícil convertirse en el espectador de las propias pasiones, y toda terapéutica exige la indiferencia dominadora del médico. La razón y la inteligencia son el hilo de Adriana en el complicado laberinto. Pero no hay que curarse demasiado, porque el hombre normal puede llegar fácilmente hasta el magnífico equilibrio de los imbéciles. Solo los nerviosos han creado algo en la historia

desde Julio César hasta Byron el temerario. Hay que vivir con una intención apasionada, persiguiendo lo inaccesible y lo esencialmente inagotable, el eterno femenino, lo que nos eleva a las esferas superiores.

El amor no debe ser tampoco un fin en sí mismo, una meta dominadora y exclusiva. La pasión embellece todas las cosas y viste el universo con claridades celestiales. El ópalo de una carne perfecta ilumina la naturaleza sensible, vierte su luz consoladora sobre la materia inferior, como se refleja la pura claridad del día en el cristal del agua. Todo el encanto de la vida está en la persecución de un fin ideal, que a la postre no conseguimos. Pero este destino interminable renueva nuestro dinamismo psíquico. Hay que viajar por el mundo con cierta despreocupación, deleitarse con el paisaje, conversar con los amigos, visitar puertos y ciudades, gustar el encanto de las hosterías. El que no lleva más obsesión que el término de su viaje es el caballero de la muerte que cabalga enloquecido sobre un rocín esquelético. Al fin de la jornada contemplara su propia calavera sobre el espejo de sus ansias. La senda del peregrino y las posadas en que se detiene no son ni el paisaje entero que ve mientras viaja, ni el verdadero altar ante el cual se Inclina. El fruto verdaderamente sabroso de la existencia, ha escrito Santayana, hay que cogerlo de pasada, y son las diversiones, la bondad y la belleza.

No hay que renunciar a ningún placer por temor al mañana, porque nuestra planta está hecha del limo de la tierra y pisa arenas y cenizas. El futuro es un término irrevocable y no está siempre en nuestras manos alcanzarlo. Gocemos del sol, del vino, de los placeres, de las tibias bocas sonrosadas. Cojamos la flor en la mañana, porque en la tarde "estará ya marchita". Hay que ser los poetas de la vida para los cuales nada es real. Azul, clara, profunda, se extiende ante nosotros la inacabable senda y hay que esclarecerla con canciones. Cuando llegue la penuria de los goces encontraremos nuevos placeres, y lo que nos niegan los sentidos halla su plena compensación en la vida del espíritu. No hay que temer tampoco los sufrimientos producidos por el amor, las semanas de angustia cuando nos parece que el universo ha terminado y que la luz dorada de la tarde no volverá a cantar sobre las mudas rocas. El amor esta hecho de esclavitud y de liberación. De este océano de tormentosas aguas regresamos con una conciencia siempre despierta para crear cosas bellas durables. Una sombra bienhechora desciende de cielos desconocidos; una paz profunda se extiende sobre el campo devastado por la tempestad. Dios se reconcilia con los elementos y el espíritu vuela hacia alturas inimaginables.

La noche abre su abanico de sombras y todavía se escucha la canción del peregrino. Ya empiezan a callar todos los ruidos del mundo. Sobre las altas cimas de quietud de las eternidades. Caen las hojas marchitas de los árboles y se cierra pudorosa la corola. No hay trinos ni arrullos. El cielo estrellado parece un vasto túmulo de zafiro. En vano el tenaz recuerdo llega hasta el alma desolada. Y sigue la canción del caminante. ¡Alma querida, tú reinas sobre este paisaje nocturno! ¡Oh atormentado corazón que tanto sufres, pronto descansaras tú también en el silencio de la noche sin fin!

SACRIFICIO

El egoísmo es uno de los sentimientos negativos que envenenan el alma y hacen desgraciados a los demás. Esta es la más humana de las pasiones, la más extendida, la que arranca del fondo más

profundo de nuestro ser. Si es cierto que frente al universo estamos solos, la abnegación nos proporciona también el más íntimo deleite. Así se explican el amante, el Poeta, el héroe y el santo. Esto es lo que ordinariamente la juventud no comprende. Hay una época de nuestra vida en que tomamos a la mujer como un instrumento de placer, como la lira del deseo. Fríamente sacrificamos a una en pos de otra y marchamos sin cesar, como el doctor Fausto, en pos de formas cambiantes. Pocas veces nos detenemos a meditar que las mujeres tambiénn sufren, y cuando llegan las horas de la madurez nos atormenta la sombra de una amiga a quien hicimos para siempre desdichada. Solo que algunas veces no fue por nuestra culpa: En el cielo de nuestro afecto brilla la estrella única que nos está destinada y en vano tratamos de libertarnos de este círculo encantado. Por todos los caminos del mundo buscaremos a la mujer bajada nos hace pensar que Vienen de una vida anterior y que poseemos una patria común hacia donde marchamos como niños perdidos en el oscuro sendero. Es muy fácil reconocer desde la primera mirada a la criatura elegida, a la que tenía que llegar a la hora exacta, para abrirnos las puertas del porvenir. En vano tratamos de libertarnos de sus redes inexorables, en vano la distancia y el tiempo, la sociedad y los amigos, procuran alejarnos de estos caminos espirituales. A ellos volvemos como sonámbulos persiguiendo la sombra de nuestra propia vida.

Si hacemos sufrir a las mujeres que amamos es por falta de reflexión en sus tempestades interiores, en sus conflictos íntimos. El ciego egoísmo no tiene más lazarillo que el deseo. Cada mujer es un mundo. Hay animales de placer, hay vírgenes audaces, hay insufribles coquetas que no se entregan nunca. Pero también existen adorables criaturas que no saben sino sufrir, que sienten la extraña voluptuosidad de atormentarse, y que no se arrepienten sino de la felicidad. Temen la alegría mucho más que el dolor. En medio del éxtasis amoroso sienten angustias inimaginables y no nos dejan gozar un minuto de pasión sino después de prolongados años de ternura. A veces nos hacen pagar con semanas enteras de abandono, por causas en apariencia inexplicables, todas las concesiones prematuras. Hay que dejarlas llegar, sin afanes, como la primavera, y aceptar en silencio los límites que nos señala su inútil sensatez. El arte de ser razonables puede ser también una forma de heroísmo. No hay nada más agradable que una victoria difícil, desde que el combate dependa de nosotros. En el fondo no se ama sino el poder. Pero en el amor somos invariablemente los vencidos. La vida se extiende delante de nuestros ojos como un angustioso desierto. Si observamos nuestra existencia, parece que siempre hemos vivido lejos de los seres que más amamos. Son los presentes equivocados.

La superficialidad es el primero de los pecados capitales. “Todo lo que llega hasta la conciencia es justo” La más irreparable desgracia debe ser ligarse en la vida a una mujer vanidosa, intensamente amada, que prefiera las fiestas a los deberes y el lujo del cuerpo a los adornos del alna. André Maurois nos ha relatado, en una página profundamente dolorosa, la extraña transformación de su mujer durante los años de la guerra, cuando llegó a conocer el cinismo, la traición y la perfidia. “De su breve encuentro con la vida, dice Maurois, guardaba un cinismo velado de jovialidad, de alegría poética, de ligereza voluntaria, pero que afloraba a pesar de ella. Mostraba ahora un apetito de lujo, de vestidos, de alhajas, un gusto por la danza, por las “*boites de nuit*”, por el “jazz”, lo que, sin duda, después de una larga sujeción, era natural, pero entristecía al moralista austero agazapado dentro de mí. Viéndola vivir, pensaba en las palabras de Alain: “La frivolidad es un estado violento”. Pocas páginas más amargas se han escrito en la literatura universal. Ni Rousseau ha sido más cruel consigo mismo. No hay calma filosófica que justifique tanta sinceridad. En todo caso la frase de Alain vale la pena de ser recordada por su profundo sentido humano. La frivolidad, que es la hipertrofia del egoísmo, obstruye los caminos del alma. Todos los pecados le son perdonados a los que han amado mucho. No es posible que Dios perdone a las almas frívolas.

Hay mujeres que no absuelven nunca a los hombres que renuncian a ellas. A pesar de sus obligadas resistencias no entienden lo que se ha llamado la amistad amorosa, el sendero de los dulces e interminables suspiros. Cuando el enemigo está dentro de la fortaleza ellas no entienden sino el saqueo. De allí la eterna equivocación de Don Juan. El verdadero libro sobre *el amor* que escribió Stendhal fue la vida de Bonaparte. El gran voluptuoso admiraba la imaginación nunca fatigada del héroe que no se le ocurrió utilizar en Marengo la carga fulgurante de Arcola. Al lado suyo Casanova era un sargento. Lo que hace a Bonaparte un caso único en la historia es su imaginación inagotable para aprovechar las más variadas

situaciones. Por esto no pudieron vencerlo los hombres. Solo capituló ante la estepa, y no lo venció sino la perfidia. Lo que no entienden los profesionales del deleite es que hay mujeres que tienen la felicidad que desean y que no cesan de defenderse inclusive cuando cesan de resistir, como aquella encantadora señora de Tourvel que agotaba sus tuerzas para subir penosamente un espacio y a quien pronto un poder mágico la volvía a colocar más cerca del peligro que había intentando vanamente huir. Por esto se ha dicho que la coquetería franca tiene más defensa que la vida austera.

Solo quien se ha liberado del egoísmo encuentra la suprema felicidad en ciertos renunciamientos que constituyen el más puro encanto del amor. No se trata de capitalizar derrotas o de explicarlas. Pero hay tarde maravillosas en que el alma tiene la pureza de un manantial. La amante vuelve a ser la novia de los primeros años. La dulzura de vivir se extiende hasta en la vegetación de las tumbas. Los altos eucaliptus elevan sus copas como las velas de un navío. La luz dorada de la tarde ilumina en la lejanía los campanarios católicos, y el cielo es una copa de Zafiro. Ella está con nosotros tan sólo para probar nuestra fortaleza o porque entiende secretamente que es la última de las entrevistas furtivas, en este junio cuyas horas no caben en una eternidad. Vale la pena de portarse, entonces, como un paladín. Propiamente no hemos sacrificado nada. Hay miradas do mujeres que valen por la entrega total. Y no hay espectáculo como su alta cabeza lejana resplandeciente sobre las constelaciones. Nunca estuvimos más cerca de su alma. El renunciamiento voluntario sella así para la eternidad unas bodas espirituales. Solo quien ha pasado largos años estudiando el mapa de la ternura puede encontrar estos parajes secretos, perdidos entre una atmósfera húmeda de llanto. Se puede recorrer todo el universo, pero aún en la ciudad del lujo y de los placeres, en los enormes rascacielos de Babilonia, en la Babel fabulosa, si no estamos cerca de la persona amada, solo vienen a visitarnos el tedio y el dolor, compañeros inseparables de nuestra perpetua soledad. ¡Qué pequeño es el mundo para los que aman! No hay lejanía, no hay ausencia que le impida a dos seres exaltados que se desean en dolor y en bienaventuranza, abrazarse en ansia loca de lo infinito y lo absoluto.

Renunciar aquí era, en cierta forma, penetrar en la muerte. Aquella alma purísima había sido dos veces vencida por el poder de las tinieblas. La primera, cuando fue arrancada al viejo jardín señorial, como una azucena resplandeciente aureolada de divino prestigio. Inmarcesible e inviolable, manos profanas llegaron para destrozarla y para darle una vida ordinaria, de feo sufrimiento. Sólo los serafines podían comprender la dulzura de su casta melodía. Su divina fragilidad y su abnegada ternura habían sido profanadas. Y cuando el verdadero amor llegó a visitarla, cuando se abrió por primera vez la sagrada corola, un extraño mensajero de la muerte vino a sumirse en la desolación, mostrándole los resplandores del abismo. Entre él, la sociedad y la costumbre trataron de hacerla regresar a la vida común y a la fealdad de lo vulgar.

El egoísmo es una fuente de sufrimiento, porque impide comprender a las personas que amamos y rompe así los vínculos más sagrados. ¡Cuántos matrimonios serían dichosos con un poco de tolerancia, de abnegación, de dulzura! No podemos exigirles a los demás que sean idénticos a nosotros. El orgullo deja a veces hogares desamparados y arroja atroces maldiciones sobre los hijos. Los momentos más felices de nuestra vida son aquellos en que nos sacrificamos por los demás, especialmente por las personas que amamos.

Alguna vez uno de nuestros amigos predilectos, se enamoró perdidamente de una de las más admirables criaturas que hemos conocido sobre la tierra. En ella Se sumaban la inteligencia, la sensibilidad y la belleza. Su inagotable vida interior le permitía pasar semanas y meses enteros en la más absoluta soledad. Amaba la música y se paseaba por la vida y por la obra de Beethoven como en su propia casa. Sus ojos de terciopelo conocían todos los paisajes y había leído todos los libros. Su escritor de cabecera era Rilke, aquel viajero del infinito que hizo de la estética una religión y que atemperó el culto de Dionisios con la magia de Orfeo. Por su parte la esposa de nuestro amigo era un alma tierna y delicada, una de aquellas mujeres de Maeterlink, como Aglavena o Selicta, que permanecen sonámbulas ante las puertas del misterio, de las que habitan al pie mismo de lo inevitable y conocen mejor que nosotros los caminos que a él conducen. Frente a la vida se mantenía tan indefensa como un niño, pero llevaba en sus manos la lámpara de psiquis. Su corazón era un océano, de bondad. Una noche cenaron juntos los tres y al despedirse, una lágrima de infinita piedad ilumina los ojos de la esposa perfecta. Esa lágrima provocó el rompimiento: “Yo no pude

luchar contra tanta abnegación" declaró la amante desesperada y se alejó para siempre. En sus ojos campeaba una tristeza divina. Sólo el sufrimiento nos procura la bondad inefable. Las almas indómitas no se rinden sino ante la ternura.

La utilidad del sacrificio depende del bienestar que nos procure a nosotros mismos o a los demás. Si al renunciar destruimos nuestra existencia y otra que solo encontró su plenitud creadora al lado nuestro, trabajamos contra el destino y contra el interés general. La abnegación de Cosima Litz fue desafiar al mundo y a la sociedad para fecundar al genio. A ella le debemos todo el ciclo sinfónico de Parsifal.

Hay una escuela filosófica que se burla vanamente del sacrificio, porque pretende someter los sentimientos generosos a un frío cálculo de placeres y de penas. El hombre superior ama más la acción que el placer, la acción reglamentada y disciplinada más que toda otra acción, y la acción por la justicia por encima de todo. De allí resulta un inmenso placer, sin duda, pero el error es creer que la acción corre hacia el placer, porque el Placer acompaña a la acción. Los placeres del amor, ha dicho Alain, hacen olvidar el amor del placer; así está hecho este hijo de la tierra, dios de perros, y de caballos.

Todas las religiones, sin excepción alguna, nos enseñan a luchar contra el egoísmo. Los Vedas nos lo recuerda Eduardo Schure, hacen del acto cosmogónico un sacrificio perpetuo. Para producir todo lo que existe el Ser Supremo se inmola así mismo; se divide para salir de su unidad. Ese sacrificio es, pues, considerado como un punto vital de todas las funciones de la naturaleza. Esta idea, sorprendente al principio, muy profunda cuando se reflexiona sobre ella, contiene en germen toda la doctrina de la evolución del concepto de Dios en los pueblos antiguos. Ella engendra la doctrina dionisíaca de la caída y redención que florecerá en Thermes y en Orfeo. De allí surge la doctrina del Verbo divino proclamada por Krishna. Y la cruz del sacrificio supremo resplandece desde hace veinte siglos en la cima de todas las redenciones.

Si el egoísmo individual envenena la vida. El egoísmo colectivo es el azote de la humanidad. "Vivimos días tristes", ha dicho en feliz expresión el presidente Roosevelt. Una inmensa ola de locura está barriendo los alcázares de la civilización. En la actual guerra no se está jugando solamente el destino de las naciones sino el tesoro de la cultura humana. Racionalmente nunca será posible explicarse los motivos profundos de esta lucha que está agotando la mejor porción del universo. Lo que hay en el fondo de todo esto es un desequilibrio entre las conquistas científicas, mas rápidas en cien años que en los mil años precedentes y las fuerzas morales que nadie trata de adaptar a las nuevas condiciones de vida. La ciencia no sino Juicios de relación, o para usar la frase de Montesquieu, nos presenta las relaciones necesarias que surgen de la naturaleza de las cosas. La ciencia nos dice que todos los cuerpos se dilatan en el vacío; nos da la fórmula para la fabricación de la pólvora, no enseña las leyes generales de la producción. Estos juicios son naturalmente relativos. Por encima de ellos están la inquietud moral, la verdad religiosa. Entonces vienen los juicios de valor, que ordinariamente son morales y filosóficos. Entramos en el dominio de lo absoluto. Una vez fabricada la pólvora la conciencia se pregunta si son legítimas las guerras, si hay derecho para asesinar a los semejantes. La economía política nos enseña científicamente las diversas maneras de producción; la economía social nos da el juicio de valor: la fórmula para distribuir la riqueza. Contra el naturalismo, la pedagogía cristiana acepta juicios absolutos, la inquietud permanente de la moral, de la justicia y del derecho que están en la entraña filosófica del hombre. El sabio que declaraba no haber encontrado el alma con la punta del bisturí nos da la impresión de un ciego que pretendiera descubrir la órbita de Saturno con el lente de un microscopio. La ciencia, por si sola, no podrá saciar nunca este afán infinito que brota de nuestro atormentado corazón. "El hombre, ha escrito Max Scheller es un buscador de Dios". Del desequilibrio entre los avances de la moral y los avances de la ciencia ha surgido ese desborde de la barbarie que combina las investigaciones del sabio con el despertar de los instintos primitivos. Quien se entera cotidianamente por la prensa y por la radio de los acontecimientos no puede sustraerse a una ansiedad sin límites por la suerte del derecho, de la caridad, del respeto humano, de todo lo que desde milenios se ha convencido encontrar noble. Muchedumbres desdichadas, desarraigadas y despojadas, caminan en convoy, inmensas, como en los tiempos de Senaquerib, de Cambises, de Tamerlán o de los reyes negros, traficantes de esclavos. El arte de matar ha sido perfeccionado por una ciencia consagrada a la obra mortífera hasta un grado diabólico. Los peores

déspotas de otros siglos mataban solamente en la tierra y en el mar. No se imaginaban la posibilidad de matar desde lo alto y bajo las olas, ni en sueños, ni en sus Sueños más feroces. No tenían más que el sable, la lanza y la jabalina: pobres aprendices a quienes el progreso les había negado el avión, el submarino, el gas venenoso, el torpedo y la mina, y esa pastilla, triunfo de la química , que incendia en un minuto más que Cien antorchas de Alejandro en Persépolis o de Alarico en Roma. La última conquista del derecho internacional consiste en no distinguir entre plazas fuertes y ciudades abiertas, entre combatientes y la población civil, pues se prodiga a todos el fuego del cielo. Y algunas teorías sobre la guerra total y la necesidad de hacerla atrozmente, para abreviarla, habrían ruborizado a Gengis Kan o Atila, así como la expresión eminentemente moderna de “material humano”. Se contempla sin espanto la destrucción de los más augustos a santuarios de la belleza y se cubren, en todas partes, las obras maestras con bolsas de arena para sustraerlas a la granada imbécil. Millones de hombres, continentes enteros que debieran estar creando bienestar riqueza, produciendo materia prima o nuevos elementos para ahorrar el dolor humano, se movilizan en túneles de acero y cemento, esperando la hora propicia de la matanza. Estamos asistiendo al cumplimiento de los terribles vaticinios de Spengler sobre el otoño de nuestra cultura.

¿A qué se debe todo esto? A la filosofía del egoísmo individual y nacional que ha prevalecido en .Alemania desde los tiempos de Spinoza. El panteísmo llevó a sus más grandes pensadores, a sus mejores artistas al más crudo egoísmo individual y a la divinización del Estado. “El mundo no existía antes de haberlo creado yo" exclama un redomado pedante en el segundo Fausto. Comentando esta sentencia, le declaraba Goethe a Eckermann: "Embriagados por el éxito, después de las guerras napoleónicas los jóvenes alemanes se creían los amos del mundo y ponían a su antojo de la creación entera como si fuese una posesión germánica”. Hitler no ha sido sino un instrumento de la filosofía alemana. Su verdadera arma secreta ha sido el panteísmo.

Los pueblos no se salvan sino cuando aceptan los límites que les señala el derecho. El renunciamiento al egoísmo es aquí también el principio de la sabiduría. La disciplina nacional no se mantiene sino dentro del respeto a las minorías. “El miedo, padre de la dureza, es el más peligroso de los sentimientos colectivos”. En todas partes el dios Término.

Y así también en nuestra vida individual tenemos el deber de renunciar al egoísmo, si aspiramos a la soberanía interior. Goethe, cuya imitación nos hemos propuesto en este libro, conoció, en la época de Werther, las pasiones impetuosas, las tempestades de la juventud; amó, sufrió, maldijo de la sociedad y de las leyes del mundo que lo separaban de la amada. Pero en lugar de despilfarrar sus fuerzas en luchas estériles y de usar su genio en los combates de todos los días contra el destino, se hizo estoico, impuso silencio a sus deseos, y el hábito que había tomado en buena hora de dominar su sensibilidad le hizo más fácil la victoria de la razón sobre los sentidos o sobre los impulsos desarreglados de la imaginación.

Vivimos en el mundo de la inseguridad. La noche se cierra sobre nosotros. La libertad no está ya segura en ningún lugar de la tierra. Procurémonos un poco de felicidad mientras llega la esclavitud irremediable. No tomemos aires consternados ante nada. El tiempo es un río de amapolas. Dentro de mil años lo que nos parece una inmensa catástrofe colectiva será si mucho un breve episodio que deleitará a los historiadores de la época. Lo que no podrá extinguirse nunca será “el dolorido sentir”. Siempre habrá bajo los árboles lugares secretos y perfumados donde una pareja de amantes podrá gozar la única alegría que nos ha sido concedida en este bajo mundo.

FELICIDAD

EL problema de la felicidad es seguramente la más antigua de las preocupaciones humanas. Este mundo no es sino una ribera fangosa y los hombres atormentados por el deseo, persiguen un quimérico paraíso. Los profetas del pasado lo buscan en los orígenes del mundo o en los días abolidos; los visionarios en el futuro o en sus propias ilusiones Y cuando un hombre pleno como Goethe, encuentra colmada la copa de la felicidad terrestre y quiere detener el tiempo, es porque le ha ganado la partida a Mefistófeles. Pero este juego es siempre peligroso y de la experiencia no queda sino un amargo sabor de ceniza en los labios humedecidos aún por el sabor de los besos.

En un libro magistral sobre "los malos maestros" -que son para el todos los escritores que amamos- afirma Jean Carrier que no existen sino alegrías o desgracias públicas. Nada valen nuestros pequeños dolores ante las lágrimas de los profetas judíos llorando sobre las ruinas de su pueblo sacrificado. Es una concepción magnánima, pero equivocada de la existencia. La vida de las naciones es eterna y la nuestra es una experiencia muy efímera. Se necesita ser un héroe o un santo para llegar a este absoluto renunciamiento de sí mismo, y aun bajo el glorioso sol de Italia, Bonaparte sufría por las infidelidades de Josefina. "¿Cree usted que tendré que elegir entre la gloria y el amor? ¿A cuál de los dos tendré que renunciar?", le preguntó el Aguilucho a la duquesa de Thuerheim, al ritmo de los valses de Viena. "Al amor, naturalmente", le replicó la encantadora coqueta. Casi todos los grandes dictadores modernos han obrado así. Lenin era un puritano; Stalin, un solitario y Hitler casi un asceta. Pero así no obraron nunca los grandes héroes de la leyenda. Alejandro quema su vida como un semidiós sobre los flancos de Olimpia. De Marco Antonio se ha dicho que fue un niño colosal capaz de conquistar un mundo, pero incapaz de renunciar a un placer. Julio César, según Tácito era el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos. Y Bolívar amaba la danza, la música, el vino, las rosas, el efímero aplauso de las multitudes, los laureles memorables, el tibio seno donde la voluntad desfallece. Toda su vida estuvo iluminada por los rayos de la belleza. Su carrera de semidiós es el triunfo del impulso, de la embriaguez, es Ayax poseído "por aquellos furores heroicos que lo arrastran como un huracán". En él triunfan la fuerza que liberta y amor que vence al orgullo. Si es heroico el renunciamiento para servir una misión sobrehumana, hay cierta nobleza en sacrificar un mundo por el turbador hechizo de una mirada. La tragedia de Sansón y Dalila la elevó Goethe al plano de las abstracciones en estos versos del Fausto: "No desdeñes ¡Oh ínclita mujer!, la gloriosa posesión del bien supremo, pues tú tienes la mayor dicha; la fama de la belleza que destella sobre todas las demás. El héroe va precedido por la resonancia de su triunfo y así marcha con la frente altiva; pero el hombre más indómito dobla siempre su voluntad ante la belleza que todo lo subyuga" Pero en la mayoría de las veces no existe la necesidad de renunciar. Para el político, para el artista, para la inteligencia creadora, un grande amor contra el destino es la fuente de perpetuas renovaciones. Así han nacido muchas de las obras imperecederas de la humanidad. Nadie sabe cuánta amargura existe en la raíz de casi todos los triunfos. Guerreros y estadistas han buscado en la acción narcótica para sus angustias íntimas. En el fondo de muchas hazañas heroicas, lo que existe es desesperación interior.

Es Goethe quien ha hablado en una frase célebre del "deber de la felicidad" y es él mismo quien ha dicho: una hora melancólica es una hora perdida. Cuando se acerque la muerte, ¿cómo no remorderá no haberla entregado a la dicha? La loca juventud piensa que pueden despilfarrarse las oportunidades y que la felicidad se encuentra en todas partes. Lo cierto es que la vida del hombre sobre la tierra se compone de unas cuantas horas dichosas y de años enteros colmados de afanes, de zozobras y de tribulaciones.

Chateaubriand pertenecía a la familia de los grandes melancólicos que sienten como Byron una necesidad enfermiza de demostrar su penuria para el placer y que permanecen con la mano en la mejilla en medio de los halagos y de las fiestas. Para muchos el dolor es una nobleza que atestigua el alto rango de las almas elegidas. En cambio, Gabriel D'Annunzio lanzo como un desafío el aforismo helénico de que era necesario "crear con alegría" Y realizó un esfuerzo potente por hacer de su vida una fiesta desde la cuna hasta el sepulcro. Hay que gozar del amor, de las grandezas mundanas, de la luz dorada que canta sobre las colinas y de la innumerable sonrisa del mar. Pero allí está el Eclesiastés que nos dice que todo es vanidad y ceniza. Guillermo Valencia nos recordaba que cuando ascendemos la vernal colina de la juventud, entre un coro de alondras, una voz interior nos grita que "todo es nada" porque nos Sentimos los príncipes de la vida, capaces de someterla a los más altos sueños. Y cuando llega la hora de la tarde sentimos la infinita pequeñez de todo. ¡Nada! ¡Nada!

Lo cierto es que de la propia manera como se han escrito una interpretación económica, una interpretación biográfica y una interpretación estética de historia podría trazarse la sociología de los tiempos a través de los placeres dominantes de cada época. Un pueblo Se conoce en la forma de sus diversiones. El hombre Se mide por la manera como emplea y distribuye sus ocios. "Cuando las represiones de la sociedad y los negocios han desaparecido y cuando los acicates del dinero y la ambición y la fama no actúan, y cuando el espíritu del hombre ambula a su antojo, vemos al hombre interior, el Verdadero ser.

La felicidad es un sentimiento que tiende hacía la permanencia; el placer de lo efímero, la cruel exaltación de cada instante. Este culto apasionado de la vida que fluye es lo que suele llamarse "hedonismo", filosofía muy semejante a la que predicaron Epicuro en el mundo antiguo y Pater en la Inglaterra victoriana. el insigne estilista del siglo XIX, maestro de Oscar Wilde y de André Gide, define así la filosofía del placer: "Si tenemos el sentimiento del esplendor de nuestra experiencia y de su terrible brevedad, concentremos todo nuestro ser en un esfuerzo desesperado de ver y de sentir y tendremos poco tiempo de hacer teorías sobre lo que sentimos y vemos. Es preciso que, sin cesar, con una curiosidad incansable ensayemos nuevas opiniones, busquemos nuevas impresiones y no nos contentemos con tal o cual ortodoxia así sea la de Comte, la de Hegel o la nuestra... Mientras todo huye de nuestros pasos, ¿podemos hacer algo mejor que ligarnos a toda pasión exquisita a todo conocimiento que parece, por un instante, prolongar el horizonte y libertar el espíritu: colores extraños olores curiosos, obras de la mano de los artistas o el rostro de una amiga?". Hay que contemplar el mundo con ojos atentos, no desdeñar ninguna experiencia y buscar siempre en todo lo más trágico. La juventud es despilfarro, exceso, espíritu de aventura. Pausa, osificación es la vejez. Cuando empezamos a sentirnos incómodos en todas partes es porque estamos avanzando ya sobre el límite de la sombra. Los personajes de Gide aborrecen los hogares, las familias, todos los sitios donde el hombre piensa hallar un reposo. Toda novedad los encuentra disponibles. Son almas viajeras y ardientes que brillan con luz esplendorosa de gemas.

Desgraciadamente en el mundo estamos siempre solos y la felicidad no es sino la sombra de un sueño. Lo que nos induce a desear y amar es un poder suave y terrible, más insinuante que la belleza. Hallamos entre mil mujeres una mujer a la que no sabríamos abandonar después de poseerla y a la que deseamos con ansia creciente más y más. El perfume de su carne, la "sutil esencia de la voz" infiltran en nosotros la enfermedad del amor. Aun cerca de ella seguimos viviendo de su recuerdo. Y es más real cuando la soñamos bajo un bosque de palmas o en la soledad de la llanura infinita que cuando está en nuestros brazos. Es encantadora por su belleza indecisa y frágil y por su inocencia apasionada. Pero ella que produce toda la felicidad es interiormente desgraciada y es preciso amarla como a un mármol o como a una figura legendaria. El objetivo de nuestra incesante ternura es más esencial que todas las particularidades su carácter y lo que amamos en ella, como escribe Proust, son tal vez los dibujillos de la epidermis, cuyas variadas combinaciones forman la florida originalidad de la carne. Nuestra intuitiva radiación la atraviesa y las imágenes que nos trae no son imágenes de un rostro determinado sino que representan la triste y dolorosa universalidad del esqueleto.

Pero el más apasionante de los temas que plantea el problema de la felicidad es el aspecto moral que debió inquietar al primer hombre en

la doliente puerta del paraíso. Con cierta pausa queremos abordar el negocio a través de una novela y del libro más amargo que presenta la literatura universal. En los estudios Literarios de André Maurois hay una carta de Proust donde habla sobre las novelas inglesas y especialmente de una que le hizo llorar: Un molino a las orillas de Floss. Jorge Elliot pertenece a la gran familia de escritoras inglesas, sin paralelo y sin antecedentes en ninguna otra literatura: Emilie Bronte, Mary Webb, Virginia Wolff. Este solo hecho explicaría el entusiasmo de Proust, pero es que en la novela de Elliot están ya trazados los caminos que siguió el gran clínico de las pasiones humanas para llegar a su gran secreto literario: la formación de la conciencia. Con la misma lentitud con que crece un árbol se va desarrollando la personalidad adorable de Maggie Tulliver, hecha de dulzura, de espíritu de sacrificio, de noble abnegación. Igualmente "proustiana" la Calma infinita de ciertas escenas que se hacen, a veces, casi interminables. Es difícil pasar una página sin encontrar un gran hallazgo literario. ¿Cuáles fueron las páginas que hicieron llorar a Proust? Indudablemente las últimas. Pero hay muchas donde las lágrimas quisieran efectivamente brotar. Lo que nos angustia en esta obra es la injusticia del destino con un alma bella y pura, que supo renunciar a todo, inclusive a un amor compartido, sacrificándose por personas que a su turno no fueron felices. Es el eterno problema planteado por el libro de Job, que no es sino el primer diálogo entre Dios y su criatura, diálogo desgarrador que llega hasta los abismos de la blasfemia. ¿Por qué los malvados son felices, prosperan sus riquezas, su familia, sus amores y tienen, a veces, la muerte del justo? ¿Por qué el varón de Idumea se sumerge en la noche de la desolación, el día le es hostil y lo rechazan las sombras? ignominia, deshonra, sufrimientos eternos, dolores calcinadores. Si el mundo es de los malvados ¿por qué abunda la bondad humana? ¿Qué mérito tienen la virtud y el sacrificio? El castigo y el salario, el temor y el deseo de una recompensa, no pueden construir méritos suficientes ante Dios. ¿Qué importa el premio cuando la obra es tan bella que encierra en si misma las promesas de lo infinito? Renán, que se ha planteado el tema, desde el punto de vista de la razón humana, declara en su comentario al libro de Job: “Una palabra que ni Job ni sus amigos pronuncian ha adquirido un sentido y un valor sublime: el deber, con sus incalculables consecuencias filosóficas, imponiéndose a todos, resuelve todas las dudas, concilia las oposiciones y sirve de base para reedificar lo que la razón destruye o ,deja perecer. Gracias a esta revelación sin equivoco ni oscuridad, afirmamos que aquel que haya escogido el bien es el verdadero sabio, que sus obras vivirán en el triunfo definitivo de la justicia, resumen de la obra divina que Se cumple en la humanidad. La humanidad crea lo divino como la araña teje su tela: la marcha del mundo está envuelta en tinieblas, pero marchamos hacia Dios. Mientras que el hombre perverso, tonto o frívolo morirá todo entero, en el sentido de que no dejará nada en el resultado general del trabajo de la especie, el hombre consagrado a las cosas buenas y bellas participará de la inmortalidad de lo que ha amado. ¿Quién vive hoy tanto como el divino Galileo que hace diez y ocho siglos arrojó en el mundo el gladio que nos divide y la palabra que nos une?. Las obras del hombre de genio y del hombre de bien escapan por si solas a la caducidad universal; porque solo ellas cuentan en la suma de las cosas adquiridas y sus frutos van creciendo aunque la ingrata humanidad los olvide. Nada se pierde: lo bueno que ha hecho el más desconocido de los hombres virtuosos cuenta más en la balanza eterna que los triunfos más insolentes del error y del mal" Todo esto puede ser hasta bello; pero es simple y falso. Esta absurda concepción kantiana de la virtud no conduce sino a la pérdida de todo sentido moral. Si no existiera Dios y un paraíso prometido, donde deben arreglarse bien las miserables injusticias de la vida, perderían el tiempo todos los que se sacrifican por la virtud. Aunque su concepción de Dios parece un poco mezquina, en el fondo tiene razón el desesperado patriarca de Idumea: "Sí, yo sé que mi vengador existe y que aparecerá al fin sobre la tierra. Cuando esta piel haya caído en pedazos, privada de mi carne, yo veré a Dios”.

Esta es la verdad indeformable. La única inflexible regla moral es la que se han trazado todas las religiones, porque en este mundo triunfan casi siempre los perversos, desde el delincuente hasta el héroe. Estudiando la vida del burlador de Sevllla, concluye así Ramiro de Maeztu: “Sí no hay en el universo, y detrás de él, una Armonía de poder, de saber y de amor donde el poder se mantiene sin menguas, porque sabe hacerlo, y porque todos sus elementos se unen en el amor; si el poder de Don Juan no es un préstamo del que deba dar cuenta, y sólo un capricho de la naturaleza ciega, nadie tendrá derecho a censurar a su amo porque lo malgaste como quiera. Es deber elemental conservar la energía; deber superior emplearla para fortalecer entre los hombres el saber y el amor. Pero sí los deberes no tienen fundamento; si no existe Acreedor con derecho a

exigirnos el pago de las deudas; si no hay deudas y la felicidad es la suprema ley, derramemos la energía a capricho porque esto es el placer y proclamemos de nuevo y finalmente que Don Juan tiene razón" Ninguna sociedad ha encontrado hasta ahora una norma que permita el ejercicio ilimitado del egoísmo individual. Todos los pueblos que han transigido con el deber, han marchado hacia su disolución. ¡Pero es grato pasearse bajo las palmeras! El hombre no debe ser materia prima sino de sí mismo. La colectividad no tiene derecho a ningún reclamo. Sólo Dios puede disponer a su antojo de nosotros.

La verdadera maravilla del universo es que la escala de los placeres es muy distinta para cada hombre, y lo que apasiona a unos, para otros llega a ser un veneno. Hay férvidos idealistas que desprecian la realidad y que aman tan sólo el torso esquivo de los sueños. Otros no tienen alma y sólo la carne los apasiona; son los discípulos de Don Juan. El hombre consciente de sí mismo no comprende el corazón sin los sentidos, ni los sentidos sin el corazón, y se come todo el fruto. Pero la riqueza interior es lo único que subsiste. y allí está la fuente del placer. El cielo lo definía así un voluptuoso con ingenio: Ella y yo en el infierno. En Paris, cuando París existía, eran incontables los suicidas que se arrojaban al Sena, desencantados de los placeres después de haber roto la última copa en el festín trimalciónico. En las soledades de África, San Agustín hacía brotar la ciudad de Dios. Cada nuevo conocimiento nos da una nueva capacidad de goce. No es lo mismo contemplar el maravilloso espectáculo del universo, desde la llanura de la ignorancia que desde la cima de la sabiduría. Mientras más alto asciende el espíritu son más vastos los horizontes.

La triste ley de la naturaleza es que no se goza sino lo que se destruye. Por esto el verdadero sabio se mantiene suspenso entre la realidad y el deseo. Así lo comprendió mejor que nadie Julieta Recamier, de quien dice Sainte-Beuve que era verdaderamente hechicera en eso de convertir el amor en amistad, dejando a ésta toda la flor, todo el perfume del primer sentimiento. Hubiera querido detenerlo todo en abril. Su corazón se había quedado allí, en ese principio de la primavera en que el vergel está cubierto de blancas flores y no tiene todavía hojas. Se la ha llamado la princesa de las mil y una mañanas, y por eso su destino fue el más bello y el mejor. Es cierto que desesperó al desgraciado Benjamín Constant; pero, en cambio, hizo la felicidad de Chateaubriand que no era un político sino un artista, artista hasta cuando hacía política. Él supo someterse a sus deseos y a sus caprichos y la conquistó sin dominarla. Ni en el foro ni en el parlamento, ni en el consejo de ministros dejaba de servirla y abandonaba los negocios de Europa para escribirle cartas de amor. Sólo ella tenía un valor absoluto, porque bien sabía él que las quimeras de una existencia activa están tan demostradas como las quimeras de una existencia estéril. Uno se desprende fácilmente de las realidades, pero los recuerdos nos acompañan a todas partes. La felicidad no se conquista sino una vez en la vida, y cuando se ha logrado conseguirla hay que aferrarse a ella desesperadamente como el náufrago al último mástil del navío. Todas las obras maestras quedan inconclusas, porque su encanto nace de los sueños que suscitan. Que los frutos mordidos se convierten en ceniza lo sabían ya en los Jardines del Edén.

LANGUIDEZ

Nada más difícil que escribir ciertas confesiones de manera que las entiendan los demás, sin llegar nunca a conocernos. Todo escrito apasionado parece una confidencia. Sin embargo, el artista puede permanecer impasible. ¿Esta no fue la magia de Talma y de Sara Bernard? Si escribiéramos sobre el domingo, cualquiera diría que estábamos desesperados. ¿Pero es que no hay una imagen más exacta del infierno?

La vida no tiene sentido sino cuando se vive con intensidad, en una forma bella, aventurera y temeraria. Mientras mayores sean las preocupaciones hay menos espacio para el aburrimiento. Si Hitler no

hiciera la guerra ¿en qué ocuparía los siete días de la semana? Muchas estatuas no son sino los burladeros del tedio.

Si el fin de la humanidad es favorecer el florecimiento de algunas individualidades superiores o realizar obras inmortales, no hay que temer ninguna de las épocas turbulentas de opresión o de locura colectiva. El sosiego conduce al estancamiento y a la muerte. “El ocio avillana”. Las artes no son como se ha pensado generalmente, las amigas de la Paz. El concepto estrecho y vulgar de la vida debilita las facultades creadoras ¿En qué condiciones se realizó el milagro griego? Difícilmente puede darse una época de pasiones más salvajes y turbulentas. El concepto de seguridad personal no existía. La guerra del Peloponeso, descrita por Tucídides, avergonzaría a las tribus silvestres del África ecuatorial. Y sin embargo, en aquellos tiempos la multitud se agolpaba cerca a los pórticos a contemplar los frisos cincelados por Fidias; asistía a las representaciones teatrales de Sofocles; escuchaba a Demóstenes en la tribuna de las arengas; Sócrates y Platón enseñaban a sus discípulos en el idioma de las cítaras, y Pericles pronunciaba su panegírico en honra de los muertos de Maratón, con propio labio inspirado de las Sibilas. La literatura romana tuvo su pleno florecimiento en tiempo de las guerras civiles. El siglo XVI ha quedado en la historia como un momento imperecedero del espíritu humano. Es el siglo de Rafael y de Miguel Ángel, de Montaigne y de Erasmo, de Galileo y de Copérnico, de Cardán y de Ariosto. De allí arranca el mundo moderno, en su potente germinación. La sabiduría clásica ilumina de nuevo la serena conciencia del hombre. La geografía y la astronomía, las ciencias físicas y naturales, poderosamente impulsadas por los nuevos descubrimientos, arrojan las naves de Magallanes, de Vasco de Gama y de Colón a completar la redondez dela tierra. La arquitectura, la pintura y la estatuaria levantan en todas partes templos a la belleza. El Renacimiento vierte su clara luz sobre el espíritu humano. Y éste fue un siglo de barbarie, sacudido por pasiones violentas, por luchas religiosas, por luchas políticas, dominado por bandoleros conspicuos. Encerrado entre los gélidos muros de una biblioteca, Dante no hubiese escrito aquel sublime panfleto que se llama La Divina Comedia, donde resuena también inefable la música de la más sublime ternura. La tranquilidad es lo único que amenaza seriamente la actividad creadora del hombre. Las dos últimas carnicerías mundiales han hecho más por el progreso de la ciencia que los diez siglos anteriores. El progreso de la humanidad está marcado por un camino de lágrimas y sangre. Es el triste destino de nuestra especie.

Lo propio sucede en nuestra vida individual. Mientras más difícil, apasionada y violenta es nuestra existencia, son más altas las posibilidades creadoras. Esto nos obliga a vivir atentos sobre nosotros mismos, sin capitular ante los obstáculos ni medir el peligro. “Arder siempre con pura llama de gema, mantener el éxtasis, es el triunfo de la vida”. Toda fecundidad es hija del vértigo amoroso. La vida necesita una justificación, y sólo florece plenamente en el ardor, en la voluptuosidad, en el paroxismo, en el delirio dionisíaco que turba, fecunda y mata. Nada debe detenernos en el conocimiento de la verdad. La despreocupación es la forma más alta de la existencia. Como pensaba Nietzsche el hombre verdaderamente superior encuentra en sí mismo su certidumbre. La obra de gran estilo es despreocupada y ligera como una danza, se realiza sin esfuerzos y sin mue-
cas. Es generosa, irradiante; su indiferencia soberana no es producto de la insensibilidad sino de la potencia que se crea su propia ley. Cuando no hay grandes hazañas para realizar, cuando el amor está ausente o nos abandona, el sufrimiento se apodera de nosotros y somos víctimas de la tribulación.

Hay épocas en que no nos visita el dolor, sino el tedio. La vida va tomando un gris color de ceniza. Las mismas horas enemigas deslizándose sobre el mismo itinerario sombrío; la mañana es un cáliz de lágrimas y la noche es hostil como una tumba. Los cerros que clausuran el paisaje pesan físicamente sobre el corazón y el mundo está vacío. Nuestras efímeras alegrías se ven empujadas hacia la muerte por violentas ráfagas huracanadas. Los más diversos senderos conducen a iguales desagrados. “¡Qué lejos te encuentras, perfumado paraíso!”. Han pasado ya los días de lucha, los meses de tribulación, los años de tempestad. Nada amenaza la mediocre serenidad de nuestra vida. Cumplimos todas las leyes del Estado y los reglamentos sociales; el medio los amigos, las circunstancias nos van convirtiendo en animales domésticos. Nos ocupamos de la política, de los problemas nacionales, devoramos bibliotecas, tenemos codificadas todas las horas del día. Ninguna nube cruza sobre el claro horizonte. Marchamos como autómatas por las calles

colmadas, comprendiendo la infinita vanidad de todo. Es posible que la vida nos entregue lo que le hemos pedido; pero, en cambio, nos niega el sagrado objeto de nuestros anhelos. ¡En vano! La murmurante brisa sólo nos trae ecos de lejanas alegrías.

El conocimiento de los límites humanos nos empuja a conformarnos, a renunciar a la felicidad, a someternos a la tragedia cotidiana. El audaz sobresalto de la montaña, azotada por rachas rachas huracanadas, se trueca en la vana resignación de la llanura. La paz es la mentira y el engaño. El que descansa se despide. Es la hora del crepúsculo y de la mortal laxitud. Empiezan a extinguirse todas nuestras energías creadoras; nos incorporamos al rebaño. Es cierto que el dolor huye de nosotros, pero ya no volveremos a conocer el paroxismo dionisíaco, la fuerza que liberta la sublime embriaguez de las alturas.

Pero hay almas desventuradas que no se someten a la desgracia, que no inclinan su cabeza delante del destino y que no pactan con él, que desean la muerte con ardor y con sinceridad. “Yo no envidio, exclama Leopardi, ni a los locos ni a los sabios, ni a los grandes ni a los pequeños, ni a los débiles ni a los poderosos; envidio a los muertos y sólo con ellos cambiaria". Este es el acento de los grandes melancólicos. Ellos rechazan todo consuelo y todo engaño pueril, y tienen el valor de soportar la privación de toda esperanza, de mirar intrépidamente el desierto de la vida, de no disimular ninguna parte de la humana infelicidad y de aceptar todas las consecuencias de una filosofía dolorosa, pero verdadera. La melancolía, cuando es fingida, tiene un aire distinguido, y seduce especialmente a las mujeres. Esto es lo que se llama la desgracia byroniana, el cansancio de haber atravesado el Helesponto y de haber amado en todos los puertos. El Conde de Keyserling encontró que en Suramérica existe el encanto de la tristeza, lo que el cristianismo primitivo llamaba el gemir de la criatura. Sólo que esta melancolía es una hechicera dulzura, que tiene su expresión exacta en aquella “miel de pesares” de las canciones gauchas. Pero cuando la melancolía es sincera, honda, filosófica, pone en fuga al género humano. Nadie quisiera tener como compañero de una fiesta a Timón de Atenas. 'Un espíritu amargado destruye la alegría de vivir y lleva la turbación a los demás.

Existe también la saciedad de los placeres humanos. Cuando se han agotado todas las voluptuosidades y todos los triunfos, cuando se han leído todos los libros, cuando ya no queda ninguna experiencia humana por realizar, surge en nuestros labios la frase desolada del poeta latino, más amarga que todas las aguas del océano:

"¡Oh quién pudiera darnos otros nuevos sentidos"!

Sólo un espíritu sensualmente reflexivo como el de Richelieu, siempre ávido de nuevas emociones, puede exclamar en la hora de la saciedad irremediable: “Señor ¿es cierto que después de esta vida de placer nos darás otros goces desusados en donde estos sentidos corpóreos no tendrán parte?”. Quien se presenta así ante el tribunal de Dios difícilmente puede alcanzar su infinita misericordia. Si Dante volviera a escribir su Divina Comedia, inventaría para él .un nuevo círculo del infierno. Richelieu pensaba que después de la muerte podría continuar la ruidosa farsa.

Lo único que perdura es el amor espiritual, que no reniega de la carne, pero que no se agota tampoco en delirios voluptuosos. Como lo expresó D'Annunzio, no hay tristeza comparable a “la inerte desnudez cuando no la circunda el velo del amor". Aquí se conjugan para atormentarnos el tedio y la melancolía. El amor, cuando no hacemos de él un valor absoluto, es una fuente inagotable de felicidad. No es lo mismo contemplar en la soledad una puesta de sol, una clara mañana de julio o el mar de innumerable sonrisa, que gozar el maravilloso espectáculo compañía de la persona amada. La lámpara del deseo ilumina mágicamente el universo. Hay criaturas sobrenaturales que despiertan con su sola presencia todas las; energías de la sangre y del espíritu. Basta la contemplación de un rostro hermoso para que el mundo se convierta en luz, música y trino. Los lugares por donde ha transitado la criatura elegida el basto salón de baile, las pistas de los hipódromos, el abierto corredor o el prado que sombrean el naranjo y las camias son para nosotros santuarios de una divinidad fabulosa, que deberían recorrerse con los pies descalzos. Nos provocaría abrazar estos sitios o besar las piedras del camino. En cambio, en los paisajes donde ella no ha estado empiezan cerrada noche del polo, las regiones hiperbóreas. Y en la hora de la ausencia la ciudad más tumultuosa queda como “viuda despejada” y sólo provoca, en medio de tanta desolación, repetir las palabras iniciales de Jeremías que citó Dante en *La Vita Nova:*

Quomodo sedet sola civitas: “¡Qué desierta se halla la ciudad un día populosa! Está como viuda la señora de las gentes”.

Pero ellas también sufren y su soledad es, a veces, mayor. El trabajo, los negocios, los placeres, los días, distraen, sin quererlo, la atención más apasionada. A la mujer no le quedan sino la reclusión y el odioso contacto con la fea vulgaridad de una vida que no ama. Los años se consumen en tejer y destejer la tela de la desolación. Y es curioso que ya no ame siquiera los bellos trajes que constituían todo su deleite y su orgullo cuando tenía a quién lucirlos. Ahora lo mismo da las más exigentes creaciones de moda que los modestos vestidos caseros.

Un poco de amargura y de necesidades no colmadas son muy útiles en la vida. Si los reyes no tienen deseos deben ser muy desgraciados. Alain nos recuerda que en otros tiempos tomaban la forma de peregrinos, vestían harapos e iban a tocar en las puertas. Sin duda encontraban un poco de felicidad gustando el hambre, la sed y las pasiones del amor. Solamente que pensando un poco en su poder, sentían que todo aquello no era sino un juego y que podrían matar sus deseos si lo quisieran, suprimiendo el tiempo y la distancia.

La felicidad supone alguna inquietud, alguna pasión, el aguijón del dolor que nos despierta a nosotros mismos. Sólo lo difícil nos agrada. ¿Quién quisiera una corona olímpica si la ganara sin pena? Los hijos de las familias privilegiadas, que encontraron servida la mesa en el banquete de la vida, caen en la extravagancia o en el tedio. Alguna vez nos decía una amiga: “No hay que perder el tiempo en amores difíciles”, como si el único objeto del deseo no fuera lo inaccesible. Por eso el amor pierde mucho de su encanto en las grandes ciudades tentaculares donde ha desaparecido el pudor.

Cuando se conquista la felicidad, todas las hojas del almanaque deberían teñirse de rojo, como si anunciaran una fiesta. Sentados a los pies de una mujer que nos ha parecido imposible “provocaría partir cáñamo hoy, mañana, pasado mañana, la vida entera".

El mayor peligro, para toda naturaleza productiva. es una existencia sin obstáculos. Cuando las circunstancias no los ponen en nuestro camino debemos inventarios. Entre dos soluciones para un problema hay que escoger siempre la más complicada. Hay que evitar la voz de la sirena que nos llama desde la costa sonrosada. Sólo en el peligro se afirman las naturalezas superiores.

Felizmente la vida no les niega nunca su corona a los que luchan y esperan. Dios no nos abandona nunca. Cuando todos los horizontes se cierran sobre nosotros viene a visitarnos el Hada Madrina, la mujer a quien habíamos buscado por todos los caminos del mundo. En su frente brilla la estrella de la mañana y trae en sus manos todos los dones de la vida. Inesperadamente pasa a nuestro lado, pero, ya no le será posible dejamos, y vuelve como sonámbula a la hora anunciada sin que ninguna fuerza humana sea capaz de detenerla. Es el Ángel Guardián nuestra vocación, lo sobreconsciente. Entonces lo que fue germinación azarosa llega al alumbramiento. La soledad está vencida. “¿Cuántos meses se cumplen ahora desde que te sabes dos?”.

Pero este renacer de la esperanza necesita una inagotable paciencia. Hay que pasar días, semanas, meses enteros llamando a la puerta invisible. La llama de la felicidad se va alimentando de nuestra propia vida y así nace la adorable imagen que interpreta nuestros sueños. Nada importa ya la tribulación. A cualquier precio debemos librarnos del tedio y de la melancolía. Querer amar es también estar presto a morir. La evocación del rostro de los días en fuga, el retorno de los pensamientos sobre los caminos del pasado donde ya se borraron nuestras huellas, es una de las rutas de acceso de la más insidiosa melancolía. El pasado es un dulce y peligroso fantasma. Todos los sentimientos deben permanecer en el presente. No debemos dejar ningún sitio a los elementos inasimilables, a las sustancias muertas, que contribuyen a los cambios nutritivos.

Hay que desconfiar de la luna y de sus dulces claridades, que pueden darle a la vida un aspecto de cementerio. Goethe, escribió uno de sus biógrafos, amaba el sol, y se proclamaba su adorador. Siempre procuró buscarlo en el pleno apogeo de su fuerza, cuando se desencadenan sus ardores. Como nadie gustaba el silencio sensual de la tierra a la hora en que se clausuran las sombras, la misteriosa inmovilidad del mediodía. La luz y su hermana la acción. Por esto, cuando las brumas descienden sobre nosotros, cuando nos

atormenta un gran dolor, debemos acogernos a la orilla del mar. Es la hora de despedir la oscura cohorte de los libros Para mezclarnos con las algas que saltan delirantes sobre la Playa.

¡Qué puro afán consume los relámpagos,
tantos diamantes de invisible espuma
y qué paz nos parece concebir!
¡Cuando sobre el abismo un sol reposa,
puro trabajo de una eterna causa,
el Tiempo es luz y el Sueño es saber!

Cuando se contempla el cambiante horizonte de zafiro, la inagotable fecundidad de las aguas eternas, se enciende una llama de alegría en el corazón. Las voluptuosas aguas tienen el turbador encanto de la mujer amada, el tibio hechizo de su sangre y la segura plenitud de sus brazos redondos. Ella está sobre el malecón, en su radiante desnudez:

Rubio mar amoroso cuya presencia es cántico…

Una ley fija y eterna rige todos los movimientos marinos, sus mágicas transformaciones, su serenidad y su calma. Las ligeras plantas acuáticas flotan sobre las olas más tormentosas y doman "su resoplante testa". La vida tiene un origen marino y el suero vital su composición salina. Las montañas son el paisaje del alma, el clima de los altos pensamientos. El mar está hecho para los sentidos. El vaivén de las olas es la cuna de los renacimientos supremos. La vida interior se vuelca sobre el mundo en la calma de las alegres siestas. Estas azules venas de la tierra están hechas también de un material traslúcido. ¡Imagen y espejo! El fuego del día aparta las graves Ideas y oscuros presentimientos. Aquí navegamos en un océano de delicias. Este es el reino de las formas puras. En estas orillas, sobre una concha nacarada entre el diamante de las espumas, nació la belleza eterna, que nos abraza en dolor y en esperanza. Una felicidad inagotable viene en el soplo refrescante. "los días transcurren entre un ocio divino, sin esfuerzo ni lucha, consagrados eternamente al sol y a sus fiestas". Todo es posible aquí menos las tempestades del tedio. La sinfonía del amor resuena en el potente órgano de las aguas. El viento canta sus epitalamios; corre por nuestras venas una savia conquistadora y los sueños de la juventud vuelan como los alciones en la playa.

Aprendamos la gran lección de la naturaleza, su calma en las tormentas, su infinita paciencia. Sólo ella es segura y es grande. Las rocas permanecen inquebrantables. Cuando la semilla se rompe brotan los altivos tallos, y las cosechas maduran en vastos periodos inagotables. Los ríos se precipitan y se desbordan, pero encuentran su reposo en la tranquilidad de los remansos y conducen arroyos fraternos hasta el inmenso océano de Neptuno. Hay que vivir en contacto con las cosas elementales, en la seguridad de que la naturaleza bienhechora nos ofrecerá lugares apacibles donde serenar nuestras pasiones, rincones secretos para ocultar nuestros sufrimientos, y la consoladora orilla del mar, que es una alegría eterna.

ÚLTIMA PÁGINA

Esta no es una obra que deba ser terminada. Es la voz del caminante que va por el inacabable sendero buscándose a sí mismo. Sus sueños, sus meditaciones, sus experiencias le acompañan cuando todos le han abandonado. Si un bello recuerdo le esclarece el camino, está colmado de añoranza y desolación. Una menuda lluvia cae sobre los árboles sin nidos, sobre la resignada llanura, donde murieron tantas esperanzas. Sus cantos se quedan sin respuesta, y el eco repercute en su corazón como en una tumba.

Nuestro propósito ha sido buscar una visión más serena del mundo. Toda Vida es en el fondo trágica; es una transformación incesante, una interminable agonía, donde las auroras son el preludio de sombras todavía mayores. Hay que buscar luces en la noche si no queremos extraviarnos en las tinieblas. ¿Cuál es el objeto de la existencia?

El espíritu cósmico, se ha dicho, es el que contempla las cosas desde el punto de vista del universo, y no desde el punto de vista de sí mismas. Los panteístas piensan que están creando a Dios y los místicos buscan a Dios. Nacen así el satánico orgullo, la sed de dominación, la voluntad de dominio, o el renunciamiento a todas las lágrimas. El hombre Se convierte en el obrero de un plan infinito, en el operario de la Viña del Señor. Pero como no es posible destruir nuestra personalidad pura -sus inquietudes, sus ilusiones, sus tormentos- hay que buscar los halagos los placeres, la serenidad interior si aspiramos a servir, sin desfallecimientos los planes que nos han trazado la naturaleza y la providencia.

Aquí sólo nos ocupamos de la vida espiritual, de los negocios del alma. Los que persiguen únicamente bienes materiales sólo puede ser objeto de investigaciones biológicas, pertenecen al reino de los elementos. El dinero sirve para muchas cosas que proporcionan alegría: los viajes, las fiestas, el lujo, la comodidad. Pero solo el espíritu puede decirle a la materia: levantate y anda. Hay millonarios que se mueren de aburrimiento en el fondo de sus palacios refrescados por sus suaves brisas, por mágicos surtidores y amenísimos bosques. Existen amas elegidas que agonizan de tribulación en medio de las prodigalidades materiales. Entonces debemos concluir que el dinero no sirve para comprar ninguna de las cosas que necesita el alma".

Hay espíritus superiores que encuentran un refugio en la filosofía, en la ciencia, en la creación artística. En tal forma les apasionan sus investigaciones que se olvidan de los sentidos y aún de las urgencias de la vida. De éstos fue nuestro sabio Cuervo que no tuvo más compañeras que las veinticuatro letras del alfabeto. Otros se hunden en vastos sistemas filosóficos y se consuelan con el esquivo flanco de las ideas abstractas como si fueran cuerpos de mujer. De ellos fue Federico Nietzsche el único que ha encontrado la séptima soledad. Un día que marchaba a través de los bosques de Silis María, en dirección a Silvapiana, se sentó al pie de una inmensa roca en forma de pirámide y allí tuvo la revelación del Eterno Retorno. Nos movemos en un eterno círculo infinito, todo se repite incesantemente. La emoción del descubrimiento fue tan intensa que lloró de alegría "Y cantaba y decía disparates, le confiesa a Peter Cast, poseído por una nueva idea que debía proponer a los hombres". Las vidas de Kant y Descartes no tuvieron episodios humanos apasionados; emplearon su heroísmo y sus energías vitales en buscar nuevos remos para las ideas puras. Esta es una forma de santidad intelectual, el renunciamiento de los místicos.

Hay políticos, artistas y letrados que se sosiegan en la acción, en el estudio, en prolongadas investigaciones. Algunos han confesado que una hora de lectura o de música les ha hecho olvidar las penas más desgarradoras. Otros encuentran en el polvo de los archivos las tosas de la voluptuosidad. Los menos desdichados son los que se acostumbran a vivir en contacto con la naturaleza, los que tienen el conocimiento y el amor de las montañas, de los bosques y de los ríos, los que buscan horizontes firmes y serenos para calmar las tormentas interiores. Siempre es grato contemplar el variado espectáculo del mundo, las colinas veladas por la lluvia, los bosques apacibles, los ríos de serpentina curva o una puesta de sol sobre el espejo de los mares. A otros les bastan las mil figuras Caprichosas que dibujan las nubes sobre los cielos de verano. El contacto de la naturaleza es siempre útil para las almas que sufren. Pero el

universo no existe sino cuando lo iluminan unos ojos de mujer. En la soledad un árbol no es sino un tronco de madera, coronado de verdura, y el agua de la acequia un torrente de lágrimas El que cantó las vastas soledades del nuevo mundo no cantó a la naturaleza, sino a los ojos de Atala d la sonrisa de Lucinda. El campo, sin la presencia de la amada es el paraíso de los rumiantes. El hombre completo, el verdadero humanista, es el que ama todo: la acción, las ideas, los más variados conocimientos la tierra genitora y el tibio flanco donde languidece la voluntad. Para él la amistad es también un refugio, como lo expresó aquel hombre, espejo del universo:

Feliz quien libre del odio sabe
huir del mundo, ver la amistad
entre sus brazos, y junto a ella
vivir tus sueños, felicidad!

Y lo que olvida o entrega el hombre
al laberinto del corazón,
sólo camina bajo la noche
entre selénico resplandor.

Aquí nos hemos ocupado principalmente de los que han hecho de su vida una gran aventura en el reino tenebroso de la sensibilidad. O de aquellas mujeres que tienen hambre y sed de ternura más que de pan y de agua, de las que desean, entre un ambiente color de ceniza, una felicidad absoluta y sin límites, de las grandes amorosas que aspiran a ascender hasta la cumbre del éxtasis. ¡Pobres almas estremecidas por la pasión!

Desde luego tratamos de inventar un sanatorio para Werther, pero cada día aumenta la angustia del desdichado. Si le proponemos una medicina la acepta, pero al día siguiente se multiplican sus desfallecimientos. No entraba en nuestros cálculos una ausencia tan prolongada de Weimar, un temperamento tan apasionado, una soledad tan absoluta, una fidelidad tan sobrehumana. Pero lo que no le ha servido a él puede aprovecharles a los demás. Toda alma verdaderamente apasionada debe amar como Werther, de una manera irreflexiva y delirante. A los días desolados siguen las horribles noches de insomnio, esperando una palabra, una sonrisa, una breve entrevista. Y ante la amargura de los días en fuga el' ansioso, el anhelante, siente que se hunden los horizontes de un piélago de sombras. Una censura, una pausa es un dolor infinito. La amada no volverá ya más. Se ha perdido para siempre. Puede que la culpa no sea suya, pero esto no es un consuelo. El amor es una prodigiosa enfermedad que florece tan sólo en nuestro ser, constituyendo toda nuestra alegría y nuestra pena. ¡Nunca, nunca tendremos paz completa y absoluta seguridad! No hemos perseguido sino ese amor y ese amor vacila y duda. En el fondo de nuestro ser existen no sabemos que aguas muertas y letales. Despues del día atroz nos acogemos a la amarga noche para esperar la inútil mañana. Los amigos no pueden hacer nada por nosotros; el amor nos ha alejado de la sociedad; en las fiestas permanecemos silenciosos y abstraídos.

Pero el espíritu tiene sus leyes como el cuerpo y es posible guiarlo y dirigirlo. Con una consciente disciplina se recobra lentamente el equilibrio y debemos buscarlo principalmente para las personas que amamos. Ella necesita más que nosotros serenidad y alegría. Cuando la vida del hombre se retrae de las distracciones, encuentra su unidad en su propia alma; entonces la conciencia del infinito llega a ser a la vez directa y natural, como la luz para la llama. Cuando el amor nos visita en bondad y en belleza -tal vez es Tagore quien lo recuerda-, todos los conflictos y contrapuntos quedan solucionados; el ámbito entre lo infinito y lo finito se desborda; lo amorfo aparece ante nuestros ojos en la forma de la flor y del fruto; lo ilimitado nos levanta en sus brazos como un padre y camina a nuestro lado como un amigo. Una racha de inefable misterio pasa sobre nuestra vida trivial y hogareña, como una adorable música. Para el que encuentra su centro en el alma, mediante el poder de una disciplina interior, todas las impresiones aisladas se, traducen en sabiduría y todos los impulsos, momentáneos del corazón encuentran su terminación y colmo en el amor, y todos sus pensamientos y obras se unen en una interna melodía. Por estos caminos espirituales se llega al sentido mágico del amor, que es el pleno dominio de las facultades afectivas.

Pero esto no es posible siempre porque hay mujeres que llevan a los hombres mejor equilibrados hasta la desesperación, sin proponérselo tal vez. No nos referimos, desde luego, a las coquetas que no son dignas de ser amadas. Hay mujeres que se han prohibido por su

propia cuenta, el derecho a la felicidad, y que la consideran como un sacrilegio. De éstas era Azucena del Valle, la angelical criatura de la novela de Balzac. Varias veces hemos tenido la intención de escribirle una carta al novelista francés, rectificándole esta obra tan finamente trabajada. El carácter de Enriqueta, desde luego, está muy bien: en el mundo existen estos seres abnegados que se consumen haciendo la felicidad de los demás. Su inocencia es la de los paños eucarísticos y su presencia es consoladora como la sombra del santuario. “Allí está ella, severa y tranquila, sobre la pira del martirio y la santidad”. Una palabra demasiado viva quebranta su ser; necesita un sosegado amor velado por las lágrimas, un raudal inagotable de ternura. Y es humana también cuando exclama en la hora de la despedida eterna: “Quiero vivir de realidades y no de mentiras. Todo ha sido mentira en mi vida. ¿ES posible que muera yo que no he ido a buscar a nadie a una landa?”. En cambio, el renunciamiento no está hecho para Félix de Valdemossa. Veinte años es la edad del deseo y ésta es la gran equivocación de Balzac. Se necesita toda la sabiduría de la madurez para alcanzar esta victoria sobre sí mismo, para doblar la rodilla con veneración ante lo “eternal desconocido”. Las mujeres como Enriqueta paralizan el curso de los días y nos inmovilizan en el recuerdo. Ellas crean en torno nuestro una atroz soledad. Y a su turno ellas labran propia desgracia. Parece, anota Balzac, que nadie muere de pena, ni de desesperación, ni de amor ni de miserias ocultas, ni de esperanzas cultivadas sin fruto, incesantemente replanteadas y desarraigadas. La medicina moderna tiene palabras ingeniosas para expresarlo todo; la gastritis, la peritonitis, las mil enfermedades de la mujer cuyos nombres se dicen al oído, sirven de pasaporte a los ataúdes escoltados de mentirosas lágrimas. Y hay algo aun peor que la muerte: una vida de fea realidad, sin alegrías, sin ilusiones y sin esperanzas.

Las mujeres prefieren a los amantes desesperados, a los que llegan hasta las orillas de la muerte,porque tienen sed de ternuras y de mimos. Para ellas la serenidad es olvido y sequedad del corazón. Y sin embargo, en la resignación apasionada hay más angustia verdadera que en los llantos superficiales. Endurecer en el dolor es madurar el sufrimiento. No es por un Capricho de la naturaleza que sobre el fuego interior los volcanes suelen coronarse de nieve. Aún en sus titánicas lamentaciones Prometeo es la fuerza tranquila. La lucha contra el dolor puede proporcionarnos voluptuosidades desconocidas. Sobre el campo devastado por la muerte el general victorioso encuentra su hora de alegría.

Mucho se ha escrito sobre la conquista de la felicidad, pero la felicidad no está en ninguna parte. Todos los Objetos de nuestros deleites son efímeras combinaciones de agua y tierra. Para encontrar una autentica hora de alegría hay que esperar anos interminables, doblegados por el sufrimiento o lo que es más doloroso por la tragedia cotidiana, por la atroz rutina de cada día. Las horas de soledad se acumulan y los minutos homicidas nos van empujando hacia la muerte. Por todas partes nos vemos rodeados de cadenas, y la sociedad, las costumbres. las leyes nos sirven de carceleros. Los más afortunados, los que alcanzaron la gloria o el poder, son los más responsables, los menos libres. Para distraer nuestra angustia viajamos a tierras fabulosas o desconocidas, donde soñamos encontrar placeres inéditos, pero al final de la jornada suspiramos por el suelo natal o por los amigos que hemos abandonado. A todas partes llevamos nuestro dolor y nuestras inquietudes. El encantado paraíso de los deleites es tan solo el arrecife del tedio.

A la claridad de las lámparas cómo es de grande el mundo
y como es pequeño a la luz del recuerdo

La felicidad no es sino un objeto de divagaciones literarias o la ilusión de un minuto. Cuando creemos encontrarla en el azul miraje de sus ojos, "vestida con el color de una vivida llama”¿ Se aleja esquiva de nuestro lado hacia el negro río del olvido. En vano culpamos nuestra impaciencia de una hora. Nos queda el placer, pero el placer es efímero y leve encaje que arroja a las desoladas orillas el tormentoso piélago de la angustia.

Tal vez la única voluptuosidad auténtica sea la lucha contra el sufrimiento. El dolor, ha es "frito Unamuno, es el camino de la conciencia y es por él como los seres vivos llegan a tener conciencia de sí. Porque tener conciencia de sí mismo, tener personalidad, es saberse y sentirse distinto de los demás seres y a sentir esta distinción sólo se llega por el choque, por el dolor más o menos grande, por la sensación del propio límite. La conciencia de sí mismo no es sino la conciencia de la propia limitación. Nos sentimos nosotros mismos, porque nos sentimos distintos de los demás. Nada

nos penetra más de la esperanza y de la fe en otro mundo que la imposibilidad de que un amor nuestro fructifique de veras en este mundo de carne y de apariencias.

¿Quién podrá consolar a esa mujer? Nada ni nadie. Ella es incapaz de luchar abiertamente contra el destino, le teme al placer, a las diversiones, huye del objeto de sus afectos. Cada hora de alegría la ha pagado con largos meses de penitencia. El inagotable caudal de sus lágrimas no brota únicamente por la trágica realidad de su vida, sino por la felicidad que deja de proporcionarle al que sufre. Su punzante corona de espinas está hecha también con el dolor de los demás. La domina una sed de lo infinito, pero está limitada por todas partes. Por la triste paz de su vida -que no ha llegado, sin embargo-, ha tenido que pagar un doloroso rescate Esta es, la melancólica sinfonía de las almas castigadas por el amor.

Hay un misterioso soneto de Gerardo de Nerval que es, sin duda, la más pulida maravilla de la lengua francesa. Mil veces se lo escuchamos repetir a un amigo ya muerto hasta que se enredó en nuestra memoria. Xavier de Villaurrutia lo rajo así impecablemente al castellano:

Yo soy el tenebroso-el viudo-inconsolado
Príncipe de Aquitania de la torre abolida:
mi sola estrella ha muerto- mi laúd constelado
sostiene el negro sol de la "Melancolía".

En la noche del túmulo, tu que me has consolado,
vuélveme a Posìlipo, vuélveme al mar de Italia,
la flor amada por mi corazón desolado,
y el emparrado en que la vid se une a la rosa.

¿Soy amor o soy Febo?. . . ¿Lusìgnan o Byron."
Sonroja aun mi frente el beso de la reina;
soñé en la gruta donde nadaba la sirena...

Y vencedor dos veces yo crucé el Aqueronte:
pulsando una tras otro en la lira de Orfeo
las quejas de lo santo y los gritos del Hada.

Después de escribir este soneto, a Nerval no le quedaba ya sino la locura o la muerte. Lo grave no es escribir una obra maestra sino haberla vivido. En efecto, Gerardo de Nerval conoció a las Hijas del Fuego y en cierta forma fue el viudo de la Melancolía de Durero. El que sintió sobre la frente el beso de la reina y conoció el torso resplandeciente de la sirena, el que oyó los gritos del Hada Y recogió sus lágrimas, no puede resignarse ya a las tristes miserias de la tierra. ¿Para qué vivir más? El recuerdo sangrará en la copa de los días inútiles, y el mundo no será ya sino una sucesión de sombras vanas. Antes de conocer la belleza perfecta y de haberla tenido en nuestros brazos, el universo era para nosotros un prolongado festín. Ahora somos los desterrados del paraíso, los príncipes de la Torre Abolida.

Sin embargo, hay que encontrar el equilibrio, buscar de nuevo la salud moral, fabricarse un refugio en medio de la tormenta. Al escribir la última página hemos hecho muy poco por la curación de Werther. Los cantos del peregrino deleitan pero no consuelan. El pensamiento de fundar un sanatorio de almas se le ocurrió en Venecia a Federico Nietzsche, y fue así como escribió en las páginas finales de *Aurora*.

"En el porvenir habrá: en primer lugar numerosas instituciones, en las cuales se podrá permanecer algun tiempo para hacer curas de alma; en ellas se combatirá la cólera, la molicie, etc.; en segundo lugar numerosos recursos contra el aburrimiento; en cualquier momento se podrán escuchar conferencias u otros actos semejantes; en tercer lugar, fiestas en las cuales se reunirán muchas invenciones particulares para los fines comunes de estas fiestas, pues los que celebran una fiesta deben contribuir con sus inventos; en cuarto lugar, muchos individuos y grupos enteros se prometerán no reclamar nunca el auxilio de la justicia".

La idea era muy vaga, pero en todo caso era una iniciativa grandiosa. Sólo que las fiestas y las conferencias no les dicen nada a los que sufren y ésta es una equivocación inexplicable en psicólogo tan penetrante. Las drogas, los especialistas tampoco son útiles en estos casos. Pero existe una disciplina que si no sirve para encontrar la felicidad. al menos puede procurarnos un sereno dominio sobre nosotros mismos. Hemos tratado de buscar una lucecita en la noche. Otros descubrirán un faro. Aun en medio de una vida sin esperanza

es posible con una disciplina viril, mantenerse con la frente altiva, peleando todas las batallas del mundo. La paz que nos proporcionan los demás se ve constantemente amenazada. La paz no existe sino para el héroe que la pacta. Hay que emprender valientemente la ascensión a la montaña, aunque al llegar a la cima encontremos la fortaleza destruida. El vasto silencio de la eternidad puede servirnos de compañía.

Nuestra concepción del universo es amarga, pero no es pesimista. Al contrario, hemos tratado de establecer un método para luchar contra la tribulación, una terapéutica contra los sentimientos negativos, una droga para el gran cansancio. Hemos investigado todas las cosas que ligan nuestro corazón, con una voluntad apasionada, procurando afirmar el pleno dominio de las facultades afectivas. Pero toda experiencia nos deja desolados y ante las nuevas permanecemos siempre niños. Lo que es necesario no debe atormentarnos nunca; el "amor fati", la resignación ante lo inevitable está en la naturaleza del hombre.

En la vida hay que buscar cierto equilibrio, pero hay que dejarle un amplio campo a la peripecia al ensueño, a nuevas y sorprendentes aventuras. Sin la ansiedad hasta el amor sería muy poca cosa. Lo que mata el espíritu creador del hombre es el hábito, la costumbre, la comodidad. Cuando no tenemos todas las ventanas abiertas a lo inesperado, al huésped desconocido, es porque hemos llegado al final de la jornada, porque nuestra vida ha concluido. La inquietud es la compañera que despierta al caminante en cada nuevo amanecer. En las ramas hay todavía cánticos y nidos.

Solo el amor puede proporcionarnos en el mundo algunas horas de alegría. Fabricio del Dongo contemplando las breves apariciones de Clelia, a través de un agujero abierto en su prisión de Parma, era más feliz que los millonarios americanos, en los vastos palacios del tedio. El poder, la riqueza, la gloria nada valen sino cuando podemos compartir sus beneficios con una persona amada. Ella es la dorada luz que les da vida y color a todas las cosas.

En nuestro corazón resuena el eco de los tiempos dichosos. ¡Cuántas luchas, cuántos sufrimientos, que vana la esperanza! Hemos ganado en plenitud, en serenidad, en fortaleza interior. El hombre está encadenado a la tierra, las sombras lo rodean por todas partes, pero su aspiración natural es hacia la alegría y la luz. Por encima de las realidades del mundo están la Belleza, la Bondad, la Verdad inmutable. El amor despierta y crea las almas. Y la presencia invisible del Ángel Guardián nos anuncia que un día la soledad estará vencida. Todo lo que hemos escrito le pertenece; no hemos sido sino sus dóciles amanuenses.

La naturaleza tiene extrañas renovaciones y esta lo sabe el que ha vivido en perpetua comunión con ella. La lluvia cae sobre el áspero paisaje y el iracundo viento despedaza las ramas de los árboles. ¿Dónde están las almas fraternas, el rojo vino de las viñas y de las bocas, el breve seno adolescente, la divina esperanza? Mañana cantará de nuevo la alondra sobre la rama del día. Todo renace en el laboratorio del universo y lo único real es el eterno círculo de las cosas.

NOTA: "La canción del Caminante" escrita por Silvio Villegas. Este formato fue copiado por Víctor Manuel Buitrago Cruz. Lo hice en vista que es un libro muy valioso y muy difícil de conseguir. No lo he hecho con fines de lucro, por eso está a disposición de todos los que disfrutan de la buena lectura.

victorbuitrago@gmail.com
@vittorio4

INDICE

Organización Continental de los Festivales del Libro

MANUEL MUJICA GALLO
Presidente

MANUEL SCORZA
Director General

ALEJO CARPENTIER
Sub-Director General

D I R E C T O R E S

PERU: *Miguel Scorza*
ECUADOR: *Jorge Icaza*
MEXICO: *Carlos Pellicer*
COLOMBIA: *Alberto Zalamea*
VENEZUELA: *Juan Liscano*
CUBA: *Alejo Carpentier*

BIBLIOTECA BASICA DE CULTURA LATINOAMERICANA

La **Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana** *que, a través de multitudinarios* **Festivales del Libro**, *se está formando en centenares de miles de hogares latinoamericanos, responde a una imperiosa necesidad: difundir los libros fundamentales de la cultura latinoamericana.*

Tal objetivo sólo podía lograrse sacando el libro de los anaqueles y las bibliotecas y, ofreciéndolo en plena calle, en la plaza pública, reduciendo al mismo tiempo su precio hasta ponerlo, verdaderamente, al alcance de todos.

Esto es lo que han logrado los **Festivales del Libro**, *que vienen publicando, semestralmente, las series que forman la* **Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana**. *En ella figuran las obras más importantes de la literatura, del ensayo y de la historia de América, incorporadas a través de la más rigurosa selección, especialmente cuidada en el caso de aquellos libros que, debido a prejuicios, a desconocimiento o falta de circulación, no habían alcanzado la difusión que merecen.*

La **Biblioteca Básica de Cultura Latinoamericana** *es el medio más adecuado para alcanzar un conocimiento integral de la rica y variada cultura latinoamericana, tan falseada por fáciles sumarios.*

LA CANCION DEL CAMINANTE

Esta no solamente es la obra definitiva de su autor, sino una de las mejor logradas en la literatura colombiana. Estos ensayos son páginas de apasionante belleza, que tienen la unidad y el encanto de una novela. Quien leyó las primeras páginas no podrá ya abandonarlas hasta el final. "LA CANCION DEL CAMINANTE" es una guía de los enamorados, un silabario de los amantes. Poesía y verdad. Hernando Téllez, el más autorizado crítico colombiano, escribió sobre ella:

"La verdad de esta obra es la misma antigua certidumbre entrevista por Heráclito: todo fluye, todo pasa, todo se transforma. La unidad de medida para la persona humana, es la de su cotidiana trasmutación psicológica. No hay dolor eterno, sino una suma de dolores cambiantes y contradictorios. No hay amor eterno sino una suma de amores que cambian de estímulo, de significación y de acento a lo largo de una misma existencia. No hay olvido en sentido riguroso, porque hasta olvidamos qué era lo que habíamos olvidado. La desolación incomparable que filtran las páginas de Villegas, lleva en sí misma su beleño: si ésta es la ley de la vida, parece decirnos el autor, acatémosla sin exceso de patetismo y busquemos en la belleza que alienta en casi todas las cosas del mundo y en muchas de las criaturas de Dios, la fuente del placer, de la bondad interior, de la serenidad del alma. Bien sabemos, parece añadir, que ese placer, esa bondad y aquella serenidad son eventuales. ¿Pero qué cosa no es transitoria en este bajo mundo?

"Volvamos una y otra vez a las hermosas páginas de "LA CANCION DEL CAMINANTE". En ella encontraremos una pura fuente de Belleza, de Poesía y de Verdad".

ORGANIZACION CONTINENTAL DE LOS FESTIVALES DEL LIBRO

Carátula de Carlos Liendo

